



La lucha entre lo bueno y lo malo

Dr. Roberto Estévez

Introducción	4
La armadura de Saúl y la camiseta de David (I Samuel 17:1-23)	6
Cuando las acostumbradas a ser golpeadas golpean (I Samuel 17:24-58)	11
El pecado de David y Betsabé (2 Samuel 11:1-4)	18
Integridad a prueba de balas y alcohol (2 Samuel 11:5-27)	25
La justicia y la gracia de Dios (2 Samuel 11-12)	31
No sabemos cuántos somos (2 Samuel 24:1-25) (I Crónicas 21:1-30)	40
Salomón: Arquitecto y adorador (2 Crónicas 6)	47
La reina de Sabá visita a Salomón (I Reyes 10)	52
El detector de mentiras (I Reyes 3:16-28)	57
El ocaso de los héroes (I Reyes 10:14-29)	61
Fiel al Señor en medio de una familia infiel (2 Crónicas 14)	67
El rey Asa y sus altibajos (2 Crónicas 15 y 16)	72
¡Has actuado locamente! (2 Crónicas 16)	77
Los enemigos de Josafat (2 Crónicas 20)	84
Josafat y la armada invencible (2 Crónicas 20)	90
Joás y la danza con lobos (2 Crónicas 24)	95
Cardos altivos y cedros orgullosos (2 Crónicas 25:1-17) (2 Reyes 14:1-22)	101
Cuando el éxito conduce a la irreverencia (2 Crónicas 26:1-23) (2 Reyes 15:1-7)	107

Los martillazos de un rey (2 Crónicas 29) (2 Reyes 18)	113
Señores, ¡miren cuánto oro tengo! (2 Crónicas 32:30-31) (2 Reyes 20:12-20) (Isaías 39:1-8)	117
Hallazgo del libro de la Ley (2 Crónicas 34) (2 Reyes 22-23)	122
Reformas del rey Josías (2 Crónicas 34:1-31) (2 Reyes 23:4-20)	128
Una experiencia inolvidable (2 Crónicas 35:1-19)	133
Honesto, pero quizá equivocado (2 Crónicas 35:20-27) (2 Reyes 23:24-29)	137
Dispuso sus caminos delante del Señor (2 Crónicas 26:21-27:9)	144
Epílogo	145

Introducción

¿Qué normas y criterios utiliza Dios para determinar la evaluación final de la vida de un creyente? ¿Qué tengo que ver yo con los reyes de Judá? ¿De qué me va a servir saber sobre algo que sucedió hace dos mil quinientos años? ¿Qué significa la expresión: “hicieron lo bueno (lo recto, lo justo) delante de Jehová”?

Por lo general, cuando los seres humanos clasificamos el éxito o fracaso en la vida de otro ser humano usamos distintos criterios. Por ejemplo, nos podríamos preguntar: ¿A qué nivel social pudieron llegar? ¿Qué beneficio económico pudieron obtener? ¿Qué impacto social o espiritual causaron en los demás? ¿Por qué algunos tienen éxito en su lugar de trabajo pero son un fracaso en su hogar?

El sistema popular, “mundano”, utiliza, por supuesto, criterios muy visibles y terrenales, como son la capacidad económica o la popularidad, para medir el éxito o fracaso que la persona pudo obtener. Cuando estudiamos la vida de los reyes nos damos cuenta de que si bien ellos llevaban puesta una corona de oro, eran tan propensos a caer como cualquiera de nosotros. Aunque ellos vivieron hace tantos siglos atrás, reaccionaban de maneras muy similares a como lo hacemos hoy en una situación parecida.

No es casualidad que el Espíritu del Señor haya guiado a los escritores bíblicos para que escribieran sobre la vida de estas personas en las Escrituras: *“Pues lo que fue escrito anteriormente fue escrito para nuestra enseñanza...”* (Ro 15:4).

Dios en su santidad y justicia no ha encubierto nada acerca de estos hombres que, en su tiempo, ejercieron el cargo de más responsabilidad en el país. Estas biografías se nos presentan como fotografías “sin retocar”. Vemos a estos hombres en forma transparente tal como eran y no como nos gustaría que hubiesen sido.

Es por eso que podemos ver que cuando David lucha contra el gigante Goliat se nos presenta como el campeón, como alguien que tiene una fe tan grande en Dios que sale a pelear convencido de que ese coloso va a caer como si fuera de cartón. Sin embargo, cuando se convierte en el rey ese mismo David se nos presenta como el que peca de una manera brutal. El pecado de David se produce como en una reacción en cadena, pues comete adulterio, engaño, traición a un militar fiel y hasta un asesinato que va a ser ejecutado por terceras manos.

Es como si viéramos a David bajar por los escalones desde la azotea del palacio, y mientras da cada paso ir maquinando su pecado. Es como si pisoteara con sus pies enlodados esos hermosos salmos que ha escrito, que hablan de la piedad y la justicia.

Una y otra vez el escritor bíblico nos dice: *“Hizo lo bueno”*. Sin embargo, al seguir leyendo la historia nos damos cuenta de que un gran pero se atraviesa frecuentemente. Creo que este es un mensaje genuino para nosotros en el día de hoy. Dios nos está mirando y juzgando así como lo hizo con las siete iglesias en Asia (Ap 2-3).

El Señor quiere ayudarnos para que podamos seguir firmes hasta el fin. Él quiere hacer de cada uno de nosotros un triunfador, uno de quien se pueda decir: *“hizo lo recto ante los ojos del Señor”*.

Si hemos caído y en verdad nos arrepentimos profundamente, él Señor nos da una nueva oportunidad. El caso de David, que acabamos de mencionar, es un buen ejemplo.

Las palabras de (He 11:5) son como un cartel de neón fluorescente que dice: *“Antes de su traslado, recibió testimonio de haber agradado a Dios”*.

Escuchemos al apóstol Pablo, quien sin duda podía mirar su vida y saber que no había sido un fracaso. *“He peleado la buena batalla; he acabado la carrera; he guardado la fe” (2 Ti 4:7).*

Quizá muchos nos podemos identificar con Josafat, Ezequías o Josías. Fueron hombres que realmente amaban al Señor pero que también tenían debilidades muy similares a las que tenemos nosotros.

He tratado de recrear las escenas y a veces los diálogos con el fin de captar el significado de la historia de una manera más profunda y cercana a la realidad. Imagino conversaciones y reacciones que probablemente ocurrieron.

Si de alguna manera logro hacer estas historias más auténticas (como lo fueron) y de provecho para nosotros, le doy gracias al Señor. Exhorto a los predicadores y maestros jóvenes a conocer y utilizar estas historias que Dios puso con un propósito en su Santa Palabra.

Es probable que al estudiar la vida de estos reyes nos quedemos pasmados por la gravedad del pecado que algunos de ellos cometieron. Sin embargo, también podemos ver la gracia de Dios. Y en aquellos casos a los cuales cualquiera de nosotros hubiera declarado como “desahuciados”, podemos escuchar el veredicto divino: *“Hizo lo recto”*.

La armadura de Saúl y la camiseta de David (1 Samuel 17:1-23)

En la tranquilidad del mediodía un pastor está tañendo su arpa. Una dulce melodía de adoración se eleva a Dios. Quizá las palabras sean: *“Sobre el león y la cobra pisarás... yo lo libraré...”* (Sal 91:13-14). *“No te dejaré ni te desampararé”* (Sal 1:5). *“El Señor es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?”* (Sal 27:1). Y una y otra vez reitera las mismas palabras: *“¿De quién temeré?”*.

De pronto, se oye un balido desgarrador. Una oveja ha sido atacada por un león. El joven deja su instrumento, toma un palo largo con una punta metálica y sale corriendo para ayudar al animal en desgracia. Al llegar, observa la triste y cruel escena. Un león está arrastrando a una oveja que todavía está viva y gime. El pastor no vacila y se lanza contra el león. La fiera deja a su víctima para atacar al intruso. El corazón de David palpita con toda su fuerza. Al mismo tiempo le parece que escucha las palabras que acaba de cantar: *“No te dejaré ni te desampararé”*. Con un certero estacazo atraviesa el cuello del animal que se revuelca y cae muerto.

Con ternura, David se acerca a la oveja; le hace las curaciones necesarias con lo improvisado que tiene a la mano y la pone *“sobre sus hombros”* (Lc 15:5); luego, vuelve a su lugar.

Han pasado muchos meses.

En la sala principal de la casa real el monarca se encuentra rodeado de los jefes del ejército. Los mensajeros vienen en forma regular con noticias del frente de batalla.

— Alteza, esta mañana salió nuevamente el gigante y nos insultó como siempre y también se burló del nombre de Jehová de los Ejércitos.

El rey y sus jefes militares ponen caras “de circunstancias”. Sin embargo, nadie se anima a ir a pelear contra Goliat, a pesar de los honores y favores que el rey ha ofrecido. Goliat es verdaderamente aterrador. ¡Tiene una fuerza brutal! Es implacable y cruel con sus enemigos, y ha demostrado eso muchas veces. Posee una protección completa y perfecta.

El rey mira a los comandantes y capitanes. Son hombres aguerridos y han peleado muchas veces. Muchos de ellos tienen las cicatrices de conflictos anteriores. Si fueran guerreros en el día de hoy tendrían medallas y escarapelas por todos lados. Mientras los mira, el rey pregunta:

— ¿Hay aquí algún voluntario que se anime a pelear contra Goliat?

Los capitanes y comandantes esquivan la mirada bajando los ojos a la tierra. Es que ninguno de ellos se atreve a ofrecerse. Es demasiado arriesgado, el enemigo es formidable. ¡Sería una batalla perdida!

— Majestad — dice uno de los sirvientes —, el joven que usted mandó llamar está aquí; él dice que está dispuesto a pelear contra el gigante. A mí me parece que es desperdiciar el tiempo, es apenas un muchachito pero ¡parece tan resuelto! Ya le informé que estamos buscando a un guerrero y no a un aprendiz, pero él ha insistido.

— Hazlo pasar — dice el monarca.

El joven es conducido al interior de la sala de la casa real. El ambiente es espacioso y tiene muchos arreglos y adornos. Hermosas alfombras están por todas partes. El joven entra con paso firme y saluda con respeto al rey y a todos los presentes.

El joven es de buen parecer y musculoso, quizá tendrá entre unos 16 a 18 años de edad. Su atavío es de ropas limpias y sencillas. Viste como un pastor. Su mirada denota determinación.

La mayoría de los militares al verlo no pueden evitar una sonrisita burlona, como si se dijeran a sí mismos: “Y éste, ¿quién se cree que es?”.

El joven habla con naturalidad y firmeza: *“No desmaye el corazón de nadie a causa de él (Goliat). Tu siervo irá y luchará contra ese filisteo” (1 S 17:32).*

El rey responde: *“Tú no podrás ir contra este filisteo para luchar contra él; porque tú eres un muchacho, y él es un hombre de guerra desde su juventud” (1 S 17:33).*

David no se enoja ni se ruboriza sino que con toda calma y respeto da la respuesta. Al hacerlo demuestra su humildad y sumisión al rey: *“Tu siervo ha sido pastor de las ovejas de su padre. Y cuando venía un león o un oso y tomaba alguna oveja del rebaño, yo salía tras él, lo hería y la rescataba de su boca. Si se levantaba contra mí, yo lo agarraba por la melena, lo hería y lo mataba” (1 S 17:34-35).*

Los generales se miran entre ellos con una expresión de burla, como diciendo: “otra historia más de hazañas que no se pueden demostrar”.

David continúa y dice: *“Fuese león o fuese oso, tu siervo lo mataba. Este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha desafiado a los escuadrones del Dios viviente. ¡El Señor que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, me librará de la mano de ese filisteo!” (1 S 17:36-37).*

El rey queda impresionado con la convicción de este joven. Sin embargo, los comandantes del rey hacen un gesto como diciendo: “Palabras, palabras y nada más que huecas palabras”.

El rey ahora demuestra su buena voluntad. Él quiere de alguna manera participar en la empresa. En vista de que ni él ni sus “aguerridos” soldados se animan a ir a pelear, Saúl le ofrece su armadura: *“Saúl vistió a David con su propia armadura. Le puso un casco de bronce sobre su cabeza y lo vistió con una cota de malla” (1 S 17:38).* Pero lo que el rey Saúl no sabía era que al hacer esto simbólicamente se estaba despojando el mismo de la investidura real. El mismo monarca estaba invistiendo al joven pastor de ovejas como futuro rey.

Saúl le tenía mucha confianza a esa armadura. Sin duda que era de buena calidad y le había costado mucho. Seguramente que era de las mejores que se podían comprar. Sin embargo, ¿de qué le servía todo eso si cuando había un enemigo muy fuerte él no se animaba a enfrentarlo?

Y el relato continúa: *“Luego David se ciñó la espada de él sobre su ropa e intentó andar, porque no estaba acostumbrado” (1 S 17:39).* David intenta caminar pero no puede; parece un robot o un “extraterrestre” de una de esas series de televisión. Y David continúa: *“Yo no puedo andar con esto, porque no estoy acostumbrado” (1 S 17:39).*

Allí está David con el casco, la cota de malla y la espada. Quizá los generales se mueren de risa y aun piensan: “¡Con ese equipo éste no llegará ni a la esquina sin besar el suelo muchas veces!”. Probablemente, el rostro del pastor se enrojece de vergüenza. David tomó una decisión inteligente: *“David se quitó de encima aquellas cosas” (1 S 17:39).*

¡Esos instrumentos tan buenos de defensa le hubieran asegurado una derrota!

La única oportunidad que David tenía para vencer estaba en el ataque, no en una defensa. El casco del orgulloso rey no le iba a proteger la cabeza. La cota de malla del hombre que Dios había desechado no le iba a proteger el corazón. La espada del soberano que ha sido excluido por la desobediencia nunca va a tener la bendición de Dios. ¡La camiseta del joven de fe lo protegía mejor que la coraza del rey, que fue rechazado por desobediente!

La coraza, el casco y la espada quedan relegados en el rincón de la sala.

Los generales todavía se están riendo de lo gracioso que lucía David con esa armadura tan desproporcionada para su cuerpo. Con un saludo al rey y a los presentes el joven pastor deja la sala para cumplir su misión.

La noticia ha corrido y ha llegado a los dos campamentos. Goliat tiene un contendiente que va a defender el estandarte de Israel.

La historia bíblica y nosotros

Nos preguntamos cómo hizo David para vencer a un león y a un oso. ¿Lo logró con su propia fuerza y habilidad, o por algún poder “sobrenatural” que le dio el Señor?

Algunos comentaristas tratan de eludir el problema diciendo que esos leones eran más pequeños que los comunes y los osos no eran tan feroces.

Si eso fuera así, no tendría nada de sorprendente como para que David citara tales casos a Saúl. Por el contrario, estas fieras eran muy temibles y la única manera en que David las pudo vencer fue por la ayuda específica de Dios y no tanto por su habilidad humana. David lo dice claramente: *“¡El Señor, quien me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él me libraré de la mano de ese filisteo!”* (1 S 17:37).

Del mismo modo, nosotros no podemos vencer a Satanás por nuestra propia fortaleza pero si lo podemos vencer con la ayuda del Señor. *“Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás debajo de vuestros pies...”* (Ro 16:20). Probablemente yo me podría defender de un león si tuviera un buen cuchillo, pero mi problema sería el miedo que me paralizaría.

Cada detalle del texto bíblico nos muestra en forma clara que este enemigo era muy peligroso. Tendría unos 2,70 metros de altura. Pesaría unos 300 a 375 kilogramos. Su casco y el resto de la armadura pesarían unos 60 kilogramos. La punta de la lanza pesaba 7 kilogramos. Era un guerrero absolutamente “invencible”.

El rey trata de disuadir a David aludiendo a su juventud y falta de experiencia. A veces hay personas que realmente quieren ayudarnos pero lo único que logran es desanimarnos. La vida de David es un ejemplo de alguien que una y otra vez es menospreciado. Los que lo ven piensan que él no es la persona ideal o que no tiene estas y otras cualidades. ¡Qué fácil es para nosotros desalentarnos en situaciones muy similares!

Este mundo está repleto de individuos que nos dirán una y otra vez: “tú no podrás”.

Pablo tenía una respuesta para todos aquellos que le dirían: “tú no podrás”. Él se gozaba en las palabras: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Fil 4:13).

Por supuesto que David era joven, claro que no había tenido un adiestramiento militar formal pero había sido entrenado por Dios. el Señor lo había preparado. Esas luchas con el león o el oso no fueron accidentes casuales. Dios las había orquestado y permitido con un propósito. Sin duda que la primera vez que se enfrentó a una fiera peligrosa debió

haber tenido el temor que se produce en una situación así. Quizá atacó a la bestia con un palo fuerte y con un metal filoso en la punta, como una lanza. Allí aprendió que Dios es una ayuda real en la necesidad. Qué fácil hubiera sido dejar la oveja que después de todo estaría muy herida y quizá iba a morir de todas maneras **(Am 3:12)**.

Sin embargo, David no pensaba así. Él era responsable por cada oveja. El cuidado del Señor Jesucristo hacia las ovejas que su Padre le encargó **(Jn 17:12)** es mucho mayor del que David tuvo hacia su rebaño. ¡Hermosa imagen de la seguridad eterna de la salvación! Si nosotros permitimos que el Señor nos enseñe vamos a estar bien equipados para la lucha espiritual.

El rey Saúl se despojó simbólicamente de su investidura cuando él mismo le puso su armadura a David. En la iglesia local podría ocurrir lo mismo. Cuando no cumplimos y desarrollamos nuestros dones, el Señor puede levantar a otro hermano que quizá no está tan bien dotado o capacitado pero que tiene el deseo de servirle: *“Por tanto quitadle el talento y dadlo al que tiene diez talentos”* **(Mt 25:28)**.

Lo que parecía humanamente lógico en cuanto a usar la armadura de Saúl para enfrentar al gigante Goliat, hubiera terminado siendo una derrota absoluta para David. Que el Señor nos ayude para poder darnos cuenta de que *“las armas de nuestra milicia no son carnales”* **(2 Co 10:4)**. Nuestra batalla es del Señor y usaremos los modos y medios que él permita. En las cosas espirituales el fin nunca justifica los medios. Los instrumentos del hombre son desechados por Dios y no son de ninguna ayuda, por el contrario estorban.

Queremos remarcar que desde el punto de vista de táctica militar la única probabilidad de victoria que David tenía era atacando y no defendiéndose. ¿Con qué se iba a defender de un golpe de lanza cuya punta pesaba 7 kilogramos?

Recordemos que cuando todo parece perdido el Señor nos puede dar el triunfo. *“¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”* **(1 Jn 5:5)**.

El líder que hay en mí

El líder espiritual necesita una instrucción directa de Dios que no puede ser impartida por los seres humanos. Este aprendizaje procede del estudio de la Palabra en forma personal. Esto debe estar acompañado por la disciplina de la oración.

Esta preparación la empezó David desde su juventud cuando cuidaba las ovejas. Allí aprendió a confiar en Dios de una manera admirable.

Dios le proveyó una manera muy especial para conocer temas sobre las relaciones públicas y el comportamiento entre los hombres importantes del estado. El Señor lleva a David al palacio donde él se educa a sí mismo por medio de la observación de cómo se desarrollan las relaciones interpersonales en la corte real.

Gracias al talento y don de la música es que David llega al palacio real, y es muy posible que sin él nunca hubiera logrado llegar allí. Todos tenemos un don similar al “arpa de David”. Si lo desarrollamos nos va a permitir alcanzar el lugar al cual nos gustaría llegar. La casa de Saúl fue una verdadera universidad para David y donde obtuvo todo tipo de experiencias de aprendizaje. El liderazgo sólido que va a ser efectivo a largo plazo requiere preparación. Si bien es cierto que muchos grandes hombres de Dios nunca pisaron una universidad ni un seminario, estos lugares pueden ser de gran bendición cuando son utilizados apropiadamente.

Los “camino cortos” al final pueden llevar a caminos largos y lentos. David pudo haberse preguntado: “¿Qué hago aquí perdiendo el tiempo ejerciendo esta terapia musical, cuando

tengo tantas otras habilidades que me gustaría desarrollar?”. David tuvo que esperar hasta el tiempo de Dios.

El proceso de llegar a ser líder

David, un hombre “tomado en poco”:

- Por su padre: *“Todavía queda el menor”* (1 S 16:16).
- Por el oso y león que lo atacaron: *“Si se levantaba contra mí yo lo mataba”* (1 S 17:35).
- Por Saúl: *“Tú no podrás ir...tú eres un muchacho”* (1 S 17:33).
- Por Goliat: *“Lo tuvo en poco porque era muy joven”* (1 S 17:24).
- Por su esposa Mical: *“Saltando y danzando... lo menospreció en su corazón”* (2 S 6:16).
- Por el rey Aquis: *“Acaso me faltan locos a mí”* (1 S 21:15).
- Por sí mismo: *“¿A quién persigues?... ¿a una pulga?...”* (1 S 24:14).

Temas para el estudio en grupo

La espada inservible por la desobediencia: La de Saúl (1 S 17:39).

La espada única: La de Goliat (1 S 21:9).

La espada que da valor: La de Gedeón (Jue 7:20).

La espada del apresuramiento: La de Pedro (Jn 18:10).

La espada de la desesperación: La del carcelero de Filipos (Hch 16:27).

La espada que lo penetra todo: La Palabra de Dios (He 4:12).

La espada de dos filos: La del Señor glorificado (Ap 1:16).

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué instrucción especial de parte de Dios recuerda haber recibido como resultado del estudio personal de la Palabra y la oración?
2. ¿Cómo está desarrollando su don similar al “arpa de David”, para alcanzar el lugar al cual le gustaría llegar?
3. ¿Qué valor tiene la experiencia en el proceso que lo ayudará a alcanzar el lugar al cual le gustaría llegar?

Cuando las acostumbradas a ser golpeadas golpean (1 Samuel 17:24-58)

El ambiente se sentía pesado y agobiador en la casa de Saúl. Al salir de la casa real David se siente liberado. Es como si esa “opresión que lo embargaba” se hubiera desvanecido.

Los israelitas, por otro lado, se habían sentido desesperados: *“Todos los hombres de Israel, al ver a aquel hombre, huían de su presencia y tenían mucho miedo” (1 S 17:24).*

Los soldados iban de un lado para otro en un tremendo caos. El gigante había salido nuevamente para provocar al Dios de Israel.

Se ha corrido la noticia: ¡Hay uno que va a salir a defender a Israel!

— ¿Quién será? — se preguntan entre ellos — ¿Será el famoso general “fulano de tal”?

— No — responden unos.

— ¿Será el aguerrido comandante “XX”?

— No — responden otros.

Cuando se enteran de que el que va a salir a defender a Israel es un joven pastor sin ninguna experiencia militar, los comentarios no se hacen esperar: “¡Está loco de remate! ¡Pobrecito! ¡Es un fanático! ¡Es un petulante! ¡Es un fanfarrón!”.

Pero la realidad es que David es un joven que tiene una fe profunda en el Señor de los Ejércitos.

El ejército de Israel se ha agrupado. Son miles los que están observando desde la ladera de una colina, a una distancia más que prudencial.

Antes de dar inicio al combate, el joven pastor se dirige al arroyo que atraviesa el valle de Ela. No sabemos qué es lo que cruza por su mente mientras se dirige hacia allá. Quizá piensa en la posibilidad de que Goliat tenga hermanos (**1 Cr 20:5**) o amigos que sean también gigantes (**2 S 21:22**). Allí en el arroyo hay muchas piedras; David elige cinco. Son lisas, y esto las convierte en buenos proyectiles. Son pequeñas rocas que han sufrido, por cientos de años, el golpe constante y regular del movimiento de las aguas que al martillarlas contra las otras las han dejado bien pulidas. ¡Esas piedras que han sido machacadas miles de veces ahora van a tener la oportunidad de golpear en vez de ser golpeadas!

David se acerca al campo donde Goliat está blasfemando el nombre del Señor, como de costumbre.

Los soldados están observando con atención. El joven se aproxima con toda tranquilidad. Si pudiéramos ver su rostro nos daríamos cuenta de que no hay temor en él. *“Los ojos del Señor están sobre los justos; sus oídos están atentos a su clamor” (Sal 34:15).*

No se trata de que David no tenga miedo. Sin duda que sus sentimientos en ese momento son complejos y difíciles de explicar. Su corazón palpita con fuerza porque sabe que su responsabilidad es muy grande. Es consciente de que está defendiendo el pabellón de Israel. Se da cuenta de que si él comete un pequeño error el gigante lo destrozará. Sin embargo, tiene la profunda convicción de que el Señor está a su lado y que el resultado final va a ser la victoria. Es cierto, él sabe que humanamente hablando no tiene ninguna

posibilidad de ganarle al gigante. Su currículo y sus cartas credenciales no son nada llamativas. Ha concurrido al conservatorio de música del Señor y a la escuela militar de Dios. Allí, luchando contra el fiero león o contra el feroz oso, ha aprendido que Dios le puede dar la fuerza y la victoria, que con la ayuda de Dios puede vencer el miedo paralizador; el Señor se lo ha demostrado varias veces en el pasado. David tiene la certeza de que también lo hará ahora.

Cuando David arremete y corre hacia el gigante es como si estuviera viendo algo más grande por detrás del gigante. Las palabras en el capítulo 2 de Hechos lo enseñan: *“Veía al Señor siempre delante de mí, porque está a mi derecha para que yo no sea sacudido” (Hch 2:25).*

El ayudante de Goliat tenía un escudo a prueba de todo tipo de proyectiles. Pero lo que el gigante no sabía era que David tenía un escudero invisible e invencible.

La noticia ha corrido y ha llegado a los dos campamentos. Goliat tiene un retador que va a defender el estandarte hebreo. Ahora se aproxima una muchedumbre de soldados para presenciar el acontecimiento. Las tropas están en el valle de Ela (a 22 km de Jerusalén). De un lado, sobre las colinas, están los filisteos. Del otro lado, sobre los cerros, están los hebreos. Los filisteos han traído instrumentos musicales para celebrar el triunfo tan pronto su paladín lo obtenga. No tienen duda sobre cuál será el resultado de la contienda. Nadie jamás ha logrado vencer a Goliat. La mayoría de veces el enemigo ha huido aterrorizado al solo verlo.

“Cuando el filisteo miró y vio a David, lo tuvo en poco, porque era un joven de tez sonrosada y de hermoso semblante... El filisteo maldijo a David por sus dioses” (1 S 17:42-43). Al hacerlo ha firmado su propia pena capital. La muchedumbre del ejército observa con miedo. A la mayoría no le cabe duda cuál va a ser el resultado. Dicen algunos: “Pobrecito, tan joven y guapo para morir”. Es probable que algunos de los hebreos estén orando al Señor para que él haga un milagro. Saben que ese Jehová que los sacó con mano poderosa de Egipto los puede libertar una vez más. Del otro lado, en el campamento filisteo, el ruido va aumentando mientras vitorean a su representante: “¡Viva Goliat! ¡Qué sí, que no, Goliat es el campeón!”.

Los tambores y los címbalos filisteos suenan con compases infernales presagiando el triunfo. El ritmo se vuelve cada vez más rápido y más intenso.

Goliat hace una seña y todos guardan silencio. Con voz fuerte, grave y ronca dice: *“¡Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a los animales del campo!” (1 S 17:44).*

Un fuerte aplauso se escucha del lado del campamento filisteo. Otra vez se escuchan las mismas porras: “¡Qué sí, que no, Goliat es el campeón!”.

Luego se escucha la voz del joven de buen aspecto. No trae coraza, no tiene casco, no tiene escudero y no tiene espada. Es un ejemplo viviente de la carencia instrumental bélica. Todo lo que lleva es su honda, su cayado, su zurrón y una fe inamovible en la fidelidad de su Dios.

La voz de David suena clara y fuerte. Sus palabras no denotan miedo ni temor: *“Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina. Pero yo voy contra ti en el nombre del Señor de los Ejércitos, Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has desafiado” (1 S 17:45).* David hace una breve pausa. Si pudiéramos ver al gigante cuyo rostro está tapado con partes del casco percibiríamos una sonrisa burlona y perversa. El joven pastor continúa: *“El Señor te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré. Te cortaré la cabeza... ¡Y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel! También todos estos congregados sabrán que el*

Señor no libra con espada ni con lanza. ¡Del Señor es la batalla! ¡Y él os entregará en nuestra mano!” (1 S 17:46-47).

Quizá el gigante pensó: ¡Basta! ¡Te voy a enseñar quién soy yo! El texto continúa: *“El filisteo se levantó y se fue acercando al encuentro de David” (1 S 17:48).*

Cualquiera de nosotros en una situación similar se hubiera espantado y huido o a lo menos se colocaría en posición firme para tratar de aguantar la embestida. Por el contrario, David *“se dio prisa y corrió al combate contra el filisteo” (1 S 17:48).* La multitud que observa no lo puede creer. David en vez de huir está corriendo hacia el enemigo. Seguramente muchos estarán pensando: “¡Pobrecito!”. “¡Ese monstruo lo va a triturar!”. Pero entonces, *“David metió su mano en la bolsa, tomó de allí una piedra y la arrojó con la honda hiriendo al filisteo en la frente. La piedra quedó clavada en su frente y éste cayó de bruces en tierra” (1 S 17:49).*

Miremos en cámara lenta la trayectoria del improvisado proyectil. La piedra es arrojada con toda su fuerza y se dirige como si supiera a dónde tiene que ir. Va con la misma precisión que un misil de los tiempos actuales dirigido por radar. Se entierra en la orgullosa frente del enemigo. David actúa como los artistas de teatro, que han practicado la escena tantas veces que lo hacen con toda naturalidad. David no se detiene en su carrera. Todo sucede en pocos segundos. Antes de que el escudero pueda reaccionar, David tiene en sus manos la enorme espada, y el asistente del ogro caído huye despavorido. *“Entonces David corrió, se puso sobre el filisteo, y tomando la espada de éste, la sacó de su vaina y lo mató cortándole la cabeza con ella” (1 S 17:51).*

— ¡No, no! ¡No lo puedo creer! — Grita la multitud de los filisteos.

— ¡Sí, sí! ¡Aleluya al Señor! — Aclama la muchedumbre de los hebreos —. Allí venció David al filisteo con una honda y una piedra, y lo mató sin tener espada en su mano.

David regresa a donde está el rey Saúl, con el espeluznante trofeo en su mano. Las multitudes se acercan para ver lo que les cuesta creer. El enemigo, el invencible, ha sido derrotado, ya no hay ninguna duda. David trae en su mano la evidencia, horrorosa pero definitiva, de que su victoria ha sido absoluta. Los israelitas persiguen a los filisteos y obtienen un aplastante triunfo.

La historia bíblica y nosotros

Cuando todo parece perdido el creyente puede depositar su confianza en Dios para obtener la victoria. Todos enfrentamos un enemigo común. Aunque este parece invencible, no lo es.

El presentarse para luchar contra el gigante no fue un acto espontáneo de tipo “ataque de locura” o de heroísmo. Quizá haya una razón por la que David elige cinco piedras, y una de ellas es para Goliat. Ya se mencionó que Goliat tiene un hermano y varios amigos que también son gigantes. Quizá las cuatro piedras que le quedan son para usarlas contra ellos. Es probable que David supiera de antemano que no iba a necesitar las cinco piedras para derribar al gigante. Aunque el texto sagrado no lo dice es posible que, de alguna manera, él haya orado al Señor. Queremos pensar que ciertamente hubo un período de oración y búsqueda intensa del favor y de la voluntad de Dios en tan ardua empresa. David ha tenido una respuesta definitiva y clara de parte de Dios, quien lo ha instruido exactamente sobre qué debe hacer. Notemos que el Señor, en este caso, utiliza una habilidad natural de David con un instrumento que él está acostumbrado a manejar. Pero no es la destreza ni la puntería de David lo que cuenta sino el hecho de que Dios tiene un plan perfecto que se va a cumplir en todos sus pormenores.

Nosotros también tenemos la protección del Señor. *“El ángel del Señor acampa en derredor de los que le temen, y los libra” (Sal 34:7)*. La intimidación de Goliat de dar el cuerpo de David para comida de los cuervos y las fieras del campo es una amenaza brutal. La imagen es muy gráfica y clara para aquellos que han observado esos cuervos lanzarse sobre los cuerpos muertos hasta que no queda nada. Por supuesto, el propósito de esto era atemorizar a David. Nosotros hacemos bien en ocuparnos de nuestro cuerpo. Las palabras que Jesucristo pronuncia son consoladoras y nos animan: *“No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar al alma” (Mt 10:28)*.

No creo que Dios haya propulsado de una manera extraordinaria esa piedra para que fuera un proyectil que atravesara el casco de bronce que tenía Goliat. La piedra propulsada con la honda adquiere una velocidad tal, que sin duda el impacto puede ocasionar el efecto que la Escritura nos dice.

El prodigio está en la certeza absoluta del proyectil en localizar su blanco. Por supuesto que con Dios no hay casualidades sino causalidades. Algo semejante ocurre cuando *“un hombre tiró con su arco a la ventura e hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura y la coraza” (1 R 22:34)*.

Goliat venía con espadas, lanzas y otras cosas. David vino con un nombre *“que es sobre todo nombre” (Fil 2:9)*, el de su Dios. Para David la batalla era algo más que una pelea física, era algo que llegaba al ámbito espiritual. Se aplican aquí las palabras: *“Porque nuestra lucha no es contra sangre ni carne” (Ef 6:12)*.

Quizá como resultado de esta experiencia David puede decir: *“Contigo desbarataré ejércitos; con mi Dios saltaré murallas” (Sal 18:29)*.

Indudablemente, ninguno de nosotros va a tener que pelear contra un gigante filisteo; pero todos sí vamos a tener que luchar contra “colosos” en nuestra vida. Presumimos que Goliat tenía un hermano y varios amigos. Quisiera pensar en cinco enemigos gigantes que tenemos, especialmente en nuestra juventud.

- El Goliat del alcohol y de las drogas.
- El Goliat de los pecados sexuales.
- El Goliat de los vicios de la carne.
- El Goliat del mundo.
- El Goliat de Satanás.

David corrió hacia el gigante. Hizo con resolución lo que sabía que tenía que hacer. Muchas veces nosotros, por el contrario, nos asemejamos a los *“hijos de Efraín”*, quienes a pesar de que estaban *“armados con excelentes arcos, volvieron las espaldas en el día de la batalla” (Sal 78:9)*. ¡Es increíble! Estaban bien armados, tenían una historia de antepasados ilustres y osados, pero huyeron sin enfrentarse a la contienda.

David no le dio al gigante la oportunidad de levantarse nuevamente. El acto de decapitarlo era la única manera de estar seguro de que ese enemigo estaba aniquilado. Esta historia es muy cruenta y sanguinaria pero la realidad de la vida también lo es.

El enemigo tiene que ser muerto o destruido. Nuestros enemigos espirituales tienen que ser atacados y no deben ser tolerados ni mimados. El mundo no va a desaparecer, no lo podemos matar pero nosotros sí podemos morir: *“Por lo tanto, haced morir lo terrenal en vuestros miembros” (Col 3:5)*.

Contrastes entre Goliat y el Señor Jesús

GOLIAT

- Es alto y tiene “personalidad”.
- Su presencia inspira temor (**1 S 17:11**).
- Aparenta ser invencible, pero no lo es.
- Se burla y blasfema contra Dios.
- Vino para destruir y matar.
- Su derrota fue final.

El Señor Jesús

- Es humilde de corazón (Juan 13).
- Inspira paz: “La paz os dejo, mi paz os doy. No como el mundo la da, yo os la doy” (**Jn 14:27**).
- Aparenta ser vencido en la cruz, pero realmente es el vencedor.
- Es honrado por Dios: “*Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia*” (**Lc 3:22**).
- Ha venido para que tengamos “*vida... en abundancia*” (**Jn 10:10**).
- Su victoria fue completa.

Notas al margen

Primero, algunos médicos se han referido a la posibilidad de que Goliat tuviera un tumor cerebral benigno de la glándula pituitaria. Estos tumores que segregan la hormona de crecimiento, si aparecen en la juventud, pueden ocasionar gigantismo. Se explicaría así que el impacto de la piedra en una persona que tenía un tumor iba a provocar fácilmente la caída que experimentó Goliat. Esta teoría no explicaría el hecho de que Goliat tuviera un hermano que también era gigante. Es verdad que hay una rara forma genética familiar que se llama Síndrome de Adenomas Endocrinos Múltiples (SAEM) tipo 1. Este tipo de tumores a menudo se acompañan de pérdida de la visión lateral debido a la compresión por el tumor del nervio óptico (hemianopsia).

Sabemos que los jugadores de béisbol pueden caer muertos por el impacto de una pelota cuando esta adquiere una gran velocidad. Esos golpes “secos” pueden provocar la muerte en ciertas personas susceptibles. Esto puede suceder aun usando una protección en el tórax como se hace en el deporte. Desde el punto de vista médico sería improbable que el golpe de la piedra le causara la muerte instantánea. El historiador Salefus dice que la piedra se enterró en el cerebro.

Normalmente (en una persona en posición erguida) frente a un impacto la persona cae hacia atrás. Aquí específicamente se dice que cayó sobre su rostro enfatizando lo que este golpe habrá sido para el orgullo de Goliat.

Segundo, la forma como Goliat cayó (sobre su rostro) nos hace recordar cuando los filisteos habían traído el arca de Dios y la colocaron en el templo pagano: “*Dagón estaba caído en tierra sobre su rostro, frente al arca del Señor*”. Los filisteos vuelven a colocar a su ídolo en su trono, y al día siguiente encuentran nuevamente a su fetiche: “*caído... frente al arca del Señor; y la cabeza y las manos de Dagón estaban cortadas*” (**1 S 5:3-4**).

Algunos estudiantes han postulado que cuando Goliat insulta al Dios de Israel de alguna manera eleva su mano, y en este proceso mueve parte de la visera del yelmo quedando al descubierto parte de su frente. El texto no nos dice que la piedra penetró el casco pero sí dice que se incrustó en la frente.

Probablemente David suelta la piedra de su honda pastoril mientras continúa corriendo. Esto lo hace a una distancia relativamente corta a 20 o 30 metros del gigante. El hecho de que el escudero no intentara atacar a David se explicaría por el hecho de que David no se detiene en su carrera, porque la caída del gigante no es algo inesperado para él sino exactamente lo que él esperaba. No necesitamos invocar un poder o una velocidad sobrenatural a esa piedra. El “milagro”, por así decirlo, está en el hecho de que David va a ejecutar un plan que Dios le ha mostrado y todo sucede como si estuviera “programado”. Dios ha determinado la ruina del gigante blasfemo y el resultado final se va a alcanzar infaliblemente.

Todo esto lo hace Dios usando a un joven que está consagrado para servirle y que tiene fe en el poder de Dios.

El líder que hay en mí

Saúl fue elegido rey pero en el momento de la confrontación con el gigante era obvio que había perdido su calidad de caudillo.

En el momento en que Saúl permite que David pruebe su armadura le está confiriendo el liderazgo sin saberlo.

En el liderazgo espiritual el adalid no debe jactarse de su posición. Quizá algunos ni se consideran a sí mismos líderes. Pero lo que los destaca es su disposición a tomar el puesto de responsabilidad y peligro.

David es el líder de Israel antes de matar al gigante. Desde el momento en que él declara en forma tajante que va a pelear se constituye en el líder (**1 S 17:37**).

Dios, normalmente, no utiliza “improvisadores”. Cuando David fue a pelear con Goliat había egresado de la academia militar de más prestigio en el mundo. La escuela militar de Dios. David había aprendido en ese entrenamiento algunos de los fundamentos imprescindibles. En primer lugar el líder calcula y estudia el peligro, pero este no lo paraliza.

Para David, que uSabá los anteojos de la fe, el gigante era tan solo un pigmeo.

Por supuesto, no desestimó a su adversario.

Los encuentros previos con el león y el oso le habían enseñado la verdad que “*Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*” (**Ro 8:31**).

Temas para el estudio en grupo

- Los enemigos espirituales del creyente.
- Las armas espirituales de Dios.
- Fe en Dios que es omnipotente y está sentado en su trono.
- Venciendo en la batalla contra el enemigo.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Por qué cree usted que Saúl no se animó a pelear contra Goliat?
2. ¿Cuáles son las diferencias entre el escudero de Goliat y el “escudero” de David?
3. ¿Cómo obtuvo David esa convicción de que él, aun siendo “inexperto”, iba a ser el vencedor?
4. ¿Quiénes son los enemigos espirituales más comunes que nos quieren destruir?
5. ¿Qué implicación tienen las palabras de David: *“Veía al Señor siempre delante de mí”* (Hch 2:25).
6. ¿Qué le sucede al líder cuando no cumple con la obligación que su posición le obliga ejecutar?

El pecado de David y Betsabé (2 Samuel 11:1-4)

— Adiós mi amor — le dice el guerrero a su esposa al despedirse para ir al frente de batalla — te quiero con todas las fuerzas de mi alma.

Ella, una joven y hermosa Señora, le responde:

— Amado esposo, yo también te amo con todas las fuerzas de mi corazón. Cuídate y vuelve pronto. Te estaré esperando con mis brazos abiertos. Mi primera oración del día será pedirle al Señor que te proteja y bendiga; la última plegaria de la noche será suplicarle al Señor que él sea contigo.

Los ojos de la esposa están cubiertos de lágrimas. Muchas veces se ha despedido de su cónyuge, pero esta vez tiene un presentimiento sombrío.

El esposo, un gallardo y elegante militar, trata de disimular su emoción. Luego de darle un fuerte abrazo y besarla en la frente le dice:

— Que la paz del Señor sea contigo.

Enseguida se aleja rápidamente. Es como si tratara de evitar el quedarse un segundo más, lo que haría la despedida más dolorosa. La esposa ve a su amado perderse por una de las tortuosas calles de Jerusalén. Ella vuelve, como en una película de cine, a recrear en su mente las escenas de su juventud. Se habían conocido desde niños. Su esposo era un poco mayor que ella pero no se notaba la diferencia; él la amaba con todo su corazón. La boda se hizo a la usanza de Israel. Todos estaban tan felices. Ella era hermosa, buena, piadosa y hacendosa. Él era uno de los “*valientes del rey David*”, un militar reconocido por su valor y nobleza. En el hogar, Urías era el esposo perfecto. Trataba a su esposa con todo cariño. A veces hasta demostraba su afecto profundo dándole a su esposa de comer de su mismo plato. Urías amaba profundamente a su esposa; la respetaba y trataba como si fuera su hija (**2 S 12:2-3**).

Pasan las semanas y hay alguna que otra noticia de cómo están las cosas en el frente de batalla.

A poca distancia de la casa de Urías y Betsabé está la casa real. Es el tiempo en que los reyes suelen salir a la guerra, pero este año David ha decidido quedarse en el palacio en vez de ir al frente de batalla. Esa tarde el rey David no se encuentra muy bien y decide tomar una siesta para descansar. El reposo se prolonga y cuando el sol está por terminar su camino inexorable, David se levanta. Se ha pasado toda la tarde “sesteando”. Dado que “no tiene nada que hacer” se le ocurre subir a la azotea. Como está aburrido comienza a mirar primero el cielo con los colores rojizos del atardecer. Luego mira para el norte, luego quizá hacia el este, luego para el sur y por último para el oeste.

De pronto, al bajar la mirada ve algo inesperado. Una mujer, creyendo que nadie la veía, se está bañando. Es joven y bella. Mirarla y codiciarla son cosas que suceden rápidamente. David comienza a descender lentamente por la escalera. Con cada escalón que desciende va maquinando su pecado, va manchando su testimonio de hombre de Dios por unos momentos de placer.

El rey baja de la azotea; llama a sus criados y les pregunta quién es esa mujer que vive en aquella casa. Por supuesto, no les cuenta las circunstancias en que la había visto. Los sirvientes se sonríen. Es que todo el mundo sabe que Betsabé es una belleza.

— Majestad — dice uno de los siervos — ella es Betsabé, hija de Eliam.

Luego, recalcando las palabras, agrega:

— Ella es mujer de Urías, el heteo.

En este momento cruzan por la mente de David pensamientos muy contradictorios. Él sabe que la ley de Dios específicamente condena el adulterio (**Ex 20:14**). Sus siervos lo miran; no pueden creer lo que escuchan:

— ¡Vayan a buscarla!

Para entonces Betsabé ya ha terminado de bañarse. Los mensajeros van y llaman a la puerta y los sirvientes atienden.

— Señora, hay mensajeros de parte del rey que quieren hablar con usted.

— ¡Que pasen! — dice Betsabé.

Los mensajeros son presentados ante ella.

— Señora — le dicen —, tenemos un mensaje para usted de parte del rey. No podemos comunicarlo delante de todos porque es una “misión de estado”.

La esposa de Urías hace una seña y los criados se retiran.

— Y bien, ¿cuál es el mensaje? — Pregunta Betsabé.

Uno de los enviados adopta una pose de importancia y dice:

— Su majestad el rey la invita a cenar. Su alteza se siente muy solo y a él le gusta conversar...

— ¿Cuándo? — Pregunta Betsabé.

— Hoy mismo; es decir, ahora mismo — responde uno de ellos.

— ¿Cuántos invitados hay? — inquiera Betsabé.

— Usted es la única invitada — responden al unísono los enviados.

Betsabé no es ingenua. Un sudor frío estremece su cuerpo.

— Enseguida vengo — dice Betsabé.

Entra a su dormitorio para hablar con su ama de crianza, quien ha estado con ella desde que era una niña. La nodriza empalidece.

— ¡Señora, por favor no vaya! El rey no la puede obligar a ir a cenar con él sin su marido. Me temo que su alteza tenga otras intenciones.

Betsabé está confundida. ¡Es la oportunidad de su vida! Todos en Israel sueñan con ser invitados al palacio real. Después de todo, ¿qué tiene de malo ir a cenar si a uno lo invitan? La fantasía y vanidad femeninas han sido tocadas.

Al cruzar el umbral de la casa Betsabé se olvida de las promesas de amor que en ese mismo lugar le hizo a su cónyuge. Sale de esa casa como una esposa pura, para volver como una mujer infiel a su amante esposo.

Al retornar al hogar, ya de mañana, llama a la puerta. Los criados de cara larga la saludan, mientras que lágrimas caen del rostro del viejo mayordomo. La casa luce taciturna y oscura a pesar de que las ventanas están abiertas. Los criados la miran y bajan los ojos con tristeza. Ellos se imaginan exactamente lo que ha pasado. Esa morada parece que hubiera cambiado completamente en una noche. Por la noche, cuando Betsabé se sienta a la mesa para cenar, ve el asiento vacío de Urías. Se lo imagina, como

tantas veces, mirándola con dulzura y hablándole con respecto y ternura. Ella mueve su cabeza y baja los ojos como para evitar su mirada.

La historia bíblica y nosotros

Nuestros corazones se humillan al darnos cuenta de la fragilidad de nuestra naturaleza. Podemos comparar la caída moral que experimentaron David y Betsabé como la caída de un meteorito que rápidamente se precipita desde lo alto a la tierra. Sin embargo, las misericordias del Señor son mucho más grandes y la restauración se efectuará.

El rey David no estaba en gran peligro de caer cuando combatía en los campos de batalla o cuando huía de Saúl. Su desplome sucede cuando todo parece estar bajo control. Alguien podría preguntarse: “¿Cómo es posible que se tengan tantos detalles de la historia? ¿Cómo puede ser que alguien supiera que David estaba “sesteando” antes de subir a la terraza?”. En primer lugar, Dios nunca ha tratado de encubrir el pecado de sus siervos. En segundo lugar, el Espíritu de Dios, que todo lo sabe y todo lo examina, es el que revela esta historia con todos sus pormenores. *“El Espíritu todo lo escudriña, aun las cosas profundas de Dios” (1 Co 2:10).*

Quizá hemos escuchado comentarios tales como: “Este hermano cayó en pecado”. Estas palabras sugieren que se trata de alguien que estaba bien espiritualmente pero que súbitamente hace algo malo. Sin embargo, es importante reconocer que la mayoría de las veces no se trata de un tropiezo aislado, sino de un deslizamiento progresivo que avanza lentamente hasta llegar al borde del precipicio. En el caso de David ocurre exactamente así. Las Escrituras nos enseñan: *“Atrapados las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas” (Cnt 2:15).*

Pink dice: “Esta porción es muy solemne: Aquí vemos que a los deseos se les permite que actúen libremente no en un hombre del mundo, sino en un miembro de la familia de la fe. Aquí contemplamos un santo, eminente en santidad, que en un momento de descuido es sorprendido, seducido y llevado cautivo por el maligno”.

Con todo el respeto que nos merece este extraordinario autor, podemos pensar que el desplome de David no fue instantáneo. Podemos ver en las Escrituras pautas de que algo andaba mal en la vida espiritual del Rey. En primer lugar, observamos que él no estaba en el lugar que tenía que estar. Era el tiempo en que los reyes salían a la guerra pero él no salió con su ejército. Su deber como comandante en jefe era estar en el frente de batalla.

Eso era lo acostumbrado en aquellos tiempos. Cuando el creyente está ocupando el lugar que le corresponde en la batalla espiritual en la que todos estamos, la caída será más difícil. La disciplina que involucra el servicio militar obliga a una vida ordenada. Las Escrituras nos enseñan: *“Vestíos de toda la armadura de Dios... porque nuestra lucha no es contra sangre ni carne... para que podáis resistir en el día malo” (Ef 6:11-13).*

David hubiera estado mucho más seguro en medio de la feroz contienda que en el palacio. Le hubiera sido menos doloroso, a la postre, una cuchillada mientras peleaba en la lid, que la herida brutal en su moralidad que le traería ese pecado.

Una segunda pauta que nos indica que hay dificultades es el hecho de que él se encuentra durmiendo hasta cerca del atardecer. La Biblia nos habla de los peligros de la pereza: *“Un poco de dormir, un poco de dormitar, y un poco de cruzar las manos para reposar” (Pr 6:10).* Es cierto que en esa parte del mundo debido al calor se toman descansos, pero cuando la siesta se prolonga hasta el atardecer, eso es demasiado. El atardecer es la parte del día donde se intensifican la melancolía y los pensamientos tristes y negativos. La tendencia a dormir sugeriría un estado depresivo.

La Palabra nos amonesta diciendo: *“Ya es hora de despertaros del sueño” (Ro 13:11)*. Por supuesto que no tiene nada de malo subir a la azotea o terraza y mirar lo que está sucediendo. David está haciendo lo que muchas veces nosotros hacemos cuando estamos de ociosos. Nos sentamos frente al televisor y empezamos a mover los canales hasta que encontramos uno que nos llama la atención. La obligación moral de David al ver a la mujer bañándose debió ser la de inmediatamente apartar sus ojos **(Pr 4:23-25)**.

¿Qué tiene de malo mirar desde la azotea el paisaje? ¡No tiene nada de malo! ¿Qué tiene de malo bañarse? Nada. Muchas veces los jóvenes nos preguntan: ¿Qué tiene de malo esto o aquello?

El problema no está en que no tenga nada de malo sino en que no tiene nada de bueno. El creyente en el Señor Jesucristo no tiene por qué vivir una vida en la zona gris, la zona intermedia entre lo malo y lo bueno. Las Escrituras nos amonestan: *“Que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Ro 12:1)*.

Creo firmemente que cuando Urías y Betsabé se despidieron e intercambiaron sus promesas de amor ambos fueron sinceros. Urías nunca se enteró de la infidelidad de su esposa o de la traición de su rey que él amaba y respetaba con todo su corazón.

¡Qué diferente hubiera sido la vida de David y de sus hijos si este horrendo pecado no se hubiera cometido!

Al analizar con cuidado la situación, nos damos cuenta de que David tenía que haber “puesto los frenos” en varias ocasiones, y por no hacerlo, habrá consecuencias catastróficas a nivel familiar y nacional. Aquí no se trata solo del pecado del adulterio, sino del mal ejemplo que este pecado trae a la familia. Más adelante vemos cómo los hijos van a pecar de una manera brutal. Nos estamos refiriendo a la violación de Tamar por parte de su medio hermano Amnón, quien a su vez es víctima del fratricidio cometido por su medio hermano Adonías.

David ha perdido la autoridad moral en la familia. El pecado *“engendra muerte”*. Es verdad que él se va a arrepentir y el Señor lo va a perdonar. Sin embargo, él ya no tendrá más la autoridad moral que debería tener. Él ya no puede hablar sin acusarse a sí mismo en contra de quitarle la vida a otro ser humano. Tampoco podrá hablar condenando el adulterio.

¡A David le fallaron los frenos!

En forma sucesiva le “fallan los frenos” tres veces. Por eso la Escritura dice: *“El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Co 10:12)*.

El primer freno que le falló a David fue el freno del control visual cuando vio a la mujer que se estaba bañando. Cuando el creyente ve algo que no conviene (en la calle, en la televisión, en una revista) debe apartar su mirada. El mismo Señor Jesús dijo: *“Todo el que mira a una mujer para codiciarla ya adulteró con ella en su corazón” (Mt 5:28)*.

Jesucristo no dijo que eso era irrelevante e inofensivo. Por el contrario dijo: *“Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti” (Mt 5:29)*. El lenguaje es tan expresivo que nos impacta pero el concepto que se expresa es bien claro.

Ninguno de nosotros se sacaría un ojo voluntariamente bajo ninguna circunstancia. David por el contrario siguió mirando, y cuanto más observaba, sus frenos se aflojaban más.

El segundo freno que no funcionó se observa cuando inmediatamente empieza a fraguar y meditar en la posibilidad del pecado. Al descender por las gradas está maquinando cómo lograr su propósito. No se da cuenta de que con cada peldaño que baja está pisoteando esos hermosos himnos y salmos que su pluma ha escrito hablando de la santidad y fidelidad al Señor.

El tercer freno tampoco funcionó. Cuando le responden, después de preguntar quién es ella, que Betsabé es la hija de uno de sus capitanes y la esposa de uno de sus más valientes oficiales, David debió aplicar el freno. Sin embargo, no lo hizo. De aquí en adelante ya no hay rienda que lo detenga. Cuando Betsabé entra en el palacio ya es demasiado tarde.

Esta historia nos conmueve y duele, y el Señor la ha incluido en su Palabra no para entretenernos con una habladuría sino para que seamos amonestados de los peligros de nuestra naturaleza carnal.

Rozier nos dice: “Cuando leemos este capítulo un sentimiento de humillación profunda llena el corazón de cada hijo de Dios... El pecado es aún más serio dado que ocurre en la vida de un hombre que a pesar de sus debilidades ha recibido el testimonio de que no sea hallado mal en ti en toda tu vida” **(1 S 25:28)**.

Y el mismo autor agrega: “¡Lloremos al ver la contradicción con todo su pasado pisoteando la santidad del Señor! ¡David tenía que ser un representante de la santidad de Dios delante de todo el mundo!”.

El apóstol Pablo, un hombre que había llegado a un altísimo nivel espiritual, dijo: “Yo sé que en mí, a saber, en mi carne, no mora el bien” **(Ro 7:18)**.

¿Será posible que este crimen que va a cometer sea uno de los factores primordiales que lo inhabilita para hacer la obra más grande de su vida? La construcción del templo en Jerusalén no le es permitida. Dios mismo le dijo: “Tú has derramado mucha sangre y has llevado a cabo grandes guerras. No edificarás una casa en mi nombre” **(1 Cr 22:8) (1 Cr 28:3)**. Su vida termina siendo similar la sinfonía inconclusa de Schubert.

Vemos la gracia de Dios de una manera muy especial en esta historia. David al final se va a arrepentir y el Señor lo va a perdonar. Ninguno de nosotros no le daría otra posibilidad de restauración. David va a volver a tomar el arpa y entonar cantos espirituales al Señor. Es por eso que de esa lira pueden surgir palabras tan maravillosas como las escritas en el Salmo 103:

“Él es quien perdona todas tus iniquidades...” (v. 3).

“El que rescata del hoyo tu vida...” (v. 4).

“Ni para siempre guardará el enojo” (v. 9).

“No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados” (v. 10).

Notas al margen

Se podría argumentar que quizá Betsabé no tenía muchas posibilidades de rechazar al rey. Eso sería ciertamente así en la mayoría de los países en la zona. En Israel, por lo contrario, Dios había dado mandamientos muy específicos.

Dios culpa a David de “haber derramado mucha sangre”. Creo que aquí no se refiere exclusivamente a las batallas que se ha visto obligado a pelear sino al derramamiento

innecesario de sangre. Al respecto, Barton Payne dice: “Él ha contaminado sus manos con sangre que no merecía derramarse. La guerra puede ser en ocasiones necesaria, justa y ordenada por el Señor (**1 Cr 14:10**). Sin embargo, David ha sido culpable de violencia excesiva (**1 Cr 28:3**). Aquí debemos incluir la sangre de Urías”.

A la usanza de los monarcas de la región, cuando David estuvo en Hebrón tuvo seis esposas y cada una de ellas le dio un hijo (**2 S 3:2-5**). En Jerusalén tuvo 4 hijos de Betsabé y nueve hijos más y a Tamar. También tuvo hijos de las concubinas cuyos nombres no se mencionan (**1 Cr 3:5-9**).

Betsabé era hija de Eliam también llamado Amiel (**1 Cr 3:5**).

Este era hijo de Ahitofel (**2 S 23:34**). Por lo tanto, Ahitofel es el abuelo de Betsabé. Años después éste se adhiere a la revolución de Absalón contra David. Sin duda quiere vengarse del oprobio hecho a su nieta.

Esa misma azotea va a ser también el escenario de un acto público de pecado brutal cometido por Absalón (**2 S 16:22**).

¡David tiró un bumerán y le volvieron veinte!

El rey no estaba en el lugar que tenía que estar. Betsabé tomó un baño en el lugar que ella creía que era privado y no lo era.

¿Por qué pecó David? La Palabra nos dice: *“Pero cada uno es tentado cuando es arrastrado y seducido por su propia pasión. Luego esa pasión, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez llevado a cabo, engendra la muerte”* (**Stg 1:14-15**).

Aplicaciones prácticas

Por supuesto, la mayoría de nosotros no va a estar en una terraza de Jerusalén, pero hay distintas “azoteas peligrosas” en el día de hoy. Las páginas de pornografía de Internet deben ser absolutamente excluidas para el creyente. Las películas de cine (o DVD y programas de televisión) que están repletas de cosas inmorales tienen que ser desechadas. La Palabra nos exhorta: *“Huid de la inmoralidad sexual... pero el fornicario peca contra su propio cuerpo”* (**1 Co 6:18**).

Betsabé fue imprudente en bañarse en un lugar donde podía ser vista, aunque ella no supiera que podría ser espiada. Los creyentes deben ataviarse en forma modesta y con pudor (**1 P 3:2-5**). Las ropas y el estilo no tienen que ser una “provocación” o una estimulación pecaminosa para el sexo opuesto. El hijo y la hija de Dios no necesitan copiar ni tener como modelos los personajes famosos y a veces pervertidos de Hollywood. Los valores de estas personas son contrarios y sus vidas expresan el desprecio absoluto que tienen a Dios y a su Palabra. Yo no quiero seguir esos modelos. Los momentos de placer ilícito que tuvo David no lo recompensaron con los meses y años que tuvo luego que llorar por haber pecado contra Dios.

El líder que hay en mí

Cuando un líder hace algo malo hay más personas que las que él se imagina que saben lo que está ocurriendo. Sin duda entre los siervos del palacio y de la casa de Urías “se corrió la voz” de lo que estaba sucediendo.

Cuando el líder cae en pecados graves (inmoralidad, utilización indebida de los fondos del ministerio, etc.) se pierde la abundante bendición del Señor. Sus colaboradores ya no pueden mirarlo como el hombre sabio que los inspira y dirige.

La única solución en estos casos es el arrepentimiento ante Dios y la confesión pública del pecado. Puede haber algunas situaciones en que la confesión no tiene que ser necesariamente que abarque a un “público” muy extenso. En ningún momento este tipo de acción deberá representar un “encubrimiento” de un pecado grave. (No me estoy refiriendo aquí a la disciplina de la iglesia local).

Otras lecciones prácticas

- Aun el creyente más espiritual y consagrado puede caer en pecado.
- La importancia de participar en la “guerra espiritual” en las funciones que el Señor nos otorgue.
- Lo primordial es ser disciplinado y evitar a toda costa llenar nuestra mente con cosas corruptas como las que abundan en la televisión, Internet y los cines.
- Dios perdona el pecado completamente, sin embargo, las consecuencias de ese pecado pueden ser muy dolorosas y prolongadas. Por eso el apóstol Juan exhorta: *“Hijitos míos estas cosas os escribo para que no pequéis” (1 Jn 2:1).*
- Por más serio que sea el pecado Dios ofrece el perdón: *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn 1:9).*

Temas para el estudio en grupo

- Las tentaciones y sus consecuencias.
- La “reacción en cadena” del pecado.
- La armadura del creyente (Ef 6).

Preguntas para reflexionar

1. ¿Por qué David no fue a la guerra tal como se esperaba en aquellos tiempos?
2. ¿En qué momento David tendría que haber actuado para evitar su trágica caída?
3. ¿Qué sugiere el hecho de que David estaba “sesteando” al atardecer?
4. ¿En qué tres ocasiones del relato podemos observar que a David le “fallaron los frenos”?
5. ¿Qué “azoteas de Jerusalén” (lugares donde la tentación a pecar se intensifica) hay en mi vida espiritual?
6. Si usted se comparara con David, ¿qué tan fuerte se consideraría para vencer la tentación?

Integridad a prueba de balas y alcohol (2 Samuel 11:5-27)

Parecía una tarde de rutina para el rey David. Uno de sus asistentes se anuncia y dice: “Majestad, tengo un recado para usted”. El mensajero le entrega el mensaje y se retira. El monarca quita el sello del rollo, lee y empalidece. El texto es breve: “Yo estoy encinta”, Betsabé.

El rey arroja con furia la carta en el fuego del brasero. Comienza a caminar de un lado al otro de la amplia sala. De pronto, una sonrisa asoma en sus labios. Tiene un plan que no puede fallar. Escribe una nota a Joab en la que le ordena que de inmediato envíe al oficial Urías a Jerusalén.

A Joab sin duda le extraña mucho que el rey solicite con tanta urgencia el envío de un oficial, que si bien es importante nunca ha sido un consejero del rey. Urías emprende el largo viaje, quizá preguntándose: “¿Cuál será la razón por la que el rey quiere verme?”. Pasan los días hasta que Urías finalmente llega a Jerusalén. Lo primero que hace es dirigirse al palacio real. De inmediato es introducido a la sala donde se encuentra el rey.

— Majestad — dice Urías haciendo una reverencia — el general Joab le manda sus respetos y sus deseos de que la paz del Señor sea con usted.

— Estimado Urías — responde el rey — me alegro muchísimo de verlo tan bien. Cuénteme, ¿cómo están las cosas en el frente de batalla? ¿Cómo está el ánimo de las tropas?

El oficial responde a las preguntas del rey. Es evidente que Urías está bien informado de todo lo que sucede en el frente. Después de un rato en que David hace más preguntas, de esas que se hacen para “llenar el tiempo”, dice con voz solemne para que todos los presentes escuchen:

— Oficial Urías, quiero que sepa cuán agradecidos estamos yo y el país por los servicios que personas como usted prestan a la patria. En nuestra próxima reunión del Estado Mayor vamos a considerar muy seriamente darle un ascenso en mérito a los servicios invalorable y extraordinarios que usted ha desempeñado en el ejército.

Urías se ruboriza. Él realmente no está consciente de que haya hecho nada extraordinario para merecer un ascenso. Sin embargo, Urías sí sabe de otros compañeros que han hecho proezas mucho mayores y que aún no han sido recompensados.

— Majestad, yo no me merezco nada de eso y con todo respeto le digo que no esperaba nada.

El rey le hace un gesto cordial como para que no prosiga y da por terminada la entrevista.

Las sombras de la noche han caído y Urías se ha retirado. Desde la entrada del palacio puede divisar su residencia. Se alcanzan a vislumbrar las pequeñas lumbres de las candelas en la casa. Piensa por un momento dirigirse hacia su hogar aunque sea nada más para mirar la puerta, pero siente como si una mano lo detuviera. Para su sorpresa observa que varios criados del palacio han cruzado hasta su morada y llaman a la puerta. Los enviados del rey han llevado unas bandejas repletas de regalos y manjares, y luego se retiran.

Betsabé es informada del obsequio real y de que su esposo Urías está en la ciudad. Su rostro se torna blanquecino y se muerde los labios. No lo puede creer. Llama a los criados y les dice: “Mi esposo está en la ciudad. Ustedes ya saben lo que les dije de mi visita a la casa del rey. Este tema no se toca. Mi marido a veces se pone muy celoso y ya les dije que no pasó nada”.

A la mañana siguiente el rey David se levanta con una sensación de victoria. La pesadilla de ser acusado de adulterio ha desaparecido. Por supuesto, él supone que Urías ha pasado la noche con su esposa. Quizá vienen a su mente pensamientos burlones: “Cuando nazca el niño le diremos que es un sietemesino grande, y el papanatas se lo va a creer”. Mientras piensa en estas cosas, una sonrisa de triunfo se dibuja en el rostro del monarca. Es interrumpido por el llamado de su criado, quien le anuncia que el desayuno está listo.

— ¿Qué hay de nuevo? — pregunta mientras se refriega las manos en actitud de triunfo.

— Nada en especial su majestad — responde el siervo — solo que Urías no durmió en su casa.

— ¿Qué dices? — estalla David con el rostro enrojecido por la furia.

— Nosotros tratamos en vano de animarlo a que fuera a descansar a su casa. Pero no hubo caso. Él rehusó completamente.

El rey se pasea cabizbajo por la sala y luego de unos minutos parece recuperar su compostura. El enrojecimiento ha desaparecido.

— Díganle a Urías que se presente de inmediato.

Se cumple la orden y traen al oficial Urías a la presencia del rey. El monarca sin devolverle los buenos días, con voz grave y como remarcando cada palabra, le pregunta:

— ¿No has llegado de viaje? ¿Por qué no descendiste a tu casa?

Urías respondió a David:

— El arca, Israel y Judá están en cabañas y mi Señor Joab y los servidores de mi Señor están acampados al aire libre. ¿Y había yo de entrar en mi casa para comer y beber y dormir con mi mujer? ¡Por tu vida y por la vida de tu alma, que no haré semejante cosa!

El rey rápidamente cambia su actitud y táctica y dice:

— Lo felicito por su sentido de responsabilidad al deber. Usted es un gran ejemplo. Muy pronto concretaremos lo del ascenso. Me alegra tener oficiales con tanta vocación como usted. Lo espero hoy para cenar.

Esa noche, en el mismo lugar donde había estado Betsabé hacía unas pocas semanas atrás, Urías es recibido a la mesa real. El rey lo trata con una amabilidad exagerada. Quizá Urías piensa: “Nunca me había dado cuenta de que el rey fuera tan amable con sus oficiales”. Urías no tiene posibilidad de rehusarse.

— Por favor, tome otra copa de vino — invita el rey David.

— Majestad, perdone, yo no acostumbro a tomar mucho vino y me estoy sintiendo muy mareado.

— ¡Vamos, oficial! Usted no podrá rehusarse ahora a beber otro vaso. ¡Brindemos por el general Joab!

Los brindis se suceden y el pobre oficial trata en vano de evitar los sucesivos. Una y otra vez David se empeña en que Urías beba. David quiere embriagarlo para que vaya a su casa y así su astuto plan se formalice.

Sin embargo, tampoco esa noche Urías vuelve a su casa. Su sentido de responsabilidad es tan grande, que aunque ha sido alcoholizado con engaño, aun en ese estado es fiel a su obligación moral.

Al día siguiente, David le entrega una carta para el general Joab. Urías emprende su viaje de regreso al campo de batalla. Lleva consigo la carta que le diera el rey; la aprieta contra su cuerpo muy cerca de su corazón. ¡Se siente tan honrado de llevar ese mensaje escrito por la misma mano del Rey!

Urías ignora que ese documento, que él trata con tanto respeto, es, ni más ni menos, su sentencia de muerte. Esa misma mano que había escrito salmos gloriosos ahora acaba de “legalizar” un asesinato.

La historia bíblica y nosotros

Seguimos estudiando con profunda tristeza este capítulo de la vida de David. Una de las cosas que nos estremece es el hecho de saber que, al menos teóricamente, no somos mejores que él.

El apóstol Pablo nos dice: *“Yo sé que en mí, a saber, en mi carne, no mora el bien... Porque no hago el bien que quiero; sino al contrario, el mal que no quiero, eso práctico”* (Ro 7:18-19).

No estamos aquí para criticar a David sino para aprender con sobriedad los peligros de esta vieja naturaleza. Es por la gracia del Señor que nos sostiene que no caemos. *“Nunca decaen sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”* (Lm 3:22-23).

Creemos que el Señor tiene un propósito al poner este acontecimiento en las páginas sagradas. *“Estas cosas les acontecieron como ejemplos y están escritas para nuestra instrucción”* (1 Co 10:11).

David aparece aquí como el hombre que se deja llevar por sus pasiones. Urías se nos presenta como el héroe que se niega a sí mismo y cumple fielmente con su deber. Este es el hombre que declina a sus derechos naturales por un móvil más importante. En pleno siglo XXI, Urías se convierte para nosotros en un personaje real y con un mensaje actual. El apóstol Pablo nos enseña: *“Con Cristo he sido juntamente crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”* (Ga 2:20).

Para Urías hay algo más importante que su ego, bienestar y comodidad. Los creyentes debemos seguir el precepto de que *“los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”* (Ga 5:24).

Tenemos que darnos cuenta de que un pecado lleva a otro y cada vez este es más serio. Es como la bomba atómica que se basa en una “reacción en cadena”.

El adulterio de David lo lleva a tener que emborrachar a su siervo para tratar de cumplir su plan. Urías ha sido empujado a embriagarse con alcohol, con la astuta intención de que vuelva a su casa y así responsabilizarlo del embarazo que ya ha ocurrido.

Nosotros podemos pensar que Urías es desafortunado porque pierde a su esposa y su vida. También se podría pensar que Esteban y Santiago son “perdedores” porque los

mataron (**Hch 7:58**) (**Hch 12:2**). Sin embargo, desde el punto de vista espiritual Urías es un vencedor. Él es un ejemplo para nosotros aun tres mil años después de su muerte.

Urías es un hombre que ha sido engañado y embriagado. Él posee convicciones que están profundamente arraigadas en su ser. Aun bajo los efectos del alcohol su conciencia atina a hacer lo que es correcto y no se olvida de sus responsabilidades. Para mí, esto es tremendo e impactante.

Algunas de las características de Urías son:

1. Es un hombre humilde. Duerme en el umbral de la puerta del palacio con los sirvientes. Urías sabe que su obligación es estar inmediatamente disponible para servir y proteger al rey. Actúa como un peregrino (**1 P 2:11**).
2. Es una persona que tiene inquietudes espirituales. Está preocupado de la situación del arca del Señor. Le importa la condición del pueblo de Israel.
3. Es un líder natural. Está inquieto por sus compañeros que están acampando al aire libre y él no quiere disfrutar de ningún privilegio que ellos no puedan gozar. El verdadero adalid no utiliza su posición para su beneficio personal (**1 P 5:3**).
4. Es un individuo respetuoso de las autoridades que están por encima de él. Le preocupa que el general Joab y sus compañeros no estén disfrutando de ninguna comodidad. Por lo tanto, él también las rehúsa.
5. Es un altruista. Es un individuo que está dispuesto a prescindir del bienestar que le pertenece por razón de una causa elevada. Practica la exhortación que muchos siglos después va a ser dada: *“Ninguno en campaña militar se enreda en los negocios de la vida”* (**2 Ti 2:4**).
6. Cuando se le envía al lugar de más peligro él acepta el desafío. Está dispuesto a tomar el riesgo eminente. Urías, que nosotros sepamos, nunca escribió un salmo o una poesía, sin embargo, su vida es un discurso, un cántico y un ejemplo.

El mismo David va a decir: *“Oh Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién residirá en tu santo monte?”*. Y la respuesta es: *“El que anda en integridad y hace justicia, el que habla verdad en su corazón el que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni hace agravio a su vecino”* (**Sal 15:1-3**). Sin duda el rey David escribió estas palabras del Salmo 15 después de hacerse un examen de conciencia. En ese momento de su vida David sacaría una calificación muy baja. Él ha traspasado los seis requisitos mencionados y especialmente el que dice: *“ni hace agravio a su vecino”* (**Sal 15:3**). David no fue un buen vecino.

Las Escrituras condenan la práctica de alcoholizar a una persona con motivos perversos (**Hab 2:15**). Al tratar de embriagar a Urías, David está haciendo algo que tiene ciertas similitudes con el traficante de drogas ilícitas que trata de convencer a un joven de las “virtudes” que éstas tienen. El resultado final es un cambio en el estado psíquico y mental que va a alterar los mecanismos de freno de la conciencia.

Este es el mismo rey al que unos años antes se le estremeció su corazón al cortar el vestido de Saúl. Sin embargo, ahora deliberadamente planea la muerte de Urías.

David no es honesto con Urías. Observamos que le envía un obsequio (**2 S 11:8**) y lo invita a cenar con él. La Escritura nos dice: *“El hombre que lisonjea a su prójimo le tiende red ante sus pasos”* (**Pr 29:5**). Luego David manda la carta en la que ordena que hagan matar a Urías por las armas del enemigo. ¿Qué habría pasado si David hubiera confesado su pecado? Sin duda que el dolor que David hubiera sufrido a través de los años hubiera sido menor. Cuando David se enteró de que Urías había dormido a la puerta

de la casa real, tenía que haberle agradecido su fidelidad y devoción. Por el contrario, lo regaña diciendo: “¿Por qué no descendiste a tu casa?” (2 S 11:10). El hombre carnal muchas veces en vez de agradecer y apreciar el servicio del creyente espiritual se enoja y murmura.

Los pecados se van cometiendo en forma sucesiva uno después de otro. Urías es engañado en cuanto al propósito del viaje. El monarca falsamente aparenta una amistad y gratitud que no tiene. Luego, Urías es arrastrado a un estado de embriaguez por el mismo rey (2 S 11:13).

El engatusar, engañar y alcoholizar para tratar de obtener un beneficio de la persona cuyas habilidades mentales están alteradas es algo muy grave.

La palabra nos advierte claramente: “No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa, cuando entra suavemente. Al fin muerde como serpiente, y envenena como víbora” (Pr 23:31-32).

Esta historia se puede dividir para su consideración en los cinco mensajes transmitidos, probablemente, por medio de cartas o verbalmente.

- David a Betsabé: Una invitación a concurrir al palacio.
- Betsabé a David: Un recado corto: “tengo un problema”.
- David a Joab: “Mándame a Urías.
- David a Joab: Comunicación escrita de cometer el crimen: “pónganlo en el lugar más peligroso”.
- Joab a David: Mensaje cifrado anunciando al rey que su objetivo de matar a Urías ha sido logrado.

Cuán penetrantes son las palabras: “Ahora bien, lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel” (1 Co 4:2). El esposo de Betsabé lo fue.

Notas al margen

Urías el heteo era uno de los valientes de David. Algunos los consideran como oficiales al mando de regimientos especiales (2 S 23:39).

El término “heteo” se refiere al grupo conocido como los hititas. Este pueblo había alcanzado una cultura muy alta. Richard Beal nos dice que Urías podría haber sido uno de esos soldados mercenarios de uno de los numerosos estados del norte de Siria. Es probable que fuera descendiente de los hititas que emigraron un siglo antes y se radicaron en la tierra de Israel cuando se colapsó el imperio hitita. El nombre Urías significa: “Jehová es mi luz” (Sal 27:1).

Al escribir a Joab la carta de la ignominia, tristemente David se coloca como uno de los personajes más degradados en la historia de Israel. Hay ciertas similitudes entre este episodio y el que ocurrió entre Jezabel y Nabot (1 R 21:1-29).

- Jezabel: Es reina. Desestima la ley de Dios. Envía una carta. Tiene cómplices (los testigos falsos). Nabot muere por su rectitud. Mata a un hombre justo. Un profeta la reprende severamente.
- David: Es rey. Desestima la ley de Dios. Envía una carta. Tiene un cómplice (Joab). Urías muere por su rectitud. Mata a un hombre justo. Un profeta lo reprende severamente.

La negativa de Urías de ir a su casa y estar con su esposa tiene su precedente histórico en un precepto anterior dado por David en cuanto a la abstinencia sexual durante las campañas militares (1 S 21:4-5).

En Efesios se nos exhorta: *“No os conduzcaís más como se conducen los gentiles, en la vanidad de sus mentes, teniendo el entendimiento entenebrecido”* (Ef 4:17-18).

El líder que hay en mí

La integridad de Urías nos conmueve. Todo lo que hace y dice está bien.

Sus palabras no son lisonjeras, sino que expresan los sentimientos de su corazón.

A pesar de ser un extranjero ha alcanzado un puesto de gran responsabilidad en el ejército de los *“valientes de David”*.

Cuando se le pregunta por qué razón no fue a su casa, en su respuesta vemos las prioridades del líder genuino. Urías no puede tomarse un descanso y tiempo de comodidades cuando sus compañeros están pasando vicisitudes.

Es muy impactante destacar que este hombre es muy consciente de su deber moral. Aun cuando sus sentidos han sido embotados en forma traicionera por el alcohol, él sabe qué es lo que está bien y qué es lo que está mal.

¡El mismo alcohol no puede llegar a las profundidades de su corazón para cambiar sus convicciones!

Urías sin duda sabe que la misión que se le ha encomendado es peligrosa. No usa su rango o sus *“conexiones políticas”* para evitarlas.

Temas para el estudio en grupo

- Pecados específicos en esta historia, especialmente el engaño.
- Los peligros de la *“reacción en cadena”* del pecado.
- La importancia del arrepentimiento para romper el ciclo de pecado.
- El sentido de responsabilidad de Urías.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuáles son las razones que Urías presenta por no haber regresado a su casa?
2. ¿Cuál es la secuencia de eventos en la trama que hace David para solucionar el problema del embarazo de Betsabé?
3. ¿Cómo demuestra Urías sus convicciones morales?
4. ¿Cuál característica de la personalidad de Urías llama más su atención? ¿Por qué?
5. ¿Cuáles son los mensajes enviados en esta historia?
6. ¿Qué pecados se cometen en esta historia debido a la *“reacción en cadena”*?
7. ¿Considera usted que Urías fue un *“perdedor”*? (¡Después de todo pierde a su esposa y su vida!).

La justicia y la gracia de Dios (2 Samuel 11-12)

— Buenas tardes mi comandante, acabo de llegar de Jerusalén. El rey le envía esta carta.

El oficial Urías extrae de entre sus ropas un manuscrito que entrega al general Joab.

Joab le hace varias preguntas acerca de la situación en la capital y sobre algunos de sus conocidos en el palacio real. Luego de un rato de conversación Urías se retira.

Una vez solo, Joab abre el pliego y lee el mensaje: *“Poned a Urías en el frente más peligroso de la batalla; luego retíraos de él, para que sea herido y muera” (2 S 11:15)*. Una sonrisa burlona aflora en los labios del militar mientras cavila. “¡Qué iba a sospechar Urías que había traído consigo su propia sentencia de muerte!”. Joab se pasea dando vueltas en su tienda de campaña, lee nuevamente la carta antes de incinerarla en el brasero. Se pregunta qué habría hecho Urías para que el rey tomara esa determinación tan drástica. Al día siguiente, llama a Urías y le dice:

— Oficial, tenemos que tratar de conseguir cómo penetrar en la ciudad. Yo le voy a dar a usted la oportunidad de demostrar una vez más sus dotes de gran guerrero. Mañana a primera hora quiero que usted con un escuadrón especial traten de entrar por la puerta del oeste porque parece que no está bien resguardada. La empresa es delicada pero yo estoy seguro de que un buen soldado como usted la hará posible. Quizá Joab pregunta: “¿Cuántos soldados va a llevar para la misión?”. Urías establece el número y Joab le promete que él mismo le va a seleccionar el destacamento.

Al día siguiente, Urías con su escuadrón se dirigen hacia la muralla para tratar de abrir una brecha. Una flecha lo atraviesa y cae. Pocos minutos después su cuerpo queda inerte. En ese mismo momento quizá David se encuentra sentado en su estrado. Ese triste día, el verdadero victorioso no es el rey de Jerusalén, apoltronado en su trono con almohadones de decepción y traición, sino aquél soldado fiel que honra a su Dios y que ha cumplido con su deber.

De inmediato, Joab manda un mensajero al rey. Al llegar el mensajero, éste le informa al rey de todos los detalles de la artimaña militar tal como Joab le había mandado:

— Los hombres prevalecieron contra nosotros. Los arqueros tiraron contra tus servidores desde arriba del muro y murieron algunos de los servidores del rey. También tu servidor Urías, el heteo, ha muerto.

Una sonrisa que no puede disimular aparece en el rostro del rey David. Su plan ha salido a la perfección. Cambia su tono de voz y ahora como un militar profesional le dice al mensajero:

— Dile a Joab lo siguiente: *“Que esto no parezca malo a tus ojos, pues la espada devora unas veces a uno y otras veces a otro. Refuerza tu ataque contra la ciudad y destrúyela” (2 S 11:25)*.

La noticia de la muerte de Urías corre en el palacio real. Betsabé hace duelo por su marido de acuerdo a la costumbre. Cuando termina el luto, *“David envió a traerla a su palacio. Ella vino a ser su mujer y le dio a luz un hijo” (2 S 11:27)*. Los sirvientes hacen sus comentarios y cálculos basados en el hecho de que Betsabé está muy avanzada en su gravidez. ¡Y lo más interesante de todo era que Urías hacía más de un año que no había estado en su casa! Pareciera que todo ha salido a la perfección. Sin embargo, hay un pero: *“Pero esto que David había hecho pareció malo a los ojos del Señor” (2 S 11:27)*.

Han pasado los meses y parece que en el palacio todo sigue como de rutina. Sin embargo, la gente que está más cerca del rey — los criados y consejeros — notan que éste ha cambiado. Ya no canta en las mañanas las hermosas melodías que él mismo ha compuesto. A veces ha tratado de entonarlas y es como si estuviera ronco y disonante. Se le forma como un “nudo en la garganta” y no puede seguir (**Sal 51:15**). Otras veces, trata de tañer el arpa pero pareciera como si esta estuviera desafinada. La toma por unos minutos pero después la deja abandonada, y a veces por muchas semanas.

Ya no sonrío como antes (**Sal 51:8**). Los ayudantes de cámara dicen que de noche no duerme. Se pasa caminando por su cuarto y hasta pareciera que hablara solo. Los criados no logran entender qué es lo que dice. Son frases cortas. Las reitera una y otra vez: *“No me eches de tu presencia, ni quites de mí tu Santo Espíritu”* (**Sal 51:11**).

Hay días en que todo parece andar bien pero luego las cosas cambian. David ya no come mucho, aun ha perdido peso. Por la mañana se queja de no haber descansado y dice que le duelen todos los huesos (**Sal 51:8**).

Los sirvientes dicen que sus oraciones son muy cortas. A veces ni siquiera ora. Esa paz y alegría de vivir que antes tenía se ha esfumado. Los asistentes comentan que a veces actúa como si viera algo delante de sí y que se tapa los ojos.

Esa mañana, el criado le anuncia al rey que el profeta Natán quiere hablar con él. El rey accede y el profeta entra en la gran sala. El profeta es un hombre ya entrado en años. Su aspecto infunde respeto. Camina despacio y con dignidad. Habla lentamente y con claridad.

— Buenos días profeta — saluda David — ¿a qué debo el gusto de su visita?

Tras una inquisidora mirada, Natán le dice:

— Quisiera que usted me aconseje sobre una situación muy difícil que ha sucedido. Es un problema legal.

— ¡Explíquemelo! — dice el rey.

— Sucede que había dos hombres en una ciudad, el uno rico y el otro pobre — comienza Natán.

El rey hace un gesto con la cabeza y levanta los hombros como diciendo: “así es la vida”. El profeta continúa:

— El rico tenía numerosas ovejas y vacas, pero el pobre no tenía más que una sola corderita.

— Yo sé, en la vida hay desigualdades — interrumpe el rey —, pero ¿qué se puede hacer?

Natán toma nuevamente la palabra:

— Pero el pobre no tenía más que una sola corderita que él había comprado y criado, que había crecido junto con él y sus hijos.

El rey pone cara de impaciencia y dice:

— Sí, es verdad. Yo conozco gente que trata muy bien a los animalitos; son personas que tienen un buen corazón.

El anciano profeta lanza una significativa mirada al rey y prosigue:

— Comía de su pan, bebía de su vaso.

— Cuando yo era pastor de las ovejas de mi padre muchas veces alimenté a los corderitos — interrumpe nuevamente David —. Se hace un silencio y Natán continúa:

— Dormía en su seno y la tenía como su hija.

— Bueno — dice el rey —, yo creo que eso ya es una exageración. Los animalitos son los animalitos y las personas son las personas.

El profeta Natán repite lentamente las palabras:

— La había comprado y criado; había crecido junto con él y sus hijos. Comía de su pan, bebía de su vaso y dormía en su seno. La tenía como a una hija.

En este momento el rey ya ha perdido la paciencia, e interrumpe para decir:

— Natán, me gusta su historia; sin embargo, estoy muy apurado con mis obligaciones de gobernante.

— Ya casi termino — dice el anciano antes de proseguir —. Sucede que un viajero vino al hombre rico, y éste no quiso tomar una de sus ovejas o de sus vacas para guisarla para el viajero que había llegado, sino que tomó la corderita de aquel hombre pobre, y la guisó para el hombre que había venido a él.

— ¡Me imagino que el pobre se habrá resistido! — Repuso David.

Sí, trató de oponerse pero el rico vino con sus sirvientes que eran muy fuertes y se la arrebató de sus brazos — explicó Natán —. Usted no se imagina cómo lloraba este pobre al ver que le arrancaban su corderita para hacer un guisado, pero todo fue en vano.

— ¿Le dieron alguna explicación por lo que hicieron? — Preguntó el rey.

— Sí, el rico dijo que él era el que mandaba y que él hacía lo que se le venía en gana.

En este momento el rey David se pone de pie. Tiene el rostro enrojecido por el furor, y hasta pareciera que sus ojos se han agrandado. Levanta la mano y con voz tronante dice:

— ¡Vive el Señor, que el que hizo semejante cosa es digno de muerte!

Seguidamente extiende su brazo con autoridad y agrega:

— Él debe pagar cuatro veces el valor de la corderita, porque hizo semejante cosa y no tuvo compasión.

Se hace un silencio profundo. El rey se sienta en su trono, pero su rostro todavía refleja el furor. Los sirvientes escuchan con atención. El rey repite:

— Yo decreto que debe pagar cuatro veces.

Hay una larga pausa. Natán se levanta y extendiendo su mano dice:

— Tú eres ese hombre. El rostro del monarca se pone blanco como una tiza. Una a una las acusaciones se suceden, estallando como salvas de mortero.

Pero primero vienen los “preliminares”: *“Así ha dicho el Señor Dios de Israel: Yo te ungué como rey sobre Israel y te libré de la mano de Saúl. Te di a la casa de tu Señor y puse las mujeres de tu Señor en tu seno. Te di la casa de Israel y de Judá; y por si esto fuera poco, yo te habría añadido muchas otras cosas” (2 S 12:7-8).*

Ahora viene la pregunta que no tiene respuesta: *“¿Por qué, pues, menospreciaste la palabra del Señor e hiciste lo malo ante sus ojos?” (2 S 12:9).*

David se pone aún más pálido. Su corazón empieza a latir rápidamente y con fuerza, y un sudor frío le cubre la frente. Natán continúa: *“Has matado a espada a Urías el heteo; has*

tomado a su mujer por mujer tuya, y a él lo has matado con la espada de los hijos de Amón” (2 S 12:9). En otras palabras: Has usado a los enemigos del pueblo de Dios para ejecutar tu malvado plan.

Y aquí viene la sentencia: *“Ahora pues, porque me has menospreciado y has tomado la mujer de Urías el heteo para que sea tu mujer, jamás se apartará la espada de tu casa... tú lo hiciste en secreto, pero yo haré esto ante todo Israel y en pleno día”* (2 S 12:10-12).

Se hace un prolongado y sepulcral silencio. El rey se hinca en el suelo, eleva sus brazos y dice: *“He pecado contra el Señor”* (2 S 12:13), mientras gruesas lágrimas corren por sus mejillas. El profeta está de pie; el rey, sobre sus rodillas. No es teatro; es real.

Natán responde: *“El Señor también ha perdonado tu pecado; no morirás. Pero como en este asunto has hecho blasfemar a los enemigos del Señor, el hijo que te ha nacido morirá irremisiblemente”* (2 S 12:14).

La historia bíblica y nosotros

La caída del rey David ha sido espeluznante. Pero la gracia de Dios es mucho más grande y vence ese tenebroso capítulo en la vida de este hombre.

Miles de personas que se han hundido en las profundidades de la impiedad han sido impulsadas a buscar la misericordia al comprender que Dios perdona a aquel que está realmente arrepentido. El mensaje del Evangelio es un mensaje de perdón.

Dios manifiesta su clemencia hacia David al enviar al profeta, quien lo confronta. Como resultado, la constricción de David es absolutamente profunda y real. No se arrepintió porque “las cosas al final salieron mal”, sino porque se da cuenta de lo grave que es ofender a Dios y perjudicar al prójimo.

Las palabras: *“Pero esto que David había hecho pareció malo a los ojos del Señor”* (2 S 11:26), expresan una declaración muy profunda. Son como relámpagos y nubes muy negras en el horizonte que presagian una tremenda tormenta.

La gran enseñanza de este capítulo es que el pecado trae graves consecuencias. Pero la gracia de Dios se manifiesta con el arrepentimiento del pecador. David lo hace. Lloro por su pecado. Por supuesto, el daño está hecho.

En un sentido, él no puede restaurar con *“cuatro veces el valor de la corderita”* (2 S 12:6), como él mismo había sentenciado que se debía pagar. Betsabé ha cometido adulterio y además David ha cometido un crimen.

En esta sombría historia aparece un personaje luminoso y radiante, se trata del profeta Natán. Sin duda él ha puesto en peligro su propia vida al ir al rey y denunciarle su crimen de la manera que lo hace. La técnica que utiliza es muy interesante. Él usa una parábola. Nos preguntamos qué hubiera sucedido si hubiera acusado a David de primera entrada. De la manera que lo hace deja que sea el mismo David quien juzgue y pronuncie la severidad y extensión de la condena.

En la narración, como en una obra de teatro, cada personaje tiene que tomar una decisión, que va a ser muy importante. Como ocurre con un castillo hecho con piezas de dominó, al caerse una sola pieza las otras se van involucrando en la caída:

- 1) David decide invitar a Betsabé.
- 2) Betsabé opta por aceptar la invitación.
- 3) Urías determina no ir a su hogar como lo ha maquinado el rey.

4) Urías decide dormir nuevamente en el umbral de la puerta del palacio.

5) El rey resuelve que Urías muera en el campo de batalla.

6) Joab decide acatar la orden criminal del rey.

Si cualquiera de estos eslabones se hubiera interrumpido no se hubiera llegado al terrible final.

Todos tenemos que tomar decisiones que muchas veces traen consecuencias muy serias a largo plazo.

Joab está en una situación similar a la que enfrentó Pilato mil años más adelante. Joab sabe que Urías es inocente pero lo entrega a la muerte. Al acatar la orden se produce un fenómeno interesante. De aquí en adelante el mismo rey queda subyugado a Joab quien es su cómplice.

Observemos que cuando se nos dice: *“Al oír la mujer de Urías que su marido, Urías, había muerto, hizo duelo por su marido” (2 S 11:26)*. El escritor bíblico, guiado por el Espíritu, continúa llamando a Betsabé la esposa de Urías (**Mt 1:6**).

Al parecer el mínimo duelo sería por siete días.

Urías probablemente nunca supo que su amada esposa le había sido infiel. Tampoco que su tan venerado rey planificaría su muerte, ni que su admirado comandante se prestaría a ello con certera precisión. De haber sobrevivido hubiera sufrido el dolor de saber que tres personas que él respetaba le fueron infieles. ¡Es muy difícil quedar de pie sufriendo tres golpes tan fuertes!

¿Quién es en esta historia el viajero o el caminante de la parábola? Sin duda que representa a la pasión carnal del rey. Alguien ha dicho: “Primero viene como peregrino, luego entra como huésped y termina quedándose como amo de la casa”.

Es probable que muchos de los elementos de esta parábola correspondan a la vida real. Es muy posible que Urías y Betsabé se conocieran de niños y crecieran jugando juntos. Un día, con el pasar del tiempo se casaron. Esta es una de las partes de la Escritura donde se nos muestra un afecto maravilloso, una relación del esposo con su cónyuge. La belleza de la parábola está en la simplicidad de los términos que tienen un significado profundo.

“La había comprado” se refiere, por supuesto, al hecho de que contrajo matrimonio con ella. Pero Betsabé no era una sirvienta que tenía que hacer todo lo que a Urías se le ocurriera. La trataba con un cariño excepcional. Compartía con su esposa aun de sus alimentos: *“Comía de su pan, bebía de su vaso” (2 S 12:3)*. Luego nos da una imagen de ternura e intimidad muy especial. Dormía en su seno. Se llega a la cúspide de la narración cuando dice: *“La tenía como a una hija” (2 S 12:3)*. El amor y el respeto eran las características de esa relación. El apóstol va a expresar el mismo concepto: *“vivid con ellas con comprensión, dando honor a la mujer como a vaso más frágil” (1 P 3:7)*.

La acusación principal no es el adulterio sino el crimen y el *“tomar por mujer”* a Betsabé luego de asesinar a su marido. El casarse con la viuda del hombre que acaba de matar no fue una obligación moral, fue un atropello a la ley de Dios.

Está afrentando y pisoteando la institución del hogar que el mismo Dios estableció. David se convierte así en alguien que ataca la institución divina que es la familia. *“Porque me has menospreciado y has tomado la mujer de Urías el heteo para que sea tu mujer” (2 S 12:10)*.

Natán enfrenta una decisión muy seria. El llevar el mensaje de juicio al rey podría significar su muerte si el monarca se enfureciera como solía suceder. Sin embargo, Natán es fiel al Señor y asume el riesgo. Sin duda ha estado en la presencia del Señor que le ha mostrado exactamente qué decir y cómo hacerlo. Su intrepidez y fidelidad deben ser para nosotros un ejemplo **(2 Ti 2:3)**.

Las palabras pronunciadas un milenio después se podrían aplicar a la vida de Natán: *“He peleado la buena batalla; he acabado la carrera; he guardado la fe”* **(2 Ti 4:7)**.

Años después va a ser uno de los que establece el ministerio musical en el templo **(2 Cr 29:25)**.

La Escritura nos enseña: *“Así ha dicho el Señor: He aquí yo levantaré contra ti el mal en tu propia casa. Ante tus propios ojos tomaré tus mujeres y las daré a tu prójimo, el cual se acostará con tus mujeres a la luz del sol. Ciertamente tú lo hiciste en secreto, pero yo haré esto ante todo Israel y en pleno día”* **(2 S 12:11)**. Este juicio tremendo se va a cumplir textualmente cuando Absalón, su hijo, haga exactamente lo que está profetizado. Absalón hace eso tan inmoral para que no exista duda de que el “golpe de estado” es real y que no se va a retroceder. De esa manera al hacer este acto depravado se gana la adhesión de todos los de la oposición y a nadie le puede caber la mínima duda de que ha cruzado la línea donde la reconciliación es imposible. La imagen de Absalón desde la azotea cometiendo esas vilezas a la vista del pueblo tiene cierta similitud a los golpistas que aparecen en la televisión rodeados de los altos comandos militares. El efecto que se trata de lograr es muy similar.

David ha dado su propia sentencia. Es digno de muerte y debe pagar cuatro veces. No existía pena de muerte para el robo de un animal, Pero sí para un asesinato: *“¡Maldito el que hiera de muerte a su prójimo en secreto!”* **(Dt 27:24)**.

Como resultado de este episodio David va a perder cuatro hijos. Primero muere el niño de Betsabé. Después Absalón mata a su medio hermano Amón como castigo por la violación de su hermana Tamar **(2 S 13:28-29)**. Absalón luego es muerto por las flechas de Joab cuando hace la revolución **(2 S 18:14)**. Lo llamativo es que David usa a Joab para matar a Urías que cae por las flechas enemigas. El hijo del rey, Absalón, va a caer por las flechas de la misma persona que David usó para matar a Urías. El tema del bumerán se ha repetido **(Ga 6:7)**. Por último, Adonías es ejecutado por orden del rey Salomón **(1 R 2:25)**. En los tres casos tenemos que la muerte está relacionada con lo sexual: Amón, incesto y violación **(2 S 13:8-14)**, Absalón, profana el harem de su padre **(2 S 16:22)**, y Adonías trata de obtener a Abisag la sunamita quien había sido concubina de su padre **(1 R 2:22)**.

En cuanto a la muerte del niño de Betsabé, Matthew Henry dice: *“¡Contemplemos la soberanía de Dios! Los padres que son los culpables sobreviven y el niño, que es sin falta, muere; pero nuestras almas son de él, y él puede, de la manera que a él le agrada, glorificarse a sí mismo en sus criaturas”*.

El principio de que el pecado engendra muerte se ha cumplido **(Ro 6:23) (Ro 7:5)**. Cuando pensamos en la familia real con tres muertes violentas y un incesto-violación nos damos cuenta de la importancia de que el padre debe ser ejemplo, y de la responsabilidad de instruir a los hijos en el temor reverencial del Señor.

Dios no crea los hechos malos que hacen los seres humanos, pero el Señor en su providencia puede actuar dejando a los hombres para que actúen sin los frenos y las murallas que normalmente él utiliza para proteger a los suyos.

El Señor nos ofrece el triunfo

Al hombre tullido de Betesda Jesús le dijo: *“no peques más”* (Jn 5:14). El hombre de Betesda tuvo la promesa del Señor de que es posible tener una vida victoriosa. Esto implica que es absolutamente factible apartarse de ese pecado o vicio que parece que es tan difícil o casi imposible de vencer. *“Esto erais algunos de vosotros...”* (1 Co 6:11). El mismo apóstol Pablo no termina sus días temiendo la posibilidad de la caída espiritual sino confiando en la promesa: *“El Señor me libraré de toda obra mala y me preservará para su reino celestial”* (2 Ti 4:18).

Pero alguien podría decir: *“¿Qué seguridad tengo yo de que no voy a caer si alguien tan espiritual como David cayó en el pecado?”*.

Los creyentes tenemos hoy cuatro líneas de fortificaciones que David no tenía. Esto no nos hace inexpugnables pero alabamos al Señor por su gracia.

a) Somos recipientes del ministerio de intercesión actual del Señor Jesús a nuestro favor que no existía en los tiempos del Antiguo Testamento (He 7:25).

b) Tenemos la oración sacerdotal del Señor Jesucristo a nuestro favor: *“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno”* (Jn 17:15).

c) Poseemos el *“Espíritu Santo que nos ha sido dado”* (Ro 5:5) y que nos *“guiará a toda la verdad”* (Jn 16:13).

d) Disponemos de todo el canon de las Escrituras que es *“la espada del Espíritu...”* (Ef 6:17).

Por eso, la declaración: *“somos más que vencedores”* (Ro 8:37) no es una frase imaginaria y bonita sino que es una meta que por su gracia podemos alcanzar.

No temáis la caída pero mirad a *“Aquel que es poderoso para guardaros sin caída”* (Jud 1:24).

Terminamos esta parte del estudio con las palabras del amado apóstol: *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”* (1 Jn 1:9).

Notas al margen

Hay algo que parecería ser una contradicción pero por supuesto no lo es. La Escritura en (2 S 11:24) nos dice que Urías cae herido por los flecheros. Sin embargo, en (2 S 12:9) nos dice que fue muerto a espada. Probablemente, primero fue herido con las flechas y después fue acabado con la espada. Además, el vocablo espada es un término genérico que incluye todo tipo de armas.

Joab acata la orden del rey (a lo cual podría resistirse dado su rango de comandante en jefe) porque esto le proporciona más “poder”. Ahora él puede chantajear al monarca.

Urías muere como un héroe. Por el contrario, llega el día en que el mismo Joab va a morir como un cobarde agarrándose de los cuernos del altar (1 R 2:28-31).

No podemos pensar que el arrepentimiento del rey David sucede en alguien que haya estado viviendo como que si nada hubiera sucedido. El Salmo 51, que se escribe inmediatamente después de la visita acusadora del profeta Natán, nos da a entender claramente la angustia y el sufrimiento que David tiene antes de su arrepentimiento.

La declaración: *“mi pecado está siempre delante de mí”* (**Sal 51:3**), la interpretamos, no como una frase teórica y etérea, sino como algo real. Su crimen lo tiene delante de él. ¡Es como si viera a Urías lleno de vida y despidiéndose de él con una gran sonrisa y luego caído ensangrentado frente a la muralla apuntándole con su dedo!

El arrepentimiento de David es un proceso largo como lo sugiere el Salmo 51. Es muy probable que el Salmo 32 también se refiera a este mismo momento. Indudablemente no hay episodio en la vida de David que sea tan tremendo como este. *“Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir, todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; mi vigor se convirtió en sequedades de verano”* (**Sal 32:3-4**).

La sentencia de Natán: *“Tú eres ese hombre”* ha sido llamada “la frase más dramática del Antiguo Testamento”.

Estas palabras tocan lo profundo de ese corazón sobre quien Dios, en su misericordia, estaba obrando. Cuando un hombre prominente de Dios cae en el pecado, sus enemigos se alegran. Sin duda sucedió así con David. Estarían aquellos que dirían: “¡Miren a ese que hablaba tanto de Dios y de la santidad! ¡Miren lo que hizo!”.

Hemos dicho muy poco desde el punto de vista de Betsabé. Cuando su marido muere en el combate ella probablemente cree que es el resultado natural de la guerra. En algún momento David, ahora su esposo, le tiene que confesar que los rumores son ciertos y que él ha sido realmente el que le ocasionó la muerte. Nos imaginamos el enorme sentido de culpa de esta mujer ¡Betsabé tiene que vivir el resto de su vida con el peso de dos cadáveres sobre sus espaldas! El de su esposo (aunque ella probablemente no tenía que ver con la trama) y el de su primer hijo. Cada vez que se acuerda de los buenos momentos que tuvo con su primer esposo tiene que pensar que el actual esposo es el que lo hizo matar.

Sí, es verdad que el pecado de David es horroroso pero él tiene el corazón de la persona que un día estaba en comunión y en paz con su Dios, y ahora no lo está. El incrédulo comete un crimen y su remordimiento puede ser poco o nada. El creyente peca y lo va a sentir en el corazón porque el Espíritu Santo es entristecido (**Ef 4:30**).

La declaración: *“Has hecho blasfemar a los enemigos del Señor”* no se refiere solo a los extranjeros. Aunque estos no se podían explicar cómo un general como Joab hubiera mandado a sus soldados a cumplir esa “misión imposible”. La declaración mencionada también se refiere a aquellos del pueblo de Israel que no seguían al Señor.

El líder que hay en mí

Urías y el profeta Natán son los verdaderos líderes espirituales de esta historia. El profeta enfrenta al rey con una valentía increíble. Al mismo tiempo, utiliza sabiduría al narrarle la parábola. Cada uno de los detalles que se mencionan tiene un significado en la hermosa relación entre los esposos.

Temas para el estudio en grupo

- Las consecuencias graves del pecado.
- La justicia y la gracia de Dios.
- El ser fiel al Señor puede ser peligroso (Natán).
- El arrepentimiento.

- El perdón de Dios (Salmo 32 y Salmo 51).

Preguntas para reflexionar

- ¿Qué síntomas tuvo David (de acuerdo con el Salmo 51) cuando trató de ocultar su pecado?
- ¿De qué pecado acusa Natán a David?
- ¿Por qué razón utiliza Natán esta larga historia de la “*corderita*”?
- ¿Cuáles son las seis decisiones clave que se hacen en esta historia?
- ¿Cuál era la responsabilidad moral de Joab al recibir la siniestra carta?
- ¿De qué manera David pagó “*cuatro veces*” por su pecado?

No sabemos cuántos somos (2 Samuel 24:1-25) (1 Crónicas 21:1-30)

El rey convoca a los jefes del ejército para una reunión urgente. Los generales y altos mandos del ejército están presentes. Por supuesto, entre ellos está Joab, el general y comandante en jefe. En el salón principal del palacio real esa mañana se percibe cierta inquietud. Se preguntan entre ellos: “¿Para qué nos habrá hecho llamar el rey?”.

De pronto, el rey David aparece. Ya no es más el joven impetuoso que venció a Goliat, ni tampoco es el hombre maduro, buen mozo y elegante que sedujo a la esposa de Urías. Los años han pasado, y ahora el rey ha encanecido. Su rostro muestra las arrugas de los años y los problemas que la vida le ha deparado.

El rey se dispone a hablar y dice:

— Señores capitanes y generales. La razón de esta reunión es para comunicarles que tenemos un problema muy grande. En realidad se trata de que ignoramos nuestro “poderío militar”. Nos han visitado embajadores y aun reyes de nuestros vecinos cercanos. Una y otra vez, ellos me han dicho con exactitud cuál es el poderío militar que tienen. Me dicen cuántos carros de guerra tienen. Me informan cuántos soldados tienen en la caballería, me dicen cuántos soldados tienen en la infantería. Yo sé que muchas veces exageran con los números. Lo que no entiendo es cómo países tan pequeños pueden tener ejércitos tan grandes. Sin embargo, lo que más me abochorna y humilla es que cuando me preguntan acerca de mi ejército les tengo que decir que no sé cuántos soldados tengo. En cierta ocasión uno de los reyes no supo disimular ni pudo contener una sonrisa burlona.

El rey prosigue:

— Claro que a nadie se le puede ocurrir que un país como el nuestro no sepa cuántos soldados tiene. Dada estas circunstancias creo que es de interés nacional saber precisamente cuál es nuestro poderío castrense. Por lo tanto, doy la orden de que se haga un conteo para determinar exactamente nuestro poderío militar.

— Majestad — dice Joab, el comandante en jefe —, permítame la palabra.

— Proceda — responde el monarca.

— Alteza, con el debido respeto que usted merece de todos nosotros, quiero decirle lo siguiente: *“¡Qué el Señor tu Dios añada al pueblo cien veces más, y que mi Señor el rey lo vea! Sin embargo, ¿para qué quiere esto mi Señor el rey?”* (2 S 24:3).

Se hace un silencio. Otro de los altos militares también de mucha experiencia se levanta y pide la palabra:

— Mi rey — dice otro de los presentes —, yo estoy de acuerdo con lo que dice el general Joab. Usted sabe bien que el Señor le prometió a Abraham multiplicarnos hasta que lleguemos a ser un pueblo tan grande *“como la arena del mar”*. Si hacemos un inventario es como si estuviéramos desconfiando de la promesa del Señor. Usted no ignora que nunca se ha hecho un censo desde que estamos en la *“tierra prometida”*.

El rey David se enoja. Su rostro se ruboriza. Sus ojos adquieren ese aspecto de uno que está realmente encolerizado. Con voz fuerte pero a la vez controlada dice:

— Señores capitanes y generales les agradezco mucho su opinión. Lo que ustedes me expresan lo sé muy bien. Pero sucede que aquí soy yo el que manda — su voz se pone aún más grave cuando agrega —: Y el que no cumpla enseguida mis órdenes será removido de inmediato de su cargo y ...

Los militares retroceden cuidadosamente y se disculpan: *“Pero la palabra del rey prevaleció contra Joab y contra los jefes del ejército” (2 S 24:4).*

Los militares salen y recorren el país y hacen un censo militar determinando cuántas personas pueden ser enlistadas para la guerra.

Han pasado nueve meses y veinte días desde el día cuando el rey dio la orden de que se hiciera el censo. Las cosas no andan bien en el país. El rey David se da cuenta de que esto que sucede no es sin razón.

Finalmente le dan el informe oficial con números que han sido redondeados y no contando docenas de miles. *“Los hombres de guerra de Israel que sacaban espada eran 800.000, y los hombres de Judá eran 500.000” (2 S 24:9).* Sin embargo, en la nación de Israel se han empezado a sentir los efectos del pecado **(1 Cr 21:7)**.

El rey David no se siente bien. Sabe que ha hecho mal en ordenar ese censo. Ha descuidado ordenar que se pague esa mínima cantidad por cada persona que la ley de Moisés obligaba en esos casos. El incumplimiento de esa ley traía consecuencias como la de que una plaga afectara al pueblo **(Ex 30:12)**.

Al pasar los días sus síntomas empeoran. Empieza a sentir que “su corazón le golpeaba”. No puede más y se acerca en oración al Señor y dice: *“He pecado gravemente al haber hecho esto. Pero ahora, oh Señor, quita, por favor, el pecado de tu siervo porque he actuado muy neciamente” (2 S 24:10).*

Pasa toda la tarde y la noche y no hay respuesta. David siente como si Dios no lo hubiera escuchado.

A la mañana siguiente, uno de los asistentes le informa a David que el profeta Gad está en el palacio y quiere hablar con él.

El hombre de Dios entra y saluda al rey con respeto pero sin halagos indebidos. Su rostro muestra una gravedad y cierta tristeza que hace que la situación sea aún más dramática.

— Mi rey — empieza el profeta —, tengo un mensaje de Dios para usted.

El rey David empalidece. Su voz es temblorosa al responder:

— ¿Cuál es el mensaje?

El rostro del profeta Gad se pone aun más sombrío mientras habla:

— El Señor ha determinado una sentencia por tu pecado: *“Así ha dicho el Señor: Tres cosas te propongo; escoge para ti una de ellas, y yo le la haré” (2 S 24:12).*

Se hace un silencio sepulcral. David siente nuevamente que su corazón palpita con toda su fuerza.

— ¿Cuáles son las opciones? — pregunta el monarca con voz trémula.

El profeta Gad habla ahora con voz firme. Cada palabra parece como el golpe de un enorme martillo. El Señor quiere que tú elijas de entre tres opciones. La primera es que vengan siete años de hambre en tu país.

David se pone mucho más pálido. Esa nación que sus militares han recorrido para contar su fuerza ahora tiene la opción de pasar por siete años de hambre. Los soldados sin

alimentos pierden sus fuerzas y no sirven para mucho. El rey sabe lo que significa el hambre. Le han contado las historias espantosas de las cosas inhumanas que la gente ha llegado a hacer en su desesperación cuando el hambre es brutal en una ciudad sitiada. Se imagina a los niños que no juegan en las calles porque apenas pueden caminar por la falta de comida. Ve en su imaginación a poblaciones enteras arrastrándose por los caminos desesperadas en busca de alimento. El rostro de David muestra un profundo abatimiento. Mueve su cabeza como diciendo: “¡No, No... !”.

Suena el segundo martillazo como cuando el juez dicta sentencia.

La segunda opción — continua el profeta — es que huyas durante tres meses de tus enemigos.

El tiempo se ha acortado de siete años a tres meses. Pero tener tres meses de derrotas consecutivas en las contiendas y tener que huir vencido es muy triste. De nuevo el rostro del rey se ensombrece. Él conoce muy bien lo que esto indica. Él ha visto esos campos de batallas sembrados de cuerpos de soldados muertos y soldados malamente heridos. El monarca nuevamente hace un gesto negativo con la cabeza.

El tercer martillazo se escucha.

— La tercera opción es que haya una epidemia en tu país durante tres días.

Después de haberle presentado las opciones, el profeta Gad hace una pausa y dice con voz grave y firme:

— *“Ahora pues, piensa y mira qué he de responder al que me ha enviado”.*

La cara de David muestra el dolor que hay en su corazón. Está realmente arrepentido. Sabe que su pecado va a traer un castigo muy serio sobre el pueblo.

— Estoy muy angustiado — responde el rey —, por favor, caigamos en mano del Señor, porque grande es su misericordia. Y no caiga yo e mano de los hombres.

El profeta Gad saluda y se retira.

“Así que el Señor envió una epidemia a Israel, desde aquella mañana hasta el tiempo señalado, y murieron 70.000 hombres del pueblo, desde Dan hasta Beerseba” (2 S 24:15).

En todos los pueblos y ciudades hay enfermos. El pecado a nivel nacional ha traído dolor a todo el país. Aun en los pueblos pequeños hay docenas de muertos. Cientos de miles de familias están de luto. Pero esto no es todo. La epidemia que ha comenzado simultáneamente fuera de la capital se va aproximando a Jerusalén. Sin duda hay miles orando a Dios y sinceramente arrepentidos porque se dan cuenta de que sus iniquidades han subido a los ojos de Dios.

Es probable que David subiera a la azotea del palacio (la misma que fue testigo de su primera derrota moral). Desde allí él ha de haber visto al ángel que hería al pueblo. Está desesperado porque se da cuenta de que la ciudad de Jerusalén va a ser destruida. Allí están su familia y sus amigos. En un estado de zozobra y aflicción le dice al Señor con gran clamor: *“He aquí, yo he pecado; yo he actuado perversamente. Pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Por favor, sea tu mano contra mí y contra mi casa paterna” (2 S 24:17).*

Algo interesante es que Dios decide suspender el castigo contra Jerusalén aun antes de que David reconociera su pecado. *“Cuando el ángel extendía su mano hacia Jerusalén para destruirla, el Señor cambió de parecer acerca de aquel mal. Y dijo al ángel que destruía al pueblo: ¡Basta ya! ¡Detén tu mano!” (2 S 24:16).*

El ángel envaina su espada y se pierde en el firmamento. Ese mismo día aparece nuevamente el profeta Gad quien le dice que levante un altar exactamente en el mismo lugar donde el ángel había estado.

La historia bíblica y nosotros

Nos acercamos a estas páginas sagradas con reverencia. Lo que ha comenzado como un pecado ha engendrado una serie de problemas como en una cascada. El Señor está enfurecido contra su pueblo. Él permite que Satanás incite a David a pecar. Como resultado de esto sucede una catástrofe nacional con 70 mil muertos por una plaga. Lo lindo es que la historia no termina ahí. David recibe la orden, de parte de Dios, de que edifique un altar en el mismo lugar (*“entre el cielo y la tierra”*) donde el ángel del juicio estuvo parado *“con una espada desenvainada en su mano” (1 Cr 21:16)*. Ese lugar es exactamente el mismo sitio donde Abraham, muchos siglos atrás, fue impedido para que no ofreciera a su hijo Isaac en sacrificio: *“El ángel del Señor... dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho...” (Gn 22:11-12)*.

Podemos ver que Dios demuestra su gracia en dos hechos. En primer lugar, el Señor le ordena al ángel que interrumpa el castigo. En segundo lugar, en ese mismo sitio el rey Salomón edificará el templo. Y es en las dependencias de ese santuario donde miles y miles de fieles van a adorar, por cientos de años, en espíritu y verdad a Jehová de los Ejércitos.

Surgen tres preguntas en relación con el castigo: ¿Qué significa que Satanás incitó a David a pecar? ¿Por qué sufre toda la nación si sólo pecó un hombre? ¿Fue el castigo demasiado severo?

1) ¿Qué significa que Satanás incitó a David a pecar? *“Satanás se levantó contra Israel e incitó a David a que hiciese un censo de Israel” (1 Cr 21:1)*. El Maligno siempre está atacando al pueblo de Dios. Al parecer David se ha puesto en una posición espiritual muy vulnerable. Satanás le insinúa que haga algo contrario a la voluntad de Dios. Cuando el Señor deja de protegernos el resultado es siempre catastrófico. El Señor Jesucristo le dijo a Pedro: *“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falle” (Lc 22:31-32)*. Luego de su ascensión, nuestro Salvador desarrolla un ministerio de abogado defensor que demanda intercesión constante: *“puesto que vive para siempre para interceder por ellos” (He 7:25)*. Este abogado defensor nunca ha perdido un juicio. No tenemos ninguna Escritura que nos indique que este ministerio constante de intercesión fue ejercido por Jesucristo antes de su encarnación. De ser así entendemos que David no tuviera esa protección maravillosa que hoy tiene el creyente. La palabra incitó entonces se podría entender como instigar al monarca a hacer algo muy grave. El rey debido al estado espiritual en el que se encuentra, está más propenso a hacer lo que no hubiera hecho cuando andaba cerca de Dios. David es un hombre que ha subido a los lugares más altos de comunión con el Señor y servicio a él. Lo que estamos considerando ahora es uno de los momentos más bajos de su vida. Por eso, el apóstol nos advierte y dice: *“Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar” (1 P 5:8)*.

2) ¿Por qué si un hombre pecó toda la nación sufre las consecuencias y mueren setenta mil personas?

En primer lugar tenemos que decir que David pecó al hacer el censo. El antiguo historiador Josefo (nacido en el año 37 d. de J.C.) plantea ya en ese momento el hecho de que no se pagó la pequeña ofrenda (medio siclo) determinada por la ley: *“Cuando*

hagáis el censo para obtener el número de los hijos de Israel, según los que sean contados de ellos, cada uno dará al Señor el rescate por su persona. Así no habrá mortandad entre ellos cuando hayan sido contados” (Ex 30:12).

El efectuar el censo demuestra una falta de confianza en la promesa que Dios le hiciera a Abraham: *“te multiplicaré... como las estrellas del cielo y como la arena que está en la orilla del mar” (Gn 22:17)*. También demuestra el orgullo que David tenía como rey, que lo llevó a querer mostrar su poderío militar. Sin embargo, hay otras causas que considerar.

Observamos que la Escritura dice que el Señor se enojó contra Israel y no contra David. Las razones del enojo del Señor suponemos que son el descontento del pueblo contra la autoridad que Dios había colocado en la persona del rey.

John Gill, citando a Kimchi, propone dos razones en las que se ve el pecado del pueblo: En primer lugar menciona la rebelión de Absalón. Muchos habían seguido el bando de ese joven soberbio y mundano: *“La conspiración se hizo poderosa, y el pueblo que estaba de parte de Absalón seguía aumentando” (2 S 15:12)*. En segundo lugar, menciona la sublevación de Seba: *“¡Nosotros no tenemos parte en David ni heredad en el hijo de Isaí! Así todos los hombres de Israel abandonaron a David y siguieron a Seba...” (2 S 20:1-2)*.

No queremos de ningún modo diluir la culpabilidad de David. Sin embargo, el castigo no cae sobre un pueblo inocente, sino sobre aquellos que han pecado. Dios sentenció solo a una persona absolutamente inocente, y esa persona es su Santo Hijo (2 Co 5:21). David dice: *“Yo he pecado, yo he actuado perversamente. Pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Por favor, sea tu mano contra mí y contra mi casa paterna” (2 S 24:17)* (En el Antiguo Testamento los líderes siempre tomaban plena responsabilidad de lo que el pueblo hacía aunque no necesariamente ellos eran los culpables principales).

3) ¿Fue Dios demasiado severo? Tenemos que enfatizar que Dios es absolutamente justo. Al determinar un castigo por un pecado nunca se extralimita o sobrepasa sino que su justicia y su gracia van juntas. Ignoramos los detalles específicos de qué fue lo que hizo mal el pueblo de Israel para que la ira del Señor se encendiera. Este episodio tendría que haber quedado grabado en los corazones de los israelitas. Se esperaría que hubieran aprendido la lección sobre la importancia de tener temor reverencial del Señor. Es muy consolador para nosotros el saber que tenemos un Dios justo: *“el Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Gn 18:25)*. *“¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Ro 11:33)*.

Parecería que ha habido en todo el país un deterioro espiritual muy grande. El castigo no es consecuencia de una reacción emocional y caprichosa del Señor. Nuestro Dios es siempre absolutamente perfecto y santo en sus caminos. La sentencia es el resultado de una ofensa a nivel nacional: *“El Señor... de ninguna manera dará por inocente al culpable” (Nah 1:3)*.

A través de los años Joab demostró, con su conducta, que no era una persona “espiritual”. El hecho de que Joab (que no era un hombre muy piadoso) se opusiera a la realización del censo muestra que era evidente que el hacerlo traería graves consecuencias.

Dios le da al rey la opción de elegir entre tres castigos distintos. Esta oportunidad es algo muy inusual.

La primera opción, el hambre por siete años, es muy dolorosa pero sobre todo muy prolongada. La segunda alternativa que recibe David es la de *“huir delante de sus enemigos”*. Aquí no se habla de que él mismo iba a ser herido o muerto. En las dos primeras disyuntivas las posibilidades de que David mismo o su familia sean afectados

son muy bajas. La tercera opción es el castigo que David escoge. El mismo rey y los suyos también pueden ser afectados. El confía en la misericordia del Señor. Mathew Henry comenta: “El hambre y la espada van a devorar de la misma manera a unos como a otros, pero se podía pensar que el ángel destructor usaría su espada contra aquellos que son conocidos por Dios como los más culpables”.

El ángel que extiende su mano para destruir a Jerusalén no es una figura poética del lenguaje. Las Escrituras nos dicen que David lo vio **(2 S 24:17)**.

Quizá nos preguntamos: “¿En qué consistió el pecado tan grande que cometió David?”. Varios comentaristas han planteado que el pecado primario que origina todo fue cometido por Israel: “*Volvió a encenderse el furor del Señor contra Israel...*” **(2 S 24:1)**.

Ahora, David se responsabiliza completamente por lo que ha ocurrido, Él nos dice que tuvo parte de la negligencia. David no se justifica diciendo que no sabía. El toma toda la culpa.

Qué tristeza que, con el paso de los años, David se haya olvidado de por lo menos dos cosas importantes: 1) que la razón por la que él pudo vencer a Goliat no fue por su poderío militar, y 2) que la razón por la que Saúl no lo pudo matar cuando lo buscaba, aun cuando este tenía un ejército cinco veces más grande que el de él, fue porque el Señor lo protegía **(1 S 24)**.

¡Qué provechoso es cuando nuestra conciencia nos toca y resolvemos seguir sus dictados! En nuestros días hay una tendencia a pensar que podemos pecar sin problema y sin que existan ramificaciones. Luego, solo le pedimos perdón al Señor y pensamos que todo estará bien y que podemos empezar el ciclo de nuevo.

Dios en su gracia nos perdona de nuestros pecados cuando estamos realmente arrepentidos así como lo hizo con David. Aquel que está profundamente compungido con su pecado no va a reiterarlo amparándose en la gracia de Dios: “*El que encubre sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y los abandona alcanzará misericordia*” **(Pr 28:13)**.

Bendito sea nuestro Dios que en su gracia nos perdona de todos nuestros pecados cuando clamamos a él. Sin embargo, la desobediencia a Dios no queda sin consecuencia. Tenemos que recordar siempre que aunque Dios perdona el pecado las consecuencias de ese pecado dejan cicatrices muy profundas y dolorosas.

En un sentido espiritual nuestro Señor fue el que recibió los golpes de la espada. En las palabras de la profecía: “*¡Levántate, oh espada, contra mi pastor y contra el hombre compañero mío, dice el Señor de los Ejércitos!*” **(Zac 13:7)**.

Es en ese mismo lugar donde el ángel está parado “*entre el cielo y la tierra con una espada desenvainada*” **(1 Cr 21:16)**, que el hijo de David (Salomón) va a edificar el templo de Jerusalén. Es en ese mismo templo que “*en el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó su voz diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su interior. Esto dijo acerca del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él*” **(Jn 7:37-38)**.

El segundo libro de Samuel termina con un tono de ¡liberación y bendición! Hertzberg compara este capítulo con el diluvio en la historia de Génesis y dice: “Nuevas bendiciones vienen como consecuencia del castigo y la destrucción”.

Esta historia tiene una advertencia muy solemne para nosotros. Es muy importante que no dudemos de la fidelidad de Dios y que sigamos estrictamente sus mandamientos. Dejarnos llevar por la obsesión de los números para demostrar carnalmente nuestra

habilidad y éxito es algo muy peligroso para nosotros. No nos cabe duda de que el Señor conoce exactamente quiénes son los verdaderos creyentes en una congregación o quiénes verdaderamente se han convertido durante una campaña de predicación del Evangelio.

Notas al margen

Hay una diferencia entre los números que se mencionan en el segundo libro de Samuel con los del primer libro de Crónicas. Algunos consideran que en Samuel no están contados el ejército regular de 280.000 soldados (**1 Cr 27:1-15**) y que los números están redondeados.

Otros han simplificado el tema insistiendo que en Samuel se menciona a los *“valientes u hombres de guerra que sacaban espada”*; mientras que en Crónicas solo se mencionan que son *“hombres que sacan espada”*.

Los reyes, presidentes y gente en eminencia toma decisiones que nos afectan a todos. Es muy probable que la ambición de emprender una invasión militar a sus vecinos estuviera en la mente de David. Si así hubiera sido el caso, quizá más de 70.000 soldados hubieran muerto en el intento.

El líder que hay en mí

David reconoce su error y busca en oración el rostro del Señor. No trata de justificarse a sí mismo sino que se hace responsable del pecado de Israel. El líder se responsabiliza de sus acciones y errores y tiene que estar dispuesto a confesar y aceptar la disciplina de Dios.

Temas para el estudio en grupo

- La importancia de cumplir los mandamientos del Señor.
- Las consecuencias del pecado y la desobediencia.
- La gracia de Dios cuando detiene al ángel que iba a destruir a Jerusalén.
- La obra de intercesión del Señor Jesús a nuestro favor.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué significa un verdadero arrepentimiento?
2. ¿Por qué David quiere hacer un censo?
3. ¿Cuáles son las razones que Joab presenta para oponerse al censo?
4. ¿Cuáles son las tres opciones de castigo que se le presentan a David?
5. ¿Qué significa que el *“Señor cambió de parecer”*? (**2 S 24:16**).
6. ¿Qué sucedió en el mismo lugar donde David vio al ángel del Señor con la espada desenvainada? (**1 Cr 21:15,26**).

Salomón: Arquitecto y adorador (2 Crónicas 6)

El sol radiante subía en un cielo celeste y sin nubes. Frente al imponente edificio se habían congregado miles y miles de personas. Las trompetas, flautas y los címbalos elevaban sus alegres notas al aire. Toda la ciudad estaba celebrando en grande la dedicación del templo. Por fin el día señalado había llegado. Las columnas hermosas del templo que se había levantado al Dios de los cielos se elevaban majestuosas. Entre la multitud, que viene de los diferentes pueblos cercanos, hay un niño que camina de la mano de su padre.

— Papi, ¿por qué la gente está tan contenta y todos están sonriendo?

— Hoy es la inauguración del templo. El mismo rey va a hacer la apertura — responde el padre.

— Papi, ¿qué es un templo? — pregunta el niño.

— No sé bien cómo explicártelo — contesta el padre —, es como una casa enorme para que viva el Señor. Nuestro Dios el Señor es muy grande.

Por un momento el padre olvida que el que le ha formulado la pregunta es un niño y dice:

— Dios es tan inmenso que ni los mismos cielos lo pueden contener. De alguna manera el Señor va a habitar en este templo. Nuestro Dios va a estar en medio de Jerusalén y con nosotros. De ahora en adelante estaremos bien protegidos. Dios va a estar tan cerca, y ante cualquier cosa que nos pase vendremos aquí y él lo va a arreglar todo.

— Papá — interrumpe el niño —, si tener un templo es algo tan bueno, ¿por qué no hicimos uno antes?

El padre guarda silencio y lágrimas cubren sus ojos.

Al acercarse más, la hermosa música y los cánticos de alabanza al Señor se hacen cada vez más intensos. Frente al imponente edificio del templo hay un gran espacio abierto donde una gran multitud se ha congregado. Cientos de sacerdotes hacen su entrada en el lugar. Sus ropas son blancas e inmaculadas. Entran en una procesión cantando las estrofas del Salmo 136: *“Alabad al Señor, porque es bueno”*. Y la multitud responde al unísono: *“¡Porque para siempre es su misericordia!”*. *“Al único que hace grandes maravillas...”*.

A cada frase que se enuncia parecería que se agregan cientos y cientos más de voces. Ahora son miles y miles las que dicen: *“Porque para siempre es su misericordia”*.

En medio de esa amplia explanada se ha edificado un estrado de bronce.

Se aproxima el monarca con sus ministros.

La gente grita: “viva el rey”. Parecería que las trompetas, los panderos, las bocinas y los címbalos hicieran vibrar las piedras de las murallas. El gozo inunda los corazones de la gente de Israel.

El soberano camina lentamente y con la dignidad de su cargo. Sobre su cabeza luce la regia corona. Sus vestidos son de lino fino. Una cinta adornada con hilos de oro cruza su pecho. Sus generales lo siguen también con mucha hidalguía. Luego sus ministros caminan haciendo sentir la solemnidad del momento. Con gran solemnidad los sacerdotes introducen el arca en el lugar santísimo; y luego, al salir del mismo, *“la nube... había llenado la casa de Dios” (2 Cr 5:14) (1 R 8:10)*.

El monarca sube a la plataforma de bronce que se ha edificado para la ocasión (**2 Cr 6:13**). Hay un silencio absoluto. Los ojos de toda la multitud están sobre él. El rey habla con una voz fuerte y clara: *“El Señor ha dicho que él habita en la densa oscuridad... Yo te he edificado... una morada donde habites para siempre”* (**2 Cr 6:1-2**).

Luego, el rey hace algo que sorprende a todos: *“y bendijo a toda la congregación de Israel. Y toda la congregación de Israel estaba en pie”* (**2 Cr 6:3**). Luego de sus palabras de bendición a la congregación el soberano se arrodilla. Toda la concurrencia observa cómo el monarca se postra para orar al Señor, mientras dice: *“¡Oh Señor, Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni en el cielo ni en la tierra! Tú guardas el pacto y la misericordia para con tus siervos que caminan delante de ti con todo su corazón”* (**2 Cr 6:13-14**).

Luego, el rey añade: *“Pero, ¿es verdad que Dios ha de habitar con los hombres sobre la tierra? He aquí, los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener. ¡Cuánto menos este templo que he edificado!”* (**2 Cr 6:18**).

El rey continúa con su larga oración. El tema básico se reitera: Si el pueblo cae en pecado o si está en una crisis y se vuelve a Dios, se ruega que el Señor escuche, perdone y obre: *“Ahora pues, oh Dios mío, por favor, estén abiertos tus ojos y atentos tus oídos a la oración hecha en ese lugar”* (**2 Cr 6:40**).

Dice la Escritura: *“Cuando Salomón terminó de orar, descendió fuego del cielo y consumió el holocausto y los sacrificios, y la gloria del Señor llenó el templo”* (**2 Cr 7:1**).

La multitud quedó maravillada. De un cielo sin nubes vieron descender fuego. Observaron también *“la gloria de Señor sobre el templo y se postraron con el rostro en tierra sobre el pavimento”* (**2 Cr 7:3**). El espectáculo ha sido admirable y aterrador. Nunca antes ellos habían visto la gloria del Señor.

Una fuerza irresistible impide que los sacerdotes puedan entrar en el templo. Quizá se trataba de una fuerza similar a la que hizo que los hombres que iban a arrestar a Jesucristo retrocedieran (**Jn 18:6**).

Por catorce días se hace una gran celebración y luego el pueblo vuelve a sus hogares.

El padre, de nuestra historia inicial, regresa caminando con el niño.

— Papá — dice el niño —, yo vi el fuego caer del cielo y vi la nube de la gloria del Señor.

El progenitor le responde:

— Hijo, nunca te olvides de esto y sé fiel al Señor toda tu vida.

Unas noches después de este evento se le aparece el Señor a Salomón y durante un sueño le dice: *“Yo he escuchado tu oración y he elegido para mí este lugar como casa para los sacrificios. Si cierro los cielos de modo que no haya lluvia, o si mando la langosta para que devore la tierra o si envío peste a mi pueblo; si se humilla mi pueblo sobre el cual es invocado ni nombre, si oran y buscan mi rostro y se vuelven de sus malos caminos, entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra. Ahora mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos a la oración hecha en este lugar”* (**2 Cr 7:12-15**).

El relato bíblico y nosotros

Es llamativo que Salomón empiece su discurso diciendo que el Señor habita en la densa oscuridad (**Sal 97:2**). En el Nuevo Testamento leemos que Dios habita en luz inaccesible (**1 Ti 6:16**). Nosotros asociamos a Dios con la luz (**Jn 8:12**) (**1 Jn 1:5**).

En el discurso de Salomón al pueblo se destaca la bendición del Señor: *“Tú has cumplido... lo que prometiste”* (2 Cr 6:15). La promesa de bendición y de escuchar la oración no es incondicional. Notemos que Dios dice que escuchará desde los cielos no desde el templo (2 Cr 7:14). La advertencia es muy solemne. Si el pueblo abandona los estatutos de Dios y se entrega a la idolatría ellos serán llevados en cautiverio y el hermoso templo será destruido (2 Cr 7:19).

En la plegaria que hizo Salomón se destacan tres atributos de Dios:

- Es inigualable. *“¡Oh Señor Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni en el cielo ni en la tierra!”* (2 Cr 6:14).
- Es fiel. *“Tú has cumplido con tu siervo David, mi padre”* (2 Cr 6:15).
- Es infinito e inmenso. *“He aquí, los cielos... no te pueden contener. ¡Cuánto menos este templo que he edificado!”* (2 Cr 6:18).

Salomón ora con sinceridad, ardor y genuina humildad. Específicamente él menciona siete situaciones de crisis o necesidad en las cuales, como el estribillo de una canción, se repite básicamente la misma idea al final: *“Entonces escucha tú en los cielos y perdona el pecado de tus siervos”* (2 Cr 6:23,25,27,30,33,35,39). Las crisis que menciona son:

- Caso de disputa legal sin testigos (2 Cr 6:22).
- Derrota militar (2 Cr 6: 24).
- Sequía (2 Cr 6: 26).
- Hambre, enfermedad y plaga (2 Cr 6: 28).
- Extranjeros (gentiles) en necesidad (2 Cr 6: 33).
- Soldado en territorio extranjero en tiempo de batalla y guerra (2 Cr 6: 34).
- Calamidades en relación con haber infringido la ley divina (2 Cr 6: 36).

El templo de Salomón no va a permanecer por mucho tiempo. Sin embargo, Jesucristo, quien dijo: *“¡Y he aquí uno mayor que Salomón está en este lugar!”* (Mt 12:42), tiene un templo que él pudo levantar en tres días (Jn 2:19) y que permanece para siempre (He 7:3).

Notas al margen

Este es un momento cúlpe en la vida de Salomón; no desde el punto de vista de la dimensión del edificio que construyó, sino desde el punto de vista espiritual.

Este rey no tuvo ninguna batalla heroica para celebrar. No tuvo cientos de prisioneros encadenados para demostrar en su desfile militar su poder y sus hazañas.

Él era el décimo hijo del rey David (1 Cr 3:5). Su padre le había prometido el reino por mandato divino (1 Cr 28:5). Salomón evita el gran peligro de la guerra civil luego de la muerte de su progenitor eliminando a todos sus rivales y aquellos que él considera que no eran sus aliados. Su medio hermano Adonías (1 R 2:25) encabeza la triste fila de rivales. Adonías va a la muerte por la espada sedienta de Benaías. Luego lo sigue Joab, el famoso ex comandante en jefe del ejército de David (1 R 2:30-34). Le sigue en la triste suerte Simei, emparentado con la familia de la dinastía del rey Saúl (1 R 2:36-46). Todos estos son ejecutados. El único que se “salva” es el sumo sacerdote Abiatar; sin embargo, es condenado a prisión perpetua en su ciudad (¿arresto domiciliario?) (1 R 2:27).

La “purga” se hace a nivel militar, religioso y político. Salomón no tiene miedo de tomar decisiones drásticas, que nosotros consideraríamos crueles, como es la de ordenar la ejecución de su hermanastro. Salomón había aprendido la amarga lección de lo que significa la guerra civil cuando su medio hermano Absalón dio un golpe de estado (**2 S 15:12**).

Su hijo Roboam lo describe como alguien que “*hizo pesado*” el yugo, y que “*castigó [al pueblo] con látigos*” (**2 Cr 10:14**). El pueblo se queja ante Roboam, el nuevo rey, diciendo: “*Tu padre agravó nuestro yugo; pero ahora, alivia tú el duro trabajo y el pesado yugo que tu padre puso sobre nosotros*” (**2 Cr 10:4**).

Los experimentados consejeros de Salomón le dicen a Roboam: “*Si tratas bien a este pueblo, y les aceptas y les hablas buenas palabras, ellos serán tus siervos para siempre*” (**1 Cr 10:7**). Este tipo de recomendaciones recibió Salomón, y suponemos que como líder él les prestó atención. ¡Salomón a pesar de toda su sabiduría tenía consejeros y los escuchaba!

Notemos los tres énfasis: “*Yo me he levantado... me he sentado... he edificado...*” (**2 Cr 6:10**). Salomón no usa (ni abusa) la dedicación del templo como algo para mejorar su imagen, pero sin duda alguna tampoco la desaprovecha. Salomón más que un gran militar, como se esperaba de los reyes en aquellos entonces, es un ávido estudioso de la naturaleza (lo que hoy llamaríamos ciencias naturales o biología). Hoy lo hubiéramos reconocido como un buen ministro de obras públicas o un buen intendente municipal. Por supuesto, también es un escritor, poeta y filósofo. Al parecer no tiene habilidades musicales extraordinarias como las tuvo su padre, el rey David. Lo vemos como poeta en Cantares, que es una joya literaria. Lo observamos como escritor y sociólogo en “Proverbios”. Allí muestra que es un hombre que ha examinado distintas áreas de la vida y conoce mucho acerca del ser humano (sicología). Habla de los pobres, los ricos, los avaros, los perezosos, las mujeres “livianas”, de los hombres justos y los inicuos. En “Eclesiastés” se puede ver al filósofo. A pesar de todas sus riquezas, su poder político, la vida que llevó repleta de placeres sensuales, él concluye que debajo del sol “*todo... es... aflicción de espíritu*” (**Ec 1:14**).

Salomón fue un hombre que tuvo mucho. Hoy podría ser el ganador del premio Nobel de fisiología y el premio Cervantes de literatura. No fue un gran guerrero pero fue un gran intendente que hizo proyectos importantes en el país.

Los festejos de la inauguración del templo son muy grandes. Se ofrecen en sacrificio 22.000 toros y 120.000 ovejas. Estos van a suplir parte de la alimentación por 14 días. El templo se comienza alrededor del año 967 a.C., en el cuarto año del reinado de Salomón (**2 Cr 3:2**). La construcción duró siete años.

¿Consideraría Salomón que el templo que él edificó era tan extraordinario que Dios iba a habitar allí para siempre? (**2 Cr 6:1**). La doctrina de que Dios va a morar con los suyos y no en un templo espiritual va ser enunciada claramente por el Señor Jesús: “*Si alguno me ama, mi palabra guardará. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada con él*” (**Jn 14:23**). Años después el apóstol Pablo enseña: “*¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?*” (**1 Co 3:16**).

El líder que hay en mí

Aspectos del liderazgo de Salomón se pueden observar en la construcción del templo y en muchos otros programas de menor envergadura. Él empieza uno y otro proyecto y los

termina. Este mundo está repleto de dirigentes cuyos planes terminan como “la Sinfonía Inconclusa” de Schubert.

Su padre había acumulado gran cantidad del material necesario: oro, plata, y piedra preciosas (**1 Cr 29:2**) (**1 Co 3:12**). Sin embargo, una empresa de esta magnitud requiere de un gran número de personas: administradores, arquitectos, artistas metalúrgicos, grabadores en piedra y metal.

Israel es una sociedad no tan sofisticada que depende primariamente de la agricultura y del comercio. Era muy difícil encontrar dentro del país a artistas con el talento necesario para una empresa de esta dimensión.

Una y otra vez se repite la frase: “*mi padre David*” (cuatro veces en siete versículos). Salomón quiere grabar en los oídos del pueblo que solo él es el legítimo heredero. Esto lo demuestra al materializar el sueño dorado de su progenitor.

Temas para el estudio en grupo

- La importancia del servicio al Señor.
- La importancia de la adoración.
- Las condiciones de Dios para la bendición.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuáles atributos de Dios menciona Salomón en su oración?
2. ¿Cuáles son las semejanzas y diferencias entre los versículos: “*Estén abiertos tus ojos de día y de noche hacia este templo*” (**2 Cr 6:20**) y “*Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia*” (**He 4:16**).
3. ¿Qué es lo que Dios promete en caso de sequía, plaga de langostas o peste? (**2 Cr 7:12-15**).
4. ¿Son las promesas de Dios a Salomón condicionales o incondicionales? Justifique su respuesta.
5. ¿Cuáles son los aspectos más destacados del liderazgo de Salomón?
6. ¿Cuál es el legado de Salomón que todavía persiste?
7. ¿Cuáles son las distintas condiciones y situaciones que Salomón plantea en la oración, y cuáles son las soluciones para hoy?

La reina de Sabá visita a Salomón (1 Reyes 10)

El país está adornado para dar la bienvenida a la reina de Sabá. Se han hecho grandes preparativos en todo el reino. Las fiestas correspondientes a su dignidad comienzan a medida que la soberana se aproxima a Jerusalén. La comitiva de la distinguida visitante llega precedida por soldados montados en caballos negros con sus lanzas y escudos con los colores del reino. Luego aparece un sin fin de carrozas que transportan a los altos dignatarios de Sabá. En medio viene la carroza real, la misma que se encuentra rodeada de caballos blancos con sus jinetes luciendo yelmos adornados con hermosos y coloridos penachos.

El rey Salomón preside la recepción desde su trono, que es una obra de arte apenas concebible a nuestros ojos. Es de marfil y está todo recubierto de oro puro. Cada lado del soporte de los brazos tiene la escultura de un león en posición de ataque. El estrado del sitial tiene seis escalones. En cada extremo de los peldaños hay una estatua de un león de oro con su boca abierta como si estuvieran prontos para devorar a quien osara discutir la autoridad real. Los rayos del sol entran por las ventanas altas y estrechas del palacio, produciendo un efecto de reflejos como de una aureola de oro bruñido alrededor del estrado. Sentado en ese trono el rey luce su corona y ropas de gala. A sus flancos están parados los generales, ministros y las autoridades religiosas, quienes ostentan sus atavíos ceremoniales.

Los heraldos anuncian con sus trompetas la llegada de la soberana, quien entra con toda su comitiva. La reina de Sabá ha visitado muchas cortes pero nunca vio algo tan lujoso, artístico y delicado.

Luego de los saludos y discursos de protocolo se participa de una fiesta en honor a la visitante real. Esta queda atónita. Los manjares en la mesa son exquisitos. Hay especialidades gastronómicas de todas las naciones cercanas que han sido elaboradas por maestros del arte culinario. Las vajillas y los utensilios están recubiertos de oro puro, y los cubiertos tienen incrustaciones de piedras preciosas. Lo que más asombra a la reina es que todo se desarrolla con orden y precisión. Al día siguiente, el rey la lleva a conocer la ciudad. La comitiva oficial se detiene delante del templo del Señor.

Frente al enorme y glorioso edificio la reina queda pasmada. Ha escuchado mucho acerca de ese templo. La visita a esta construcción tan sólida, hermosa e imponente la conmueve. Ella ha visto muchos templos, algunos aun más grandes. Sin embargo, este tiene algo distinto, algo que los otros no tenían. Es que allí se siente “algo especial” que ni se puede expresar en palabras.

— Majestad — pregunta la reina — ¿podría visitar el templo por dentro?

— Lo siento — responde Salomón —, sólo el sumo sacerdote puede entrar al lugar santísimo, y esto una vez al año. ¡Ni a mí mismo me está permitido entrar allí!

— Comprendo — asiente la soberana un poco confundida, porque no logró entender por qué se le impide al monarca entrar a un lugar en su propio reino.

Por fin llega el día en que la reina va a decidir en forma definitiva si esa fama de Salomón es real o ficticia.

Antes del viaje ella les ha pedido consejo a los hombres más sabios de su reino. Viene con adivinanzas y acertijos. También tienen preguntas sobre astronomía, el reino animal y el vegetal.

El rey responde correctamente a todas las preguntas, aun las más difíciles. La reina está fascinada. Observa las vestimentas y las habitaciones de los oficiales del rey. Estos se visten mejor que algunos monarcas que ella ha conocido.

Finalmente, la reina proclama las palabras que se han inmortalizado: *“¡Era verdad lo que había oído en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría!... Yo no creía las palabras hasta que vine y mis ojos lo han visto... he aquí que no se me había contado ni la mitad. En sabiduría y bienes tú superas la fama que yo había oído. ¡Dichosos tus hombres, dichosos estos servidores tuyos que continuamente están de pie delante de ti y escuchan tu sabiduría!” (1 R 10:6-8).*

En este momento la expresión de la reina vibra con un sentido que va mucho más allá de Salomón. Estas palabras se han inmortalizado en numerosos himnos insinuando la persona de aquel que *“sobresale entre diez mil” (Cnt 5:10).*

La reina retorna a su país. Nunca se va a olvidar de lo que ha visto. El rey Salomón le ha enseñado sus edificios y sus tesoros. Pero lo que queda brillando en su memoria es la fe profunda y sencilla que este rey tiene en el Dios de Israel.

El relato bíblico y nosotros

La reina por medio de sus preguntas utiliza una técnica muy similar a la usada para encontrar el coeficiente intelectual (CI) de una persona. Sin duda que los cuestionarios son genuinos y honestos.

La soberana es una persona inquisitiva. Había oído relatos sobre Salomón que parecían increíbles y quería verificarlos. No podía entender cómo podrían ser posibles esas historias que le contaban sobre la gran erudición del rey.

Cuadro comparativo entre la reina de Sabá y nosotros

La reina de Sabá - Nosotros

1. Como reina posee muchas riquezas y trae consigo muchos obsequios para el rey. Ella acarrea especias aromáticas, oro en abundancia y piedras preciosas.

1. Nos evoca a los sabios trayendo sus tesoros al recién nacido Mesías (**Mt 2:11**).

2. Muestra “sus tesoros”. Hay un verdadero paralelismo simbólico entre la experiencia de la reina de Sabá y el creyente en el Señor Jesucristo. Ella vio las riquezas que Salomón tenía. Él heredó algunas de ellas de su padre David y otras se obtuvieron por medio del comercio, los negocios y aun los impuestos fuertes que se pusieron sobre los ciudadanos.

2. Los tesoros de nuestro Salvador, quien *“es más que Salomón” (Mt 12:42)*, son muy distintos. Los tiene por su condición de Eterno Hijo de Dios (**Jn 17:24**) y otros los ha ganado por su obediencia hasta la muerte (**Ap 5:12**).

3. La reina habló de todo lo que tenía en su corazón; es decir, ella derrama todo lo que está en su alma.

3. ¿Quién de nosotros no tiene algunas preguntas que le gustaría hacer?; sin embargo, no las hacemos porque sabemos que nadie nos las puede responder.

4. El rey le ha mostrado con satisfacción todas sus riquezas. Él reconoce que todo lo que tiene y ha logrado es por la gracia del Señor. Ella ha quedado maravillada por las dimensiones y la arquitectura del templo. Sin embargo, lo que más le ha impactado es la sabiduría de Salomón. Es así que prorrumpo diciendo: *“En sabiduría y en bienes tú*

superas la fama que yo había oído. ¡Dichosos tus hombres, dichosos estos servidores tuyos que continuamente están de pie delante de ti y escuchan tu sabiduría!"

4. Resuenan en nuestros corazones las palabras del rey David cuando envidia a las golondrinas que anidan en el templo de Jehová (**Sal 84:3**).

5. La reina se da cuenta de que el estar cerca y poder escuchar y aprender de Salomón era algo realmente maravilloso.

5. Si esto se pudo decir de una persona que después de todo era un mortal pecador, ¿qué podremos decir de aquel que es infinitamente más sabio que Salomón? (**Lc 24:32**).

6. La razón primordial por la que los servidores de Salomón son bienaventurados no es por los vestidos lujosos y el lugar hermoso en que sirven, sino por el alto honor y el privilegio de escuchar la sabiduría del monarca.

6. Al final del camino vamos a ver no solamente la Jerusalén celestial sino también al Señor Jesús en su gloria (**Ap 1:13-18**). Podremos entonces derramar nuestro corazón y entonces entenderemos lo que nunca entendimos de este lado del río (**Ro 8:18**).

7. Quizás nuestro Salvador estaba pensando en esta misma escena del rey Salomón mostrándole a la reina la magnificencia de sus tesoros cuando dijo: *"Mirad los lirios del campo... Ellos no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aun Salomón, con toda su gloria, fue vestido como uno de ellos"* (**Mt 6:28-29**).

7. En su misericordia él se agrada de las piedras preciosas que son nuestras palabras de adoración o al escucharnos cantar himnos alabando su nombre.

8. Después de ver tantas maravillas ella exclama: *"¡Bendito sea el Señor tu Dios, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel! Por causa del eterno amor que el Señor tiene por Israel, te ha constituido rey, a fin de que practiques el derecho y la justicia"* (**1 R 10:9**). Vemos la gracia del Omnipotente. El Señor en su misericordia se agradó de Salomón. La historia termina con alabanza y adoración a Dios. Ella le ofrece presentes. El Rey de Israel responde a los regalos mostrando su generosidad: *"El rey Salomón dio... más de lo que ella había llevado"* (**2 Cr 9:12**). Además, él le concede todo lo que ella le solicita (**1 R 10:13**).

8. Lo mismo hace con nosotros nuestro Salvador (**Jn 14:7**) (**Jn 16:23**) (**Ef 1:3**).

Notas al margen

Sabemos que la reina de Sabá interrogó a Salomón con preguntas concretas sobre distintos temas desde científicos hasta políticos y aun administrativos. Los expertos nos dicen que la palabra utilizada en el hebreo para este tipo de preguntas también incluyen los enigmas y los acertijos. También cada pregunta encubre un profundo significado filosófico, práctico o teológico. La literatura árabe abunda en enigmas y proverbios. En la historia de Sansón y Dalila también hay enigmas o acertijos (**Jue 14:12**).

El historiador Jamiesson cita una interesante leyenda extra bíblica que dice: El rey Salomón estaba en sus jardines con toda su corte. De pronto, en forma inesperada, la reina de Sabá, quien estaba un poco distante del rey, les muestra a todos un hermoso ramo de flores. Lo hace desde cierta distancia para que él no pudiera darse cuenta si las flores exhalaban perfume. Ella le pregunta al rey si las flores son naturales o artificiales. De acuerdo con la leyenda, el rey mira el hermoso ramo de flores y parece que perplejo titubea delante de toda la corte. De pronto, sobre un lado algo apartado del jardín él observa unas abejas volando alrededor de unas flores silvestres. El rostro del rey se

ilumina y una sonrisa asoma en sus labios. Ordena que el ramo de flores sea colocado en esa parte del prado donde están las abejas volando. Unos segundos después tiene la respuesta. Las abejas no se acercan a las flores de la reina. El rey se levanta y dice con seguridad: “Esas flores son una obra de arte pero no son reales”. Un gran aplauso cierra el acto. Salomón una vez más ha mostrado su sabiduría.

Es interesante que para demostrar la sabiduría de Salomón se utilizan tres mujeres: las dos prostitutas del capítulo 3 y la reina de Sabá. Obviamente estas mujeres son muy diferentes.

David había predicho que al “*hijo del rey*” se le daría el oro de Sabá (**Sal 72:15**).

Es llamativo el deseo profundo de la reina de Sabá de inquirir. Sus preguntas no son sin sentido o superfluas, porque Salomón las contesta en forma apropiada. Suponemos también que la visita incluye una misión oficial en cuanto a negocios. Quizás para conseguir permisos para que sus caravanas pudieran transitar con “seguridad” llenas de mercancías, por el territorio y aun poder usar algunos de los puertos de Israel.

Es curioso que en la descripción se le dé casi más importancia a las especias aromáticas que al oro.

La forma y manera como Salomón adora a Dios tiene que haber impactado a la reina.

Sabá corresponde a lo que hoy es Yemen al sur de la península arábiga.

El líder que hay en mí

Tenemos aquí la interesante e inteligente actuación de un líder femenino. Indudablemente la reina de Sabá era una mujer extraordinaria. El rey Salomón no hubiera desaprovechado el tiempo respondiendo a preguntas superfluas o irrelevantes.

En la usanza de aquellos tiempos se hacían verdaderos certámenes entre dos personas de importancia. Quizás sería algo similar a las polémicas políticas televisivas de dos candidatos previos al acto electoral. El rey de Israel se dio cuenta de que, quien estaba delante de él, tenía una educación e inteligencia excepcional. La reina era curiosa y escéptica. Un líder no debe creer todo lo que se le dice, pero tampoco debe rechazar toda la información. Cuando hay dudas vale la pena hacer lo que esta reina hizo: indagar y preguntar. Por ello buscaba corroborar la información. Deseaba también aprender de Salomón elementos que le permitieran a ella y a su reino alcanzar el desarrollo económico y militar que había obtenido Israel.

Como líder sabe elogiar cuando hay que hacerlo. Sus palabras, precisas y apropiadas, nos impresionan y muestran que era una mujer articulada y culta. Esto era inusual en aquella sociedad a menos que la persona perteneciera a la “nobleza” o a los privilegiados de las clases altas (política, militar o religiosa). Si estudiamos las palabras de la reina nos daremos cuenta de que es una oradora de primera clase. No hay vocablos que sobren. Es fundamental que el líder siempre procure mejorar su oratoria.

El líder es siempre un maestro y tiene tacto para enseñar aun en situaciones difíciles. Al compartir con la reina, Salomón recordó que la razón por la cual Dios le ha dado todo lo que tiene no es para que él viva una vida opulenta sino para que “*practiques el derecho y la justicia*” (**1 R 10:9**). Este principio se aplica también hoy al líder religioso.

Un viaje de 2.500 kilómetros, aun en las mejores condiciones, era dificultoso. El líder que toma responsabilidades debe saber que éstas incluyen “viajes” literales o simbólicos que pueden ser arduos y aun peligrosos.

Temas para el estudio en grupo

La reina de Sabá es un ejemplo de un alma que busca la verdad y las razones de una vida con propósito.

- Buscando: No se quedó en la comodidad de su país. Buscó y halló.
- Preguntando: Hizo muchas preguntas. (La Biblia responde a todas las preguntas básicas del ser humano).
- Admirando: Se maravilló de las glorias del rey Salomón. El creyente que es guiado por el estudio de las Escrituras y por el Espíritu Santo descubre las glorias del Señor Jesús.
- Testificando: *“No se me había contado ni la mitad” (1 R 10:7)*. Un día en la gloria diremos algo muy similar. En vez de ser la mitad será la millonésima de la millonésima.
- Quedando atónita: *“Sin aliento” (2 Cr 9:4)*. Indica que hubo momentos en que le faltaron las palabras para expresar su admiración por Salomón y su reino.

El mayor galardón que esta mujer recibe es que fue mencionada por el mismo Señor Jesucristo como una persona que buscó oír la sabiduría de Salomón y descubrió la grandeza de Dios (**Lc 11:31**).

Preguntas para la reflexión

1. ¿Por qué la reina de Sabá dice que los siervos de Salomón son dichosos?
2. ¿Qué referencia hace el Señor Jesucristo sobre la reina de Sabá? (**Lc 11:31**).
3. ¿Cuáles son los contrastes entre el rey Salomón y el Señor Jesús?
4. Cite un ejemplo del tipo de pregunta que la reina de Sabá pudo haber hecho a Salomón.
5. ¿Cómo expresa la reina de Sabá lo que encuentra en la corte del rey Salomón?
6. Todas las preguntas de la reina de Sabá fueron contestadas por el rey Salomón. ¿Quién responde a las pregunta de los creyentes hoy?

El detector de mentiras (1 Reyes 3:16-28)

A la orden del rey, el verdugo levanta su filosa espada. Los ojos de este hombre fiero, acostumbrado a ejecutar a criminales, se nublan por las lágrimas. Nunca antes había hecho lo que ahora le han ordenado hacer. Con su espada cortante y sanguinaria había terminado con la vida de muchos criminales; pero este caso era tan distinto.

Sobre una mesa de madera han colocado a un recién nacido. Ha sido atado con cuerdas. El inocente bebé se retuerce y trata de cambiar de posición como si presagiara lo que le van a hacer. El cuerpecito del pequeñuelo es blanco, los deditos de las manos y los pies son perfectos, y su rostro parece una escultura de Miguel Ángel.

La orden ha sido dada; el verdugo sostiene su pesado instrumento y está listo a partir al niño en dos pedazos iguales. Esos brazos y piernas que se mueven hacia todos lados, en pocos segundos van a ser inmovilizados para siempre.

Sobre el asiento judicial está sentado el rey. Su rostro es impenetrable. Parecería que no siente nada al dar la brutal orden. Los presentes hacen un gesto mostrando su estupor y horror. Algunos cierran los ojos.

Todo había comenzado la mañana anterior. Dos “mujeres de la vida” habían dado a luz con tres días de diferencia. Vivían bajo el mismo techo. Ni ellas mismas sabían quién había sido el padre de esas criaturas. En esa casa había tan solo una cama que las dos mujeres compartían. Durante la noche anterior, mientras dormían, una de las madres, sin darse cuenta, asfixió con su cuerpo al recién nacido. Al despertarse, nota que el niño no llora ni se mueve. Enseguida se da cuenta de lo que ha pasado. El dolor brutal saca a la luz sus tendencias más egoístas y salen a la luz sus instintos más crueles. La vida, con toda su dureza, le ha enseñado a pensar con rapidez en las situaciones de crisis o emergencia. Sin que su compañera se dé cuenta cambia a su hijo muerto por el niño vivo de esta. Cuando la otra se despierta se da cuenta de que “su hijo” no reacciona. La mujer engañada empieza a llorar intensamente. Toma el cuerpo muerto del bebé y lo besa con todo cariño. Las lágrimas corren por el rostro de esta atribulada mujer, quien ha tenido a muchos que le dijeron que la querían. Ella sí amaba verdaderamente a ese niño, a quien había acariciado tantas veces cuando estaba en su propio vientre. Quizá por primera vez en su vida iba a amar a alguien con pureza y con todo su corazón.

Al mirarlo una vez más, con los ojos nublados por el llanto, se da cuenta de que el bebé muerto no tiene la “marquita” violácea arriba del ojo derecho. Una terrible sospecha cruza por su mente. Mientras tanto, su “compañera de trabajo” la consuela diciéndole que no se preocupe, qué algún día a va a tener otro hijo.

La madre que ha sido engañada se acerca para observar cuidadosamente al bebé que su “amiga” estrecha firmemente entre sus brazos. De pronto, la mujer lanza un grito de dolor y furia como el ciervo que siente los dientes filosos del leopardo. ¡Se acaba de dar cuenta de que le han robado a su hijo!

En vano grita, argumenta y explica. La ladrona, que es más fuerte que ella, ni siquiera le permite tocar a su propio hijo. Desesperada sale y hace saber a las autoridades lo que le ha pasado. Van delante de un juez que no sabe qué hacer. Las dos, vociferando a pleno pulmón, son llevadas a otro juez de más experiencia que tampoco sabe qué decidir. No hay ningún testigo. Por fin, llegan al tribunal supremo que es el mismo rey Salomón.

Pero regresemos a la sala de justicia. El verdugo solo espera un gesto del rey para asestar el golpe brutal. El monarca ha ordenado que el cuerpo del niño se divida en dos

partes iguales. A cada lado de la mesa donde reposa el bebé cada mujer grita lo mismo: “¡Es mío, es mío, es mío!”.

Los consejeros y los ministros han concurrido para ver cómo el rey resuelve el caso. De repente la impostora ruge:

— Quiero mi parte, ¡que lo partan!

Su voz es fuerte y chillona. Sus ojos muestran dolor y odio.

A la verdadera madre ya no le quedan lágrimas. Sus ojos expresan hondo dolor, pero en vez de odio muestra ternura. Toca por última vez el pequeño pie del bebé. Mira al rey con una mirada indescriptible y dice:

— ¡Hay Señor mío! Dad a ésta el niño vivo, no lo matéis.

Insólitamente, sorprende a todos la inesperada reacción de la otra:

— Ni a mí, ni a ti; pártanlo.

En ese momento el rey ordena detener la ejecución. El recio soldado da un hondo suspiro y envaina su espada. El monarca ahora dice:

— Dad a aquélla el hijo vivo. No lo matéis; ella es su madre.

La mujer toma al niño entre sus brazos, lo llena de besos y se va a su casa hablando sola por el camino: *“Este mi hijo estaba muerto y ha vuelto a vivir” (Lc 15:24)*.

La historia bíblica y nosotros

Salomón empleó una maniobra psicológica para resolver un caso que ocurrió hace 2.900 años. La espada del ajusticiador actúa como un detector de mentiras. De la misma manera que un detector de mentiras puede sugerir quién está diciendo la verdad y quién no, la técnica que el sabio rey ha aplicado ha dado el mismo resultado.

Salomón ha escudriñado a estas dos mujeres y su veredicto es indudablemente el correcto. El rey tiene conocimientos prácticos de psicología. Aun antes de que la verdadera madre diga: *“Dad a ésta el niño vivo”*, él ya ha visto en el rostro de esa mujer que ella tiene compasión y que está diciendo la verdad. Es la falsa madre quien se delata a sí misma. Sin saberlo, testifica en su contra delante de toda la concurrencia.

En los momentos de crisis y desesperación el ser humano actúa, a veces, de manera imprevisible. Quizá podríamos preguntarnos cómo actuaríamos frente a la crisis, a lo inesperado, a la pérdida súbita.

Es interesante el principio que se observa. Hace tres mil años aun aquellos miembros de la sociedad que vivían vidas inmorales “tenían derecho a un juicio justo”. Esto es así aunque ello demande la atención de los dignatarios más altos del sistema judicial.

Mathew Henry nos dice que para poder encontrar a la madre verdadera, el rey Salomón no podía intentar determinar a quién el bebé amaba más. Por lo tanto, él trata de encontrar quién es la mujer que ama más al niño. Las dos mujeres pretendían amar al niño. Sin embargo, la autenticidad de su amor es probada cuando el niño está en peligro.

Al verdugo le costó mucho conciliar el sueño esa noche después de esa experiencia imborrable en su mente.

Esta historia tan gráfica y casi brutal termina esplendorosamente. El amor y la verdad triunfan sobre el egoísmo y la mentira. Esta mujer a quien la vida (y/o su concupiscencia) la había llevado a esta triste ocupación es capaz de expresar un amor puro y profundo.

Al pasar de los años este bebé ha crecido y es un hombre maduro. El podría decir: Yo estoy en la familia que me ama porque mi rey tuvo sabiduría.

Notas al margen

En sus escritos, Salomón escribe sobre el tema de la justicia:

- Repercusión a nivel nacional: *“La justicia engrandece la nación” (Pr 14:34).*
- Dificultades para hacerlo: *“El testigo perverso se burla del juicio” (Pr 19:28).*
- Importancia de hacerlo: *“Practicar la justicia y el derecho es más aceptable al Señor que el sacrificio” (Pr 21:3).*
- Remuneración espiritual: *“Le es alegría al justo practicar el derecho” (Pr 21:15).*
- Favoritismo: *“No es bueno hacer distinción de personas en el juicio” (Pr 24:23).*
- Consecuencias de estabilidad política: *“El rey con la justicia da estabilidad al país” (Pr 29:4).*
- Será universal: *“Dios traerá a juicio toda acción” (Ec 12:14).*

El detector de mentiras utiliza los registros de los cambios en varios elementos biológicos que se producen cuando alguien miente, a diferencia de cuando alguien dice la verdad (presión arterial, pulso, respiración y conducción del calor en la piel).

Es muy probable que la justicia y sabiduría de Salomón le acompañara solo durante el tiempo que él siguió los mandamientos del Señor. Hacia el final de su vida (murió a los 59 años) parecería que la situación cambió. Su propio hijo, el príncipe Roboam, lo describe como alguien que puso un yugo pesado sobre el pueblo y que lo castigó con látigos (**1 R 12:11**). Es improbable actuar de esa manera y a la vez ser justo.

Es interesante que una de las óperas más famosas de Giuseppe Verdi (Il trovatore) tiene también como tema el intercambio de niños. Uno que muere y otro que vive. En nuestra historia no se nos dice qué sucedió con la impostora. El mentir deliberadamente en un juicio era y es un delito grave. Lo que sí sabemos es que el resto de su vida llevó la triste carga de la muerte accidental de su hijo. Y toda la ciudad supo que era mentirosa y cruel.

Podemos pensar en otras armas que no llegaron a cumplir su nefasto propósito:

- El cuchillo de Abraham (**Gn 22:10**).
- La espada del juicio de Salomón (**1 R 3:24**).
- La espada de Herodes planeando ejecutar a Pedro (**Hch 12:2-3**).
- La espada del carcelero de Filipos: *“Sacó su espada y estaba a punto de matarse” (Hch 16:27).*

Y el arma que sí cumplió su propósito

- La espada que hirió al pastor: *“¡Levántate, oh espada, contra mi pastor y contra el hombre compañero mío, dice el Señor de los Ejércitos...!” (Zac 13:7).*

El líder que hay en mí

Cuando hay un conflicto el líder tiene que poder discernir entre quién tiene la razón y quién no. Esto puede ser muy difícil. Si el líder tolera voluntariamente la injusticia se produce un efecto muy negativo en el equipo de trabajo. Se pone en tela de juicio si éste tiene en verdad las calificaciones morales para la función que trata de desempeñar. En general en una determinación o juicio tenemos la tendencia a favorecer a la persona que nos gusta más, a la que tiene algo en común con nosotros o que coincide con nuestra filosofía. Sin embargo, el juez justo tiene que mirar la situación por encima de todo esto.

Es muy probable que Salomón, alguien que conocía la naturaleza humana, supiera la respuesta de quién era la verdadera madre solo con escuchar sus palabras y ver el “lenguaje corporal”. Sin embargo, la orden de dividir al niño en dos partes iguales sirve para que los presentes se den cuenta, sin lugar a dudas, de quién es la madre verdadera y quién la impostora.

Es muy importante que al hacer un juicio que va a traer un cambio significativo, el líder esté convencido en sí mismo; pero también tiene que presentar razones contundentes a su “equipo”, tal como lo hizo Salomón. Aquel que es mucho más grande que Salomón, Jesucristo, fue “*probado muchas veces*” y siempre demostró su sabiduría. Se le hicieron preguntas muy envenenadas que siempre respondió en forma admirable. Por ejemplo, se le preguntó: “*¿Es lícito dar tributo a César?*”. Y su maravillosa respuesta fue: “*Dad a César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*” (Mt 22:17-21).

¿Qué es lo que la gente percibe en el líder? ¿Indiferencia, interés espiritualidad, compasión? El rey vio la ternura de la verdadera madre.

Alguien podría decir: “Yo nunca voy a tener la sabiduría de Salomón”. Es cierto que nadie tiene todo el conocimiento que es necesario para todas las situaciones de la vida. Sin embargo, no se equivoque, hoy el creyente tiene la guía del Espíritu Santo que mora en él; y además, tiene la promesa del Señor: “*Y si a alguno... le falta sabiduría, pídala a Dios, quien da todos con liberalidad y sin reprochar; y le será dada*” (Stg 1:5).

Temas para el estudio en grupo

- La importancia de la sabiduría al tomar decisiones.
- ¿Cómo obtener sabiduría?
- La mentira versus la verdad.
- El testigo falso.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué nos llama la atención de la solución dada por Salomón en referencia al niño recién nacido?
2. ¿Qué podemos hacer los creyentes cuando tenemos que decidir entre quién está diciendo la verdad y quién está mintiendo?
3. ¿Qué principio legal básico establece Salomón en cuanto al derecho a la justicia para personas de “mal vivir”?
4. Mencione algunos de los conceptos mencionados por el rey Salomón en el libro de Proverbios sobre el tema de administración de justicia.

El ocaso de los héroes (1 Reyes 10:14-29)

El palacio real estaba profusamente iluminado. Las teas (antorchas) brindaban su vacilante luz. Los estandartes colgaban majestuosos de las paredes de los corredores y de las amplias salas de la regia residencia.

El rey Salomón va a contraer matrimonio con la hija del faraón de Egipto (**1 R 3:1**).

Al sonido estridente de las trompetas aparece la princesa. Las joyas de piedras preciosas y oro resaltan la belleza de esa tez morena. Camina con la dignidad que ha aprendido desde niña en la corte imperial. Va acompañada por su séquito de damas. A ambos lados, soldados egipcios levantan sus puntiagudas lanzas que lucen los colores del faraón. El futuro esposo está vestido con ropas lujosas. Él parece bastante mayor que ella. Las bodas se celebran con gran pompa. Los más altos dignatarios del imperio egipcio están presentes. El sumo sacerdote preside la ceremonia representando a Israel.

El tiempo pasa inexorablemente; la primera dama va perdiendo sus atractivos físicos. Si bien el monarca le ha construido una magnífica casa con todas las comodidades que se puede imaginar, su esposo ya no la ve muy a menudo. Al contrario, en el palacio, en forma casi sucesiva, se observa un continuo desfile de bellezas de los reinos cercanos; al principio son sólo dos o tres bellezas al año; sin embargo, luego son docenas por mes. Todas ellas son, sin duda alguna, muy hermosas. La mayoría de ellas ha crecido en un ambiente pagano y han aprendido a adorar a los dioses falsos y vienen de diferentes regiones: Moab, Amón, Edom, Sidón. Parece que la lista no termina.

— Majestad — dice la hija del faraón — ¿se ofendería usted si yo edifico un pequeño altar para mi dios? Yo quiero servirle porque él ha sido muy “cumplidor” conmigo. Sólo le pido que me autorice construir un templo; es algo muy “chiquito”. Usted me haría muy feliz si lo permite.

La reina insiste, presiona un poco y finalmente Salomón lo acepta:

— Está bien, pero que sea algo pequeño y que se coloque en un lugar no muy visible.

— Por supuesto — asiente la reina pagana con una gran sonrisa.

Un tiempo después, la princesa de los amonitas, otra de las esposas, solicita al rey algo parecido ejerciendo cierta presión con sus palabras:

— Majestad — dice — usted permitió que la hija del faraón adorara a su dios. Yo también, como su esposa, solicito permiso para tener mi “altar privado”.

Este proceso se repite vez tras vez. De esta manera, las estatuas de las divinidades paganas se van multiplicando. Curiosamente, los ídolos van aumentando de tamaño. Es como si crecieran durante la noche. Además, se han movido desde el lugar donde “nadie los veía” a uno más prominente. Al paso de los años acontece lo inconcebible. El mismo Salomón rinde culto a Astarte, diosa de los sidonios, y a Moloc, ídolo detestable de los amonitas (**1 R 11:5**). Pero parece que no está satisfecho con eso, porque luego edifica un lugar alto a Quernós, ídolo detestable de Moab, en el monte que está enfrente a Jerusalén y a Moloc, ídolo detestable de los hijos de Amón (**1 R 11:7**).

Los años han transcurrido velozmente. Los acontecimientos del palacio real, la construcción del templo del Señor, la visita de la reina de Sabá, son ahora parte de la historia; todo eso ha quedado en el pasado. El rey acaba de cumplir 59 años. Las noches heladas del invierno parecen interminables. El viento y el frío se filtran por cada rendija.

Los braseros tardan en calentar las grandes habitaciones del palacio. El rey está tendido en su majestuosa cama. Su cuerpo es corpulento pero su rostro se ve demacrado.

La historia de su vida le pasa por la mente como si se tratara de una película de cine. Recuerda aquel sueño cuando el Señor le habló por primera vez. Lo evoca como si el mismo hubiera ocurrido la noche anterior.

En ese tiempo él era joven; había sido recientemente coronado rey, y había ido a Gabaón para ofrecer sacrificios. Eran los tiempos en que “Salomón amaba al Señor y caminaba en los estatutos de su padre David” (1 R 3:3). Es cuando andaba en su “primer amor” (Ap 2:4). Podría contarlo con todos los detalles. Pero aquella noche estaba profundamente dormido y escuchó una voz. En su sueño se da cuenta de que es el mismo Señor quien le está hablando y le dice: “*Pide lo que quieras que yo te dé*” (1 R 3:5). Recuerda su respuesta: “*Da, pues, a tu siervo un corazón que sepa escuchar, para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo. Porque ¿quién podrá gobernar a este pueblo tan grande?*” (1 R 3:9). Nunca olvidó la respuesta del Señor: “*yo te daré un corazón sabio y entendido, tal que no ha habido antes de ti otro como tú, ni después de ti se levantará otro como tú. Y también te daré las cosas que no has pedido: riquezas y gloria tales que no haya nadie como tú entre los reyes en todos tus días*” (1 R 3:12-13).

Hay una pausa; luego viene la condición: “*Y si andas en mis caminos, guardando mis leyes y mis mandamientos como anduvo tu padre David, yo prolongaré tus días*” (1 R 3:14).

Años después, luego de que el templo del Señor había sido dedicado, se le aparece el Señor nuevamente exactamente de la misma manera. Reconoce esa voz inconfundible que exclama: “*He santificado esta casa que has edificado para que yo ponga allí mi nombre para siempre. Mis ojos y mi corazón estarán allí todos los días*” (1 R 9:3).

Pero al final de la aparición la voz del Señor tiene una advertencia muy solemne: “*Pero si obstinadamente... os apartáis de mí... y os vais y servís a otros dioses y los adoráis, entonces eliminaré a Israel... Y la casa que he santificado a mi nombre, la apartaré de mi presencia. Entonces Israel servirá de refrán y escarnio entre todos los pueblos*” (1 R 9:6-7).

Al Rey le palpita el corazón con fuerza. el Señor lo ha hecho responsable no solamente por él sino también por todo su pueblo.

El viento helado del invierno sigue rugiendo afuera colándose por las ranuras. Las llamas de las antorchas parecieran como que se van a apagar pero siguen bailando sus vacilantes y arabescas danzas. En el suntuoso lecho real la llama de la vida se ha apagado.

La historia bíblica y nosotros

¿Cómo es posible que un hombre tan sabio abrace la idolatría? Una posibilidad a considerar es que al desviarse del Señor se pierde más y más esa sabiduría. Josefo nos cuenta la historia de una situación de acertijo en la cual Salomón pierde contra Hiram, rey de Tiro, al no saber la respuesta. Por haber perdido Salomón tuvo que pagar una gran cantidad de dinero a Hiram (uno pensaría cuán escasas son las probabilidades de que un historiador judío diera a conocer un detalle negativo del rey Salomón a favor de un monarca extranjero).

No sabemos exactamente en qué momento de su vida se produce la catástrofe. Suponemos que ha sido un proceso paulatino. Todas estas riquezas, este poder, terminan

corrompiendo el corazón de Salomón. Qué acertado estaba el profeta al decir: *“Engañoso es el corazón, más que todas las cosas...”* (**Jer 17:9**). ¡Aquel que empezó tan bien termina tan mal!

Su nombre no está registrado en el monumento a los héroes de la fe levantado en la plaza principal de Hebreos 11.

El hecho de que Salomón tuvo dos visiones extraordinarias no evitó que cayera en la idolatría. Las “experiencias” maravillosas no confieren por sí mismas una “inmunidad” contra la caída.

Algunos sugieren que al final de sus días Salomón se arrepintió. Sin embargo, no hay pruebas de que lo haya hecho. El hecho de que los lugares de idolatría que él edificó persistieron por trescientos años más, hasta que el buen rey Josías los destruyó, está en contra de un verdadero líder que debe desistir de su pecado de idolatría (**2 R 23:13**).

Dios le había prometido prolongar su vida si él era obediente (**1 R 3:14**). Salomón murió a los 59 años, es decir, sus días no fueron prolongados (**Sal 90:10 Dt 17:20**).

La historia de David termina con la lista de sus valientes (**2 S 23:18-39**). La historia de Salomón concluye con los enemigos que Dios levantó contra él (**1 R 11:26-40**). Observamos el contraste entre un reino que finaliza con la estabilidad de los “valientes” y otro que caduca con la inseguridad de los “enemigos”.

En el Nuevo Testamento el mismo Señor Jesús menciona las glorias de Salomón y su sabiduría (**Mt 6:29**) y (**Mt 12:42**); sin embargo, el sabio rey no es puesto como un ejemplo a seguir.

Nos podemos preguntar por qué Dios permitió que alguien que terminó tan mal escribiera tres libros de las Escrituras. Aquí vemos una vez más la gracia del Señor. Creemos que los escribió cuando caminaba en los senderos de Dios.

Durante el reinado de Salomón Jerusalén no era solamente un centro comercial de gran intercambio sino también un centro cultural. Salomón tenía buenas conexiones con Egipto (su esposa era la hija del faraón). Poseía buenos enlaces con Tiro y otros reinos cercanos.

Salomón se convirtió al paganismo de sus mujeres olvidando el versículo: *“¡Qué ellos se vuelvan a ti; pero tú no te vuelvas a ellos!”* (**Jer 15:19**).

Es interesante que las mujeres paganas lo hicieron pecar (**Neh 13:26**). ¡Salomón creyó que podía controlar el cuerpo de esas mujeres pero ellas le controlaron el alma! (**1 Co 6:18**). Ellas mostraron más fervor en propagar su falsa religión que el que tuvo Salomón en dar testimonio a los extranjeros del Dios creador del universo.

Seguramente esto hizo que el enojo contra Salomón, a quien Dios se le había aparecido dos veces, fuera todavía más intenso (**1 R 11:9**). Se cumple el principio de *“... no os hagáis muchos maestros, sabiendo que recibiremos juicio más riguroso”* (**Stg 3:1**).

Durante su segunda aparición el Señor le hace advertencias muy serias a Salomón. Las palabras muestran la gravedad del castigo en que podría incurrir:

- 1) *“Si obstinadamente... os apartáis de mí*
- 2) *Y no guardáis mis mandamientos y mis estatutos...*
- 3) *y os vais y servís a otros dioses y*
- 4) *los adoráis”* (**1 R 9:6**).

Es lamentable que aquel que escribió el libro de Proverbios que está repleto de sabias enseñanzas tuviera un hijo que no las practicó.

El libro El cantar de los Cantares es una joya literaria. Creo que este libro expresa el amor de Dios hacia su esposa Israel y por extensión el amor de Cristo por la iglesia. La hipótesis de que el libro de Cantares es un tratado sobre el “amor matrimonial” me parece inverosímil. Me cuesta creer que el Señor utilice como ejemplo de esposo a un hombre que tenía 700 esposas (y más 300 concubinas). Sin duda Salomón no nos puede enseñar nada en cuanto a ser fiel y amar a una sola esposa.

Del templo y el palacio de Salomón no queda nada. Su gran legado para la posteridad son sus tres libros incluidos por el Espíritu de Dios en el canon sagrado.

En el ocaso de su vida aquel reino que se había extendido tanto, que poseía riquezas innumerables y un gran poder militar se debilitó enormemente en unos pocos años.

Hoy, en cuanto a la historia y a nosotros, los creyentes en el Señor Jesucristo tenemos varias ayudas que no tuvo Salomón. Tenemos en primer lugar el Espíritu Santo morando en nosotros; en segundo lugar el Espíritu intercede por nosotros con “gemidos indecibles” (Ro 8:26); tercero nos “guía a toda la verdad” (Jn 16:13), y cuarto, nos “enseñará todas las cosas” (Jn 14:26).

Notas al margen

A pesar de todas las riquezas que Salomón posee, él trata de acumular más. El pueblo sufre y se le exigen tremendos impuestos.

Los grandes proyectos de edificios que llaman la atención a los extranjeros no son de gran consuelo para muchos. Es así que tan pronto Salomón muere, los diez reinos del norte se independizan. Sin duda veían a Jerusalén como “la capital” que consumía todo el tesoro del país.

En (1 R 10:14-28) se nos dice de algunas de las riquezas que Salomón poseía. La cantidad de oro que recibía era de 666 talentos. O sea un equivalente a 22 toneladas (calculando a 34 kilogramos el talento). Al precio actual sería un equivalente a más de 50 millones de dólares.

Dios había prohibido específicamente al rey el acumular caballos, mujeres, oro y plata. La Escritura enseña: *“Pero él no ha de acumular caballos. No hará volver al pueblo a Egipto para acumular caballos, porque el Señor ha dicho: Jamás volveréis por ese camino. Tampoco acumulará para sí mujeres, no sea que se desvíe su corazón. Tampoco acumulará para sí mucha plata y oro”* (Dt 17:16-17). La razón de la prohibición de acumular caballos era para que dependieran del Señor para su protección. Estos tres elementos que la ley específicamente prohibía, Salomón los ignoró.

La ejecución de Joab (comandante en jefe en tiempos de su padre), Adonías (su medio hermano) y de Simei nos perturba y alarma. Aunque ellos no eran personas intachables uno tiene la sensación de que las ejecuciones se hacen demasiado rápido. Estos hombres necesitaban la posibilidad de defenderse en un juicio aunque fueran culpables... Salomón tenía mucho poder sobre la vida de sus súbditos. Para él era muy fácil “suavizar” disidentes... la manera en que Jeroboam es forzado a huir del país lo demuestra (1 R 11:26-40).

Alguien podría preguntar jocosamente ¿qué tiene de malo tener 700 esposas? Bueno, el Nuevo Testamento nos enseña que hay que tener solo una (Mt 19:5) (1 Ti 3:2), y el Antiguo Testamento condenaba “acumular”.

Ahora, en cuanto a estas esposas, ¿se puede imaginar la sensación de soledad de estas mujeres? En promedio pasaban un día con el rey cada dos años. Los hijos nacidos en el harem tenían el gran peligro de ser ejecutados para evitar que se convirtieran en opositores políticos. Por supuesto, la amonestación que cientos de años después hace el apóstol Pablo: *“Esposos, amad a vuestras esposas”* (Ef 5:25) era imposible de cumplir en esa circunstancia. Aquella jovencita que soñó con tener un esposo y una familia, en la realidad nunca lo iba a lograr. ¿No era esto una esclavitud? Es casi imposible leer el libro de Eclesiastés sin sentir esa pesadez y el cielo grisáceo de un alma que sabe lo que es la depresión emocional. Nos parece que Salomón está hablando de su propia experiencia al decir: *“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud: antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento”* (Ec 12:1). Uno tiene la impresión de que el que habla sabe lo que está diciendo porque lo ha experimentado en su vida. Se está expresando como alguien que tiene una enfermedad debilitante y crónica.

El líder que hay en mí

Salomón se comporta como un rey autoritario y en las palabras de su propio hijo, alguien que oprime al pueblo y que es cruel: *“Mi padre hizo pesado vuestro yugo... os castigó con látigos”* (1 R 12:14).

Una de las funciones primordiales del líder es formar a otros líderes que lo puedan reemplazar. Cuando no sucede así, el proyecto tiene sus días contados. Salomón no preparó (y si lo trató no lo logró) a su hijo Roboam para que evitara una guerra civil. Tampoco capacitó a otros líderes. Al leer estos capítulos es interesante notar la falta completa de otros individuos a nivel de liderazgo. Parecería que Salomón los eclipsó o los intimidó a todos.

Si bien es cierto que Salomón tiene un general que se llama Benaías, este solo aparece para ejecutar enemigos políticos y luego se desvanece. El sumo sacerdote es mencionado solo “de pasada”.

Uno tiene la sensación de que Salomón es un gran líder que vive aislado; la excepción es cierta relación con un arquitecto e ingeniero brillante llamado Hiram (1 R 7:13), y con el rey de Tiro, del mismo nombre (1 R 9:10-14,26-28). En cambio, David tenía al profeta Natán que cuando fue necesario lo amonestó. Salomón, al parecer, no tenía a alguien con ese ministerio.

No es hasta que él muere que nos enteramos de que en la corte ha funcionado un hombre muy dotado y que se llama Jeroboam; que por supuesto es el futuro rey de Israel. Sin embargo, Salomón se equivocó al no saber cómo mantener a Jeroboam “de su lado”.

La sabiduría por sí sola no puede evitar la caída; esta puede evitarse si también está acompañada por la gracia de Dios (Lc 2:40).

Temas para el estudio en grupo

- El casarse con incrédulos (“yugo desigual”).
- Modos y maneras por los cuales Dios habla hoy al creyente.
- Los peligros de aceptar prácticas paganas en el servicio del Señor.
- La tragedia de un hombre que empezó tan bien y podía haber terminado mejor.

- El riesgo de perder el galardón o la recompensa (**2 Jn 1:8**).

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuáles fueron las consecuencias en la vida de Salomón al casarse con mujeres paganas?
2. ¿Qué dice la Biblia sobre la poligamia?
3. ¿Cómo se explica que un hombre tan sabio pueda torcerse y abrazar la idolatría?
4. ¿Por qué Salomón no está en la lista de los “héroes de la fe” mencionados en Hebreos 11?
5. ¿Pueden los creyentes casarse con incrédulos?
6. ¿Por qué la sabiduría, por sí sola, no es suficiente para el éxito final?

Fiel al Señor en medio de una familia infiel (2 Crónicas 14)

¡Última noticia! ¡Última noticia! ¡Maaca renunció!

Las nuevas corren como un reguero de pólvora por todo Jerusalén. La gente no puede creer lo que está escuchando y hace comentarios al respecto: “¡No puede ser!”. “¡No puedo creer que la reina madre haya renunciado a su cargo!”.

En los corredores de la casa real los sirvientes murmuran y se preguntan entre ellos:

— ¿Ha renunciado o la “han renunciado”?

Unas semanas antes había venido a hablar con el rey un grupo de las autoridades religiosas más altas.

— Majestad, estamos agradecidos al Señor por la dedicación a Dios que usted ha demostrado durante todos estos años. Estamos muy contentos de ver que se han quitado los altares de culto extraño y los lugares altos, que ha roto las piedras rituales y ha quebrado los árboles rituales de Asera (**2 Cr 14:3**). Sabemos que Dios bendice a los que lo honran y el Señor lo ha bendecido a usted muy ricamente.

El monarca agradece los comentarios con una señal de su cabeza. Sin embargo, puede percibir en el rostro de los hombres religiosos que hay algo más que ellos no se animan a decir.

— Bueno, supongo que no han venido solo para decirme esto.

El más anciano de los visitantes se levanta. Sus cabellos son blancos. Su rostro muestra la determinación y firmeza que la fe en el omnipotente le ha conferido.

— Majestad — dice calmadamente —, estamos muy preocupados por el ejemplo que sigue dando su abuela, la reina madre.

Se hace un silencio. El monarca por unos momentos empalidece. Junto a él se encuentran sus ministros y consejeros.

— Mi Rey — continúa el sacerdote —, los altares que usted destruye su abuela los vuelve a construir. Usted quita los árboles rituales de Asera y la reina madre, Maaca, trae otros nuevos.

El anciano sacerdote ahora calla. Uno de los príncipes se levanta pide la palabra.

— La reina madre siempre ha hecho las cosas así y todos sabemos que no va a cambiar. Ella dice que no le hace mal a nadie con lo que hace. Opina que tenemos que aceptar otras religiones y no ser “tan cerrados”. Después de todo, tenemos que “respetarla”, porque ella es nuestra abuela.

Se hace otro silencio. En la pausa se escucha el zumbido del vuelo de un moscardón. El rey se levanta. Su rostro muestra que no le es fácil expresar lo que va a decir.

— Ordeno que la reina madre, Maaca, deje de oficiar como reina.

Se oye un murmullo de aprobación.

— ¡Viva el rey Asa! — dice alguien; y todos en la sala del palacio repiten como eco —, ¡viva el rey Asa!

Unos meses antes había pasado algo muy inusual. *“El reino estuvo en calma” (2 Cr 14:5)*. El rey había convocado nuevamente a sus ministros les habrá dicho: *“Edifiquemos estas ciudades y rodeémoslas de murallas, torres, puertas y cerrojos... porque hemos buscado al Señor nuestro Dios. Le hemos buscado, y él nos ha dado reposo por todas partes” (2 Cr 14:7)*. Sin embargo, muchos no sospechaban la tormenta que se avecinaba después de esta aparente calma. Asa ha continuado con su trabajo de limpiar a Judá de los ídolos y lugares de adoración pagana. Todo parece marchar bien hasta que llega la noticia: *“Zéraj el etiope salió contra ellos con un ejército de 1.000.000 de hombres y 300 carros...” (2 Cr 14:9)*. Dentro de ese millón hay cien mil soldados de caballería.

El rey Asa sale con sus regimientos para defender el país. Su infantería tiene la mitad de guerreros: 300.000 de Judá, que llevan escudos grande y lanzas; y 280.000 de Benjamín, quienes llevan escudos pequeños disparaban con el arco **(2 Cr 14:8)**.

Las tropas comandadas por el rey Asa se desplazan lentamente y llegan a Maresa (ciudad del reino de Judá). Allí los dos ejércitos se preparan para la batalla. En el lado de los etíopes se hace una ceremonia religiosa a todos los “dioses” involucrados en la guerra. Los instrumentos musicales hacen sonar sus melodías lúgubres y satánicas.

Del lado de Judá no hay mayor preparación ceremonial, pero sí el mismo Rey pronuncia la oración de intercesión al Señor. Sus palabras son dichas con sentimiento, firmeza y honestidad: *“¡Oh Señor, no hay otro como tú para ayudar tanto al poderoso como al que no tiene fuerzas! Ayúdanos, oh Señor, Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos y en tu nombre vamos contra esta multitud. ¡Oh Señor, tú eres nuestro Dios; no prevalezca contra ti el hombre!” (2 Cr 14:11)*.

Asa termina su plegaria y siente una profunda paz en su corazón. El sabe que el Señor está de su lado. Mientras tanto, las dos huestes se empiezan a mover preparándose para el encuentro. El rey Asa está al frente de sus tropas. Desde el carro real levanta su lanza y grita: *“¡Al ataque!”*.

Si pudiéramos observar desde un lugar elevado se vería algo inusual. En el momento en que Judá empieza a avanzar, y aun antes de que estén a una distancia al alcance de las flechas, algo sucede en el ejército enemigo. Las tropas que hasta hace un momento estaban ordenadas y prontas para la batalla, pareciera como que de golpe se pusieran fueran de control. Algunos de los escuadrones empiezan a moverse hacia atrás y otros se mueven hacia los costados. Los carros de guerra chocan entre sí. Súbitamente todos los caballos están encabritados; han quedado fuera de control y arremeten unos contra otros. Se lanzan con toda furia en todas direcciones aplastando e hiriendo a los soldados de la infantería. Los generales dan órdenes contradictorias. Pareciera como si un meteoro hubiera caído en medio del ejército. Todos salen en direcciones opuestas: *“Entonces el Señor desbarató a los etíopes delante de Asa y de Judá, y los etíopes huyeron” (2 Cr 14:12)*.

El rey Asa levanta nuevamente su lanza y el ejército de Judá arrasa al enemigo. Los etíopes tratan de huir, pero es en vano ya que *“cayeron tantos de los etíopes que no quedaron sobrevivientes de ellos, porque fueron destrozados delante del Señor y de su ejército, y les tomaron un gran botín” (2 Cr 14:13)*.

La historia bíblica y nosotros

La vida transcurre a veces con toda tranquilidad. Los años pasan y todo marcha relativamente bien. La situación laboral es estable, la familia goza de buena salud, los hijos están creciendo, asistiendo a la escuela y progresando en todas las áreas de la vida.

Pero de pronto algo sucede. Toda la estructura familiar y social que hay a nuestro alrededor pareciera que se tambalea. Pareciera como si un terremoto de magnitud ocho en la escala de Richter nos hubiera llegado. Pueden ser problemas de salud, dificultades en el trabajo, falta de trabajo, problemas en la familia, y otras situaciones.

Observamos que durante el período de “paz” el rey Asa edificó murallas y fortalezas. Es durante esos tiempos de tranquilidad en nuestras vidas que debemos profundizar y arraigarnos en el estudio de las Escrituras. De esa manera podemos ser *“fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior” (Ef 3:16)*.

Algunas personas comienzan su vida espiritual con muchas dificultades y caídas, pero lentamente se van fortaleciendo y terminan muy bien. Tristemente, otras empiezan muy bien pero no concluyen tan bien. El apóstol Pablo había considerado esta posibilidad y por eso dice: *“Más bien, pongo mi cuerpo bajo disciplina y lo hago obedecer; no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo venga a ser descalificado” (1 Co 9:27)*.

Aquí, la historia de Asa, comienza con una situación de sosiego. La tierra tuvo tranquilidad por diez años (**2 Cr 14:1**). Dos lustros de tranquilidad eran muy raros en aquellos tiempos. Y el veredicto divino sobre el rey es muy favorable. *“Asa hizo lo bueno y lo recto ante los ojos del Señor su Dios” (2 Cr 14:2)*. Lo hizo porque estaba consciente de la presencia del Señor. *“Sus ojos [de Dios] ven; sus párpados examinan a los hijos del hombre” (Sal 11:4)*.

El rey ha llevado una reforma espiritual a Judá: *“Quitó los altares de culto extraño y los lugares altos, rompió las piedras rituales y quebró los árboles rituales de Asera” (2 Cr 14:3)*.

El rey Asa es tan fiel al Señor que está dispuesto a corregir en su propia familia lo que está mal. Sin duda que le fue muy penoso excluir a su abuela de la posición de reina madre. Indudablemente recibió muchas críticas de la familia y a otros niveles. ¡Qué difícil es para nosotros ser sinceros y fieles al Señor cuando se trata de personas de nuestra familia o amistades! Pero, debemos recordar que somos llamados a responsabilidades muy especiales en nuestra casa (**1 Ti 5:8**).

El rey Asa estuvo dispuesto a darle a Dios el primer lugar y a hacer su voluntad a pesar de los estrechos vínculos familiares. Cientos de años después el Señor Jesucristo va a decir: *“el que ama a padre o a madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama a hijo o a hija más que a mí no es digno de mí” (Mt 10:37)*.

La oración de Asa es una de las oraciones más cortas y precisas hechas por un monarca en un momento de crisis. Es una plegaria ardiente. Es una invocación que habla de la omnipotencia de Dios: *“¡Oh Señor, no hay otro como tú para ayudar tanto al poderoso como al que no tiene fuerzas!” (2 Cr 14:11)*.

El rey reconoce que él no tiene la capacidad militar suficiente, que es débil para enfrentarse contra el ejército etíope. La súplica es específica. Asa “va al grano”: *“¡Ayúdanos, oh Señor, Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos y en tu nombre vamos contra esta multitud. Oh Señor, tú eres nuestro Dios” (2 Cr 14:11)*. Esta súplica demuestra una absoluta confianza en el Señor. Asa “compromete” el honor de Dios, por así decirlo. Es como si Asa pensara: “Si el Señor está de nuestro lado, él no se va a dejar vencer por el enemigo, porque él no va a ir en contra de su propio prestigio”.

El argumento que el rey usa en la oración tiene la sencillez y espontaneidad de un niño. Es como si dijera algo así: “Dado que en ti nos apoyamos y en tu nombre vamos contra esta multitud, es como si tú mismo estuvieras luchando junto a nosotros”.

Al final de la oración del rey Asa, el motivo principal de ésta da un giro. Ahora, él dice: *“¡No prevalezca contra ti el hombre!”*. Ya no se enfoca tanto en que ellos sean ayudados,

sino en que Dios prevalezca y no el hombre. Por supuesto, el ser humano o una nación nunca podrá prevalecer contra el omnipotente. Delante de Dios *“las naciones son como una gota de agua que cae de un balde...”* (Is 40:15). Dios obra a favor de su pueblo como lo ha hecho tantas veces (2 S 5:23-24) (2 R 3:21,25).

Del mismo modo como Dios ayudó a Asa contra el ejército enemigo, el Señor nos ofrece su ayuda en nuestros conflictos y dificultades. El creyente puede con seguridad decir como el rey David: *“Contigo desbarataré ejércitos, con mi Dios saltaré murallas”* (Sal 18:29). El Señor desbarató al ejército enemigo del rey Asa. Ignoramos todos los detalles de cómo sucedió exactamente. Sin embargo, sabemos que aquello que parecía iba a ser una derrota, se transforma en una victoria rotunda para Asa. El apóstol Pablo ejemplariza esto al escribir: *“Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”* (Ro 8:37).

Notas al margen

Los etíopes eran probablemente soldados mercenarios que servían a Egipto. Esta milicia estaba constituida por gente procedente de Nubia o de Cush.

Jamiesson sugiere que los egipcios no le iban a permitir a un ejército extranjero pasar por su territorio. Esto sería algo similar a un ejército de las Naciones Unidas constituido por personas de países que no están involucrados directamente en el conflicto. De acuerdo con el relato de 2 Crónicas 14, la destitución de la reina madre, Maaca, se produce después de la invasión etíope y durante el avivamiento que surge luego del mensaje del profeta Azarías.

El líder que hay en mí

El líder tiene que mantener un testimonio ejemplar en el hogar. Esto no siempre es fácil. Satanás, nuestro adversario, va a tratar de destruir la eficiencia de nuestro testimonio atacando nuestra familia. Es muy importante que los de afuera puedan percibir que no tratamos con favoritismo o predilección a nuestros allegados o amigos. Esto puede ser muchas veces difícil y muy penoso (Stg 2:1). Si el rey Asa lo consiguió nosotros también lo podemos lograr.

El líder tiene que ser una persona que tenga la rara combinación de ser práctica y a la vez espiritual. El rey tomó las medidas utilitarias de edificar fortalezas y murallas, de preparar a su ejército (2 Cr 14:6-8), pero también de estar firme delante de Dios. Por ello, frente a cualquier crisis, el creyente necesita buscar el rostro de Dios en oración.

Temas para el estudio en grupo

- Relacionándose con un miembro de la familia que se opone a la cosas espirituales.
- La fidelidad a Dios en nuestro medio familiar (Sal 24:15).
- ¿Qué debemos hacer el domingo cuando tenemos visitas en casa que no simpatizan con el evangelio?
- Confianza en el Señor en medio de la oposición.
- El poder de la oración (Stg 5:16).
- Algunas características de la oración que hizo el rey Asa.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Fue Asa demasiado “fanático” al destituir a su abuela? Justifique su respuesta.
2. ¿Qué expresa Asa en su oración frente al eminente ataque del enemigo?
3. ¿Cómo se logró la victoria militar contra los etíopes?
4. ¿Cómo debemos actuar cuando hay pecado en nuestra propia familia o amistades cercanas?
5. ¿Cómo debemos relacionarnos con los familiares no creyentes en reuniones y ocasiones especiales?
6. ¿Qué debemos hacer cuando un familiar abraza una fe no cristiana como el mormonismo o los testigos de Jehová?
7. ¿Cuáles elementos de total confianza en Dios se observan en la oración que hizo el rey Asa?

El rey Asa y sus altibajos (2 Crónicas 15 y 16)

Una gran nube de polvo se levantaba en el desierto. La comitiva real viaja por uno de los serpenteantes caminos de Judá. La carroza va rodeada por aguerridos jinetes. Inesperadamente un hombre aparece en el camino. El mismo tiene el atavío de un profeta. El regio séquito se detiene.

— ¿Qué pasa? — Inquieta el rey a uno de sus ayudantes que cabalga al lado del espléndido carro.

— Hay un individuo que dice ser un profeta y quiere darle a usted un mensaje de parte de Dios — responde el ayudante.

— Que se acerque — ordena el soberano.

El enviado de Dios se aproxima. Es un hombre de mediana edad. Aunque nunca ha hablado con el rey, no le es desconocido. Con voz potente y clara dice: *“Oídme, Asa y todo Judá y Benjamín: el Señor estará con vosotros cuando vosotros estéis con él. Si le buscáis, él se dejará hallar; pero si le abandonáis, él os abandonará. Por mucho tiempo ha estado Israel sin el Dios verdadero, sin sacerdote que les enseñase, y sin ley”* (2 Cr 15:2-3).

El Rey escucha con atención y respeto. Después de otras breves palabras el profeta finaliza: *“Pero vosotros, esforzaos; no desfallezcan vuestras manos, porque vuestra obra tiene recompensa”* (2 Cr 15:7).

El Rey ha oído todo el mensaje. El profeta saluda con sencillez y se retira.

Asa comienza una reforma. Si bien antes había limpiado la tierra Judá de muchos ídolos, todavía faltaba mucho por hacer. *“Cuando Asa oyó estas palabras... tomó ánimo y quitó los ídolos abominables de toda la tierra de Judá y de Benjamín... También reparó el altar del Señor, que estaba delante del pórtico de la casa del Señor”* (2 Cr 15:8). *“Luego hicieron un pacto prometiendo que buscarían al Señor, Dios de sus padres, con todo su corazón y con toda su alma”* (2 Cr 15:12). Durante esta festividad en Judá el pueblo entusiasmado promete obediencia: *“Juraron al Señor en voz alta y con júbilo, al son de trompeta y de cornetas”* (2 Cr 15:14).

Esta celebración, y la reciente victoria militar contra los etíopes, representan las cumbres más altas de la vida pública de Asa. *“Todos los de Judá se alegraron por dicho juramento, porque juraron con todo su corazón. Así buscaron al Señor con toda su voluntad, y él se dejó hallar por ellos. Y el Señor les dio reposo por todas partes”* (2 Cr 15:15).

Han transcurrido 21 años desde esta fiesta de consagración al Señor. Durante ese tiempo el reino lindante de Israel se ha fortalecido bajo la administración del impío rey Baasa.

Asa, el rey de Judá, en forma paulatina se ha ido “enfriando” espiritualmente y su poderío militar también ha menguado en forma progresiva. Aquel avivamiento que había ocurrido 20 años antes ha quedado archivado en las salas oscuras del gran museo de los recuerdos.

El rey Asa convoca al estado mayor del ejército y a todas las autoridades civiles y religiosas. Los cortesanos y militares llegan vistiendo su ropajes para las grandes ocasiones. El amplio salón del palacio está repleto cuando se anuncia la llegada del rey, quien entra con gran pompa.

— Señores — dice el monarca —, estamos atravesando por una crítica y gravísima situación. Nuestro enemigo, el rey Baasa de Israel, ha venido con un ejército enorme y está reedificando la ciudad de Ramá para después atacar Jerusalén. En este preciso momento el bloqueo no es total, pero no sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que estemos totalmente cercados (**2 Cr 16:1**). Quisiera saber qué opinan los generales acerca de esto.

Toman la palabra muchos de los mismos generales que se levantaron hace más de veinte años atrás cuando Zéraj los invadió con su ejército de un millón de hombres.

La mayoría de ellos demostraba ahora que no en balde el tiempo había transcurrido. Casi todos tenían canas o calvicie. Sus cuerpos esbeltos de militares habían adquirido el aspecto redondeado que el bienestar, la falta de ejercicio regular y las muchas fiestas pueden traer a los hombres.

Se levanta uno de ellos para expresar un largo discurso:

— Majestad, es verdad que el enemigo tiene un ejército mucho mayor y que tienen abundantes provisiones. Nosotros ya estamos experimentando una disminución de nuestros abastecimientos. Si seguimos así vamos a quedarnos sin agua que beber y comida para alimentarnos. Propongo que hagamos una salida y ataquemos con todas nuestras fuerzas al enemigo. Buscaremos la bendición de Dios. Sabemos que esto va a traer muchas pérdidas, pero aun así debemos intentarlo. Sólo les pido que recuerden que si no salimos exitosos de esto el reino de Judá estará perdido. Vuestra excelencia sabe muy bien que Baasa y sus generales son muy crueles con sus enemigos.

El rostro del rey Asa se toma súbitamente descolorido y demacrado. Varios jefes militares se levantan para decir más o menos algunas variantes de la proposición original. Por último, un general de mediana edad se levanta y dice:

— Alteza, atacar a Baasa en su actual estado de fuerza y con todas sus defensas bien preparadas es algo imposible. Yo creo que la única solución es atacarlo simultáneamente por la vanguardia, la retaguardia y los flancos.

Una sonrisa burlona se asoma en los rostros de los otros oficiales. Uno de ellos señala:

— General, su idea me parece brillante. Pero... ¿cómo va a hacer usted para atacar simultáneamente por la vanguardia, la retaguardia y los flancos, si apenas podemos salir de la ciudad?

— Muy fácil — responde el militar —, tenemos que pedir ayuda extranjera. Yo sé que el rey Benhadad de Siria estará muy dispuesto a ayudarnos.

— ¿Cree usted que Benhadad hará esto por “amor al arte”?

— Por supuesto que no. Pero todos los hombres “tienen un precio”. Si le pagamos lo suficiente, él lo hará.

— Pero, ¿con qué vamos a pagarle? Los tesoros reales están casi agotados — protesta el rey.

Otro oficial de alto rango se levanta y propone:

— Majestad, usted sabe muy bien que hay momentos en la vida en que hay que tomar decisiones muy difíciles. Si no tenemos la ayuda extranjera, Baasa vendrá y nos quitará todo lo que tenemos. Yo prefiero que le demos todo lo que poseemos a Benhadad para que podamos mantener nuestra soberanía como nación.

Se escucha un murmullo de aprobación y el rey nuevamente empalidece. Su rostro, que normalmente es redondo y rubicundo, se torna blancuzco. Logra ponerse de pie con dificultad. Ya no es más aquel hombre sonriente que confía en el Señor, y que veinte años atrás había hecho esa plegaria hermosa antes de atacar al enemigo.

— Nuestra única alternativa es utilizar nuestros últimos recursos.

— ¿Cuáles son? — preguntan varias personas al unísono.

Con voz grave y temblorosa el rey dice:

— Yo estoy dispuesto a dar mis tesoros personales, pero como no es suficiente también vamos a tener que enviar los tesoros del templo.

El sumo sacerdote se levanta rápidamente. Su rostro está descolorido y desencajado. Con voz temblorosa y casi sollozando dice:

— Majestad. ¿Habrá algo que podamos hacer para evitar que se usen los tesoros del templo? ¡No son nuestros, le pertenecen al Señor!

El rey con voz abatida responde:

— No, no podemos hacer nada para evitarlo. Nuestro embajador nos dice que el rey de Siria requiere todo lo que poseemos. No tenemos otra opción que usar el oro y la plata del templo.

La historia bíblica y nosotros

Hay una falsa filosofía que trata de “utilizar” a Dios para nuestro provecho. Este sistema de pensamiento dice: “nosotros podemos hacer todo lo que queremos; si nos arrepentimos Dios nos va a perdonar y todo va a estar bien”. Esta falsa filosofía parte del principio verdadero de que Dios perdona al que se arrepiente de verdad. Luego, sin embargo, manipula, estrecha y desfigura este principio a tal punto que llega a una conclusión errónea. Plantea entonces que se puede hacer lo que uno quiere; es decir, aun pecar en forma reiterada con la “tranquilidad” de que Dios va a perdonar. Es muy probable que esta actitud estuviera guiando en aquel momento a muchos en Judá. El profeta Azarías les dice claramente: *“Si le abandonáis, él os abandonará”* (2 Cr 15:2) (2 Ti 2:13).

Las palabras del profeta *“por mucho tiempo ha estado Israel sin el Dios verdadero, sin sacerdote que les enseñase, y sin ley”* (2 Cr 15:3), nos hablan de un período muy oscuro. El apóstol Pablo muchos años después se expresa con cierta similitud al decir: *“Estabais sin Cristo, apartados... ajenos a los pactos... sin esperanza y sin Dios en el mundo”* (Ef 2:12).

Si bien Asa había hecho una limpieza importante de los ídolos y otros tipos de contaminación idólatra, todavía quedaba mucho por hacer. Un lavado superficial y parcial de las cosas que abomina el Señor no es suficiente. Pablo expresa el mismo pensamiento al decir: *“Limpiémonos de toda impureza de cuerpo y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”* (2 Co 7:1).

A veces nos preguntamos cuán efectivo es el ministerio y la predicación de la Palabra. En este caso vemos claramente que hay un resultado positivo evidente. La aparición del profeta Azarías con un mensaje del Señor inmediatamente después del triunfo contra el ejército de Zéraj es interesante.

Hay un encadenamiento de los eventos que vale la pena recalcar:

1) Ante la crisis de la invasión de Zéraj el etíope, el rey Asa ora.

- 2) Dios responde y les da una resonante victoria.
- 3) El Señor envía un mensaje que básicamente dice: *“tenéis que buscarme y obedecerme”*.
- 4) Asa responde y continúa la limpieza de la tierra de los ídolos abominables.
- 5) En el año 15 de su reinado, Asa hace una gran celebración y el pueblo jura fidelidad a Dios.

Notas al margen

El poder militar y político de los generales del ejército se entrevé en los nombres mencionados con sus respectivos ejércitos (**2 Cr 17:14-18**). En este caso cualquiera de ellos contaba con más de cien mil soldados.

La ciudad de Ramá estaba a ocho kilómetros de Jerusalén.

En el año 15 del reinado de Asa durante la celebración religiosa se ofrecen en sacrificio 700 vacas y 7.000 ovejas.

El líder que hay en mí

Las “alianzas” con personas o grupos de convicciones muy distintas y aun contrarias con el fin de “obtener más fuerza y ser más efectivo” son definitivamente peligrosas. ¿Andarán dos juntos, a menos que se pongan de acuerdo? (**Am 3:3**). El líder tiene que poder reconocer las asociaciones que no convienen por ser contrarias a la sana doctrina (**2 Jn 1:9-10**) y evitarlas a todo costo.

La frase: *“Haya alianza entre tú y yo”* (**2 Cr 16:3**) es trágica. Lamentablemente, años después su propio hijo — el buen rey Josafat — va a repetir el mismo error al hacer una coalición militar con el rey Acab, y como resultado de ello casi muere en el campo de batalla (**2 Cr 18:3,31,32**). Nehemías, por el contrario, rechazó la falsa invitación de sus enemigos para “dialogar” (**Neh 6:3**). Asa, como líder, tiene que decidir si va a buscar la ayuda del *“Invisible”* (**He 11:27**) o si va a usar la “colaboración” del gran ejército sirio que comanda Benhadad.

El Dios de Judá, que hacía veinte años estaba tan cerca para ayudarlo, ahora parece que está muy lejos.

¡Qué fácil es hacer promesas cuando las trompetas y las cornetas hacen vibrar los corazones! (**2 Cr 15:14**). Pero después de veinte años parece que el rey Asa olvidó el principio de que: *“El Señor estará con vosotros cuando vosotros estéis con él”* (**2 Cr 15:2**).

Hoy, igual que en el tiempo de Asa, el líder debe depender de Dios y de las armas espirituales que tiene a su disposición. Las alianzas con estrategias, grupos o fuerzas que no son de Dios, traerán tarde o temprano consecuencias negativas.

Temas para el estudio en grupo

- La importancia de la obediencia a Dios y a su Palabra.
- Las bendiciones que siguen a la obediencia a Dios.
- Qué tipo de alianzas son peligrosas para el avance del evangelio.

- Buscar al Señor en todo provee reposo y tranquilidad a la persona y a su familia (**2 Cr 15:15**).
- Idolos que debemos sacar de nuestras vidas y de nuestros hogares.
- El papel que juega la oración y la obediencia al Señor en la vida del creyente.
- Mecanismos que la iglesia debe practicar para evitar que los dineros dedicados a la obra del Señor se usen incorrectamente.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuál es el mensaje del profeta Azarías al rey Asa? (**2 Cr 15:1-7**).
2. ¿De dónde obtuvo Asa la plata y el oro para asegurar la ayuda militar que Benhadad, el rey de Siria, le ofreció? (**1 R 15:18**).
3. ¿Puede utilizarse el dinero dedicado a la obra del Señor con otros fines no relacionados con el ministerio? Explique su respuesta.
4. ¿Cuál es el peligro de las “alianzas desiguales”? (**Am 3:3**).
5. ¿De qué manera el ánimo que el profeta Azarías da al rey Asa (**2 Cr 15:7**) se asemeja al ánimo que el apóstol Pablo nos da? (**1 Co 15:58**).
6. ¿De qué manera hay “creyentes” que utilizan a Dios para su provecho?
7. ¿Cuáles son las evidencias que nos permiten saber si hay creyentes que siguen a Dios por convicción o por conveniencia.

¡Has actuado locamente! (2 Crónicas 16)

— Alteza — dice el mensajero —, acaba de llegar un correo del rey de Siria.

— ¡Que pase inmediatamente! — ordena el rey Asa.

El monarca toma el documento de manos del mensajero. Se lo entrega a uno de los secretarios y le ordena que lo lea:

“Estimado amigo y muy estimado rey Asa”. Sigue un largo saludo protocolar aludiendo a la amistad y tratados que hubo entre su padres. Luego, continúa diciendo: “Con mucho gusto acepto su propuesta con todos los detalles que previamente habíamos estipulado. Ya he ordenado que mis generales ataquen el territorio de Israel”. Después de una extensa despedida a su majestad, firma: “Benhadad, rey de Siria”.

Baasa, rey del reino del norte (Israel), al verse atacado por Benhadad, abandona las construcciones y preparaciones militares en Ramá y otras partes de Judá. De inmediato moviliza sus ejércitos para defender el territorio del norte que está siendo atacado por los sirios.

Mientras tanto, la ciudad de Jerusalén tiene grandes festejos: “¡Viva el rey Asa! ¡Viva nuestro libertador!”.

En los días siguientes todo Judá se dirige a Ramá para deshacer las estructuras que Baasa estaba construyendo. Con los mismos materiales reedifican Geba y Mizpa (**2 Cr 16:5**).

Todo el pueblo alaba la habilidad militar del rey Asa, ya que sin derramar una sola gota de sangre ha salvado al país. Sin embargo, los ancianos no están contentos. Saben que un gran precio se ha pagado por ello.

El monarca está en su palacio haciendo una gran fiesta por la “victoria”. Nuevamente los ministros, generales y cortesanos están presentes para esta gran festividad. El general de la “brillante idea” está que no puede contener su orgullo.

— Yo fui el de la idea — murmura a oídos de sus amigos —, y el rey sirio la aceptó.

Al día siguiente, el rey se levanta con dolor de cabeza por los efectos de la recepción y sus libaciones.

— Su alteza. Acaba de llegar el profeta Hanani y quiere hablar con usted.

— Dígale que no me siento bien, que me duele la cabeza y que venga mañana.

Vuelve el criado y le dice:

— Mi rey, ya le informé al profeta lo que usted expresó, pero él insiste en que quiere verlo; dice que tiene un mensaje urgente de Dios.

— Está bien. Dígale que pase — dice el rey —; pero avísele que deberá ser breve pues estoy muy ocupado.

Hanani camina lentamente pero con seguridad. Tiene como unos sesenta y tantos años. Sus cabellos y barba ya son canosos. Sus ojos son negros y chispeantes.

— Majestad, tengo un comunicado del Señor.

— ¡Hable! — Responde el rey.

— Por haberte apoyado en el rey de Siria y no haberte apoyado en el Señor tu Dios, el ejército del rey de Siria se ha escapado de tu mano.

El rey escucha con inquietud. Su rostro se mantiene inexpresivo pero sus manos muestran un ligero temblor. Se da cuenta de que ha perdido la oportunidad de obtener una victoria histórica.

El profeta continúa:

— ¿No eran los etíopes y los libios un ejército numerosísimo con muchos carros y jinetes?

La cara del rey se ha tornado roja como un tomate maduro. Se produce un tenso silencio. Hanani espera una respuesta pero el rey ha enmudecido. El profeta prosigue con voz grave e implacable. Cada frase parece una estocada al corazón de Asa:

— Con todo, porque te apoyaste en el Señor, él los entregó en tu mano. Porque los ojos del Señor recorren toda la tierra para fortalecer a los que tienen un corazón íntegro para con él.

Ahora, Hanani recorre con sus ojos uno por uno a cada ministro y militar de alto rango. Muchos bajan sus ojos ante esa mirada escudriñadora.

Los cortesanos se ponen nerviosos. Los ministros se observan los unos a los otros. El monarca ahora ha empalidecido. Su frente está fruncida. Sus ojos parecen los chorros de fuego de un soplete de plomero.

— ¡Y usted! ¿Quién cree que soy yo para que me hable así? ¡Yo soy el rey! — Vocifera Asa —. ¡En mi vida, nunca nadie me había hablado de manera tan insolente! Yo he sido un ejemplo de fidelidad al Señor. Yo limpié la tierra, yo deshice los ídolos, yo rompí los lugares altos, yo... yo....

El monarca cierra sus manos con fuerza. Espera que el profeta le ofrezca una disculpa, pero no la obtiene.

Hanani levanta su mano y señalando al rey y con voz fuerte y clara le dice:

— Locamente has actuado en esto, y de ahora en adelante habrá guerras contra ti.

El rey se levanta y sentencia:

— ¡A la cárcel! Por “desacato y ofensa a la autoridad”. ¡Al calabozo más sucio y oscuro, a pan y agua!

El profeta de Dios saluda como si no hubiera pasado nada. Dos fuertes soldados se lanzan contra él como toros al ruedo. Antes de que se dé cuenta lo están sacando en vilo de la sala.

El rey se seca el sudor de la frente. Sale a caminar por los jardines del palacio. Cuando ha recorrido unos 100 metros siente como un calambre en las pantorrillas que lo obliga a detenerse. Después de unos minutos se recobra y empieza a caminar de nuevo. A la misma distancia le vuelve una contracción dolorosa que lo obliga a parar la marcha.

Mientras tanto allí en la mazmorra el vidente no puede caminar porque el lugar es muy reducido. Sin embargo, una sonrisa de gratitud se esboza en sus labios. Al igual que lo hicieron otros fieles hombres alaba a Dios con su canto (**Hch 16:25**).

A la otra mañana el rey llama a sus ministros y les dice:

— Decreto que cualquiera que critique o dé un comentario negativo a lo que yo he hecho o digo sea arrestado de inmediato. Especialmente debemos callar las voces de los sacerdotes que públicamente han criticado mis “acciones de emergencia”.

— Majestad, no se preocupe — dice uno de los capitanes —, ninguno de esos, que los conocemos muy bien, lo va a desprestigiar de nuevo.

Dice la Escritura que el rey Asa *“en aquel tiempo también maltrató a algunos del pueblo”* (2 Cr 16:10).

Los meses van pasando. El rey observa que ahora puede caminar solo unos 50 metros antes de que se le acalambren las piernas. Los cortesanos que lo atienden se dan cuenta de que el monarca tiene un serio problema.

— Majestad. Con todo respeto nosotros creemos que usted tiene que hacer algo para mejorar de este problema de los pies.

— No es nada serio. Estoy seguro de que va a pasar.

En las sucesivas semanas la situación empeora. Los mismos cortesanos vuelven a sugerirle que busque ayuda. El rey responde:

— Tráiganme a los mejores médicos de todo el país para ver qué dicen, y si es necesario háganlos venir de Egipto.

Uno de los viejos criados que teme al Señor le susurra a otro:

— ¿Por qué el rey no busca al Señor? Él es el *“que sana todas tus dolencias”* (Sal 103:3).

Unos meses después solo puede caminar 20 metros y le viene un “calambre” terrible en las pantorrillas. De noche no puede dormir por el dolor en las piernas. Las tiene que colgar fuera de su cama para tener un poco de alivio. Los dedos de sus pies se han tornado de color violáceo. Ha consultado a los mejores médicos egipcios. Le han dado remedios y ungüentos que no le han hecho ningún bien.

En los meses posteriores sigue el deterioro de su salud. Sus piernas y sus pies están fríos como un mármol. El dolor es insoportable aun en reposo.

Unos días después las trompetas y flautas hacen sonar sus tristes notas haciendo saber que el rey ha muerto: *“Lo recostaron en un féretro, el cual llenaron de especias aromáticas y de todo tipo de ungüentos y mezclas de ungüentos, e hicieron una gran hoguera en su honor”* (2 Cr 16:14).

La historia bíblica y nosotros

Cuando el Juez de toda la tierra mira en su totalidad la vida de Asa no resalta los negros nubarrones de su falta de fe ni de su ira contra Hanani, el siervo de Dios. El dictamen divino fue: *“Asa hizo lo recto ante los ojos del Señor...”* (1 R 14:11). Sabemos, sin embargo, que hubo solo uno en este mundo que fue *“santo, inocente, puro”* (He 7:26).

La ayuda del rey de Siria, Benhadad, no era necesaria. El profeta Hanani le dice claramente al rey Asa que con la ayuda de Dios él podría haber vencido a Baasa (rey de Israel) así como a su importuno aliado el rey Benhadad de Siria.

Asa, como nosotros, no creyó que Dios podría darle la victoria contra un enemigo que él veía tan grande. ¡Cuánto menos contra dos enemigos! Quizá había algo en su vida que lo hacía suponer que Dios no lo iba a escuchar.

Dios está continuamente observando nuestras vidas (2 Cr 16:9). Si tenemos un corazón íntegro él nos va a fortalecer.

Asa, al ordenar la cárcel para Hanani, tiene la triste distinción de ser el primer rey de Judá que encarcela a un siervo del Señor. Saúl había matado a los sacerdotes de Nob (**1 S 22:18**).

Tampoco en su enfermedad Asa busca la ayuda del Señor. ¿Pensaría que los médicos de Egipto eran mejores o más eficaces? ¿Creía que por su pecado de encarcelar a Hanani Dios no lo escucharía? Uno de sus descendientes, el rey Ezequías, cuando se encuentra muy enfermo ora al Señor y Dios le prolonga la vida. Tiempo después Jeremías lo expresa de una manera que se ha hecho célebre: “¿Acaso no hay bálsamo en Galaad? ¿Acaso no hay allí médico?” (**Jer 8:22**).

El Señor no nos condena por ir a ver un médico cuando estamos enfermos. Él mismo dijo: “*Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos*” (**Mr 2:17**). Pero el creyente pone su confianza en el Señor y ruega a Dios que le dé sabiduría y utilice a ese profesional que va a consultar.

Nos preguntamos por qué este hombre que empezó tan bien no terminó de la misma manera.

No debemos olvidar que este rey gobernó por 41 años. Durante todo este tiempo cualquiera de nuestros presidentes o nosotros mismos sin duda habiéramos cometido muchos errores. Por eso, la advertencia que Pablo hiciera: “*el que piensa que está firme, mire que no caiga*” (**1 Co 10:12**), sigue vigente.

Algunos estudiosos como Jamiesson, Fausset y Brown sugieren que hacia el final de su vida Asa volvió al Señor con todo su corazón. El hecho de que su hijo Josafat fuera un buen rey y temeroso del Señor está a favor de esa hipótesis.

Dios mira y evalúa nuestra vida desde una perspectiva diferente; él usa una regla de medir muy distinta a la que nosotros usamos.

Los grandes honores que se describen sugieren que Asa era un rey muy querido por su pueblo. El hecho de que su cuerpo fuera preparado cuidadosamente, utilizando “*especias aromáticas, y de todo tipo de ungüentos y mezclas de ungüentos*” (**2 Cr 16:14**) apunta a que fue preparado para que una multitud le rindiera los últimos honores. El cuerpo fue sepultado en el sepulcro que él mismo había cavado en Jerusalén. En las Escrituras este hecho es, en general, una señal de aprobación divina. Me adhiero a la posición de que Asa retornó al Señor. El monarca en el pasado había sido un conductor brillante en lo espiritual y en lo militar, a pesar de los cinco errores que comete cuando decide pedir la ayuda de Benhadad, el monarca de Siria:

- 1) Muestra falta de confianza en que el Señor puede darle la victoria.
- 2) Toma los tesoros que le pertenecen al Señor y se los entrega a una nación que ha sido su enemigo y que lo seguirá siendo.
- 3) Se une en un “*yugo desigual*” con un incrédulo (**2 Co 6:14**).
- 4) Da mal ejemplo a todo el pueblo con su falta de confianza en aquel que ha prometido responder cuando clamamos a él: “*Clama a mí, y te responderé; y te revelaré cosas grandes e inaccesibles que tú no conoces*” (**Jer 33:3**).
- 5) Induce al rey de Siria a romper una promesa (**2 Cr 16:3**).

Las Escrituras claramente nos enseñan que debemos cumplir nuestras promesas (**Ec 5:4**), aun cuando estas sean en nuestro perjuicio (**Sal 15:4**). El creyente no debe actuar incitando o promoviendo las rupturas de promesas hechas por terceros. Esto es lo que ha hecho el rey Asa.

El profeta Hanani, aun en la mazmorra oscura y nauseabunda, es el dirigente espiritual de una nación (**2 Ti 3:12**). El tenebroso calabozo es el lugar de donde emana la luz espiritual para el pueblo. Por el contrario, el rey sentado en su trono de oro y adorno de plata ha perdido la posición de líder espiritual del país. A pesar de todos los candelabros que hay en el palacio real la tristeza de la oscuridad espiritual se puede palpar con los dedos. Pero creemos que todo no terminó aquí. Como se ha dicho antes suponemos que Asa retorna al Señor.

Mathew Henry, con su profundidad habitual, nos enseña: “La piedad eminente y las bondades de algunos hombres deben de ser recordadas para su alabanza, aunque también hayan tenido sus faltas. Dejemos que sus faltas sean enterradas en sus tumbas, mientras que sus (buenos) servicios sean recordados sobre sus sepulcros”.

Alabamos al Señor por su promesa que *“el que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús”* (**Fil 1:6**).

A pesar de los altos y los bajos, de las oraciones de fe y los precipicios tenebrosos de la duda, de los triunfos y las derrotas, el veredicto final sobre la totalidad de la vida de Asa es: *“Asa hizo lo recto ante los ojos del Señor”* (**1 R 15:11**).

¡Asa aprobó el último examen!

Usted y yo también podemos aprobar nuestra “prueba de fin de curso”. En las palabras del apóstol Pablo: *“olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está por delante, prosigo a la meta hacia el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”* (**Fil 3:13-14**).

Notas al margen

El padecimiento del rey no era gota como dicen muchos de los comentarios. La gota de por sí no provoca la muerte como en este caso. El diagnóstico que planteamos lo consideramos altamente probable. La enfermedad que tenía el rey Asa desgraciadamente no es rara. Se llama enfermedad arterial periférica o arteriosclerosis de las extremidades inferiores. Del mismo modo que las cañerías de las casas se pueden tapar debido al uso, el proceso de arteriosclerosis de las arterias que van a las piernas y los pies las van tapando por colesterol y otros materiales.

Podemos imaginar exactamente cuál fue la evolución clínica del rey Asa. La arteriosclerosis si no se interviene con cirugía de “puentes” (by pass) o angioplastia puede llevar primero a la gangrena de los dedos de los pies, que se tornan negros, y luego continuar a los mismos pies. Luego se puede extender hasta abarcar las piernas. Cuando se llega a esta situación muchas veces la única solución es la amputación. El hecho de que se utilizaran tantos perfumes y ungüentos estaría de acuerdo con lo descrito, dado que en esta condición, cuando se produce la gangrena (necrosis o muerte de los tejidos de los pies y piernas), el mal olor es muy intenso. *“Su enfermedad fue muy grave”* (**2 Cr 16:12**) puede traducirse mejor *“se extendió hacia arriba”*.

El cuerpo de Asa no fue cremado sino que se hizo una gran hoguera en su honor. Este acto de encender una hoguera se parece a lo que ocurre actualmente en ciertas universidades de los EE. UU. de A., donde se encienden enormes hogueras para celebrar eventos deportivos. También podría ser una versión simplificada de lo que nosotros hacemos hoy con los fuegos artificiales.

El líder que hay en mí

De ninguna forma se justifica el uso incorrecto (profano) del oro y la plata que había sido consagrado al Señor. Si bien el mismo rey Asa (y su padre Abías) había dado oro y plata para el templo de Dios, el principio que se manifiesta es que lo que ha sido dado para el Señor ya no es más nuestro. Los líderes tienen que ser muy cuidadosos con el dinero que ha sido ofrendado para la obra de Dios. Muchas veces las personas dan con sacrificio para el avance del reino del Señor, y ese dinero nunca debe utilizarse para uso personal.

Aquí tenemos el caso de los peligros que suceden cuando los líderes se equivocan y se tornan autoritarios. A veces pueden llegar a auto convencerse de que son infalibles.

Debemos notar que el éxito “diplomático” de su acción en cuanto a librarse de Baasa no fue una victoria verdadera. A la larga fue una acción muy costosa.

¿Qué hacer cuando los líderes toman malas decisiones? Bueno, el dirigente maduro escuchará con humildad las correcciones y sugerencias de los hermanos espirituales y de experiencia, y actuará de acuerdo con esas sugerencias. El líder que no tiene autoridad ante quienes debe ser responsable, es como una bomba de tiempo que en algún momento va a estallar y a hacer mucho daño.

En realidad, el verdadero líder en esta historia es el profeta Hanani. Sin duda hay muchos que lo siguen y por eso el rey empieza a *“maltratar a algunos del pueblo”*. Para hacer lo que hizo Hanani se requiere tener todas las características de un líder con mucho valor. Hanani es un hombre que no tiene miedo a las represalias, pero además que tiene una fidelidad completa al Señor.

Los que actuaron locamente en las Escrituras

- Asa - Cuando pactó con Benhadad - **(2 Cr 16:9)**
- Jacob - Cuando actuó imprudentemente - **(Gn 31:28)**
- María - Cuando quedó leprosa - **(Nm 12:9-12)**
- Saúl - Cuando actuó en desobediencia - **(1 S 13:13)**
- David - Cuando realizó el censo - **(1 Cr 21:8)**

Temas para el estudio en grupos

- Razones por las que el rey Asa estuvo equivocado en buscar la ayuda de Benhadad.
- ¿Por qué siempre es arriesgado pedir ayuda a uno que es enemigo?
- Puso en la cárcel a un siervo del Señor.
- Maltrató (abusó) de los hermanos.
- Buscó a los médicos en vez de buscar al Señor.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuál es el mensaje del profeta Hanani para el rey Asa?
2. ¿Cómo reacciona el rey ante el mensaje de Hanani?

3. ¿Qué hizo Asa cuando se enfermó de los pies? (**2 Cr 16:12**).
4. ¿Qué elementos sugieren que al final de su vida Asa volvió a los caminos del Señor?
5. ¿Quién es el verdadero líder espiritual en esta historia? ¿El rey Asa o el profeta Hanani?
6. ¿Qué debemos hacer cuando los líderes toman malas decisiones?
7. ¿Cuáles fueron los cuatro grandes errores (o “locuras”) que cometió el rey Asa?
8. ¿Por qué Asa hizo mal en consultar a los médicos?
9. ¿Deben los cristianos consultar a los médicos?

Los enemigos de Josafat (2 Crónicas 20)

— Majestad — dice el mensajero —, vengo de parte del general en jefe de la guarnición del sudeste. Él le envía este comunicado urgente.

El mensajero le entrega un pliego al rey, quien ordena a su secretario que lo lea.

El mensaje es muy serio. Un gran ejército se ha preparado para invadir Judá. Es una coalición de tres reinos: Moab, Amón y Edom. El ejército enemigo ya ha llegado al territorio de Israel y se encuentra en En-gadi.

El rey empalidece. Es un hombre de mediana edad y durante toda su vida ha tratado de servir al Señor. Está rodeado de sus comandantes y generales.

— Excelencia — dice el de más alto rango —, de acuerdo con este informe nuestra situación es muy grave. Si bien nuestro ejército está bien entrenado, no tenemos suficiente poder para resistir este ataque. Comprenda que son tres ejércitos bien provisionados y bien preparados para el combate.

El rostro de Josafat que había empalidecido ha recobrado su color. Se levanta de su trono y con voz firme se dirige a los militares.

— Señores comandantes del ejército, vamos a pedir la dirección del Señor. Con él está la fortaleza y si es su voluntad podremos vencer. Sabemos que él nos puede dar la victoria.

Se convoca a todo el pueblo y se pregona ayuno en todo el país (**2 Cr 20:3**). Unos días después se reúne una enorme multitud en los alrededores del templo. Ha venido gente de todo Judá (**2 Cr 20:4**). El pueblo ha concurrido incluyendo sus pequeños, sus mujeres y sus hijos (**2 Cr 20:13**).

Un chiquillo le pregunta a su padre:

— Papá, ¿por qué mi mamita está llorando?

El progenitor, sin poder refrenar unas lágrimas, le responde:

— Vienen unos hombres malos que nos quieren matar, pero nosotros confiamos en el Señor de los Ejércitos.

— Papá — nuevamente pregunta el niño —, ¿Qué pasaría si el Señor no nos quisiera ayudar?

El padre aprieta suavemente la mano del pequeño y muestra una sonrisa en su rostro; luego, elevando los ojos al cielo dice:

— El Señor siempre nos ha ayudado y nunca nos ha fallado.

Mientras tanto, el rey se pone de pie delante de toda la congregación y con simplicidad casi infantil le explica al Señor la situación: *“A ti clamaremos en nuestra tribulación, y tú nos escucharás y librarás... No sabemos qué hacer, pero en ti ponemos nuestros ojos”* (**2 Cr 20:5,9,12**).

El mismo día delante de toda la congregación el levita Jahaziel se levanta y trae la respuesta del Señor.

Como un reguero de pólvora corre la pregunta entre la multitud: ¿Que será lo que va a decir el Señor?

Con voz firme el profeta dice: *“No temáis ni desmayéis delante de esta multitud tan grande, porque la batalla no será vuestra, sino de Dios”* (2 Cr 20:15).

Lo que sigue es la información militar “vía satélite” del desplazamiento de los ejércitos hostiles: *“Descended mañana contra ellos. He aquí que ellos subirán por la cuesta de Sis, y los encontraréis en el extremo del valle, frente al desierto de Jeruel. En esta ocasión vosotros no tendréis que luchar”* (2 Cr 20:16-17). Se ha dado la localización exacta de dónde va a estar el enemigo al día siguiente.

— ¿Qué está diciendo? — Cuestiona el rey —, ¿Me está diciendo que no tenemos que pelear?

— Así es Majestad, el Señor me ha revelado que tenemos que salir para ver la victoria. Él Señor dice: *“Deteneos, estaos quietos y ved la victoria que el Señor logrará para vosotros... ¡Salid mañana a su encuentro, y el Señor estará con vosotros!”* (2 Cr 20:17).

El rey responde:

— Pero todavía nuestro ejército no está listo. Necesitamos una semana más para prepararnos.

El “profeta” Jahaziel reitera:

— Salid mañana a su encuentro y el Señor estará con vosotros.

Ellos sabían que el enemigo venía, pero ignoraban por dónde se efectuaría la invasión. El profeta predice exactamente el lugar geográfico.

Al día siguiente, las tropas salen de la ciudad de Jerusalén. Se dirigen al desierto de Tecoa que está a 8 kilómetros al sur de Belén. Los distintos batallones de las diferentes ciudades de Judá se van uniendo. Mientras van saliendo al son de las trompetas y los aplausos de los miles y miles de concurrentes, el rey Josafat, de pie en la puerta de la muralla, los anima diciendo: *“¡Creed en el Señor vuestro Dios, y estaréis seguros! ¡Creed a sus profetas y seréis prosperados!”* (2 Cr 20:20).

El mismo rey Josafat encabeza las tropas (2 Cr 20:27).

Sería algo muy interesante si pudiéramos observar desde un cerro muy alto (o por la cámara de un satélite) lo que sucedió aquel día. De un lado se encuentran los tres ejércitos invasores. Son decenas y decenas de miles de soldados. Del otro extremo se acerca otro ejército. Este parece mucho más pequeño. Si acercáramos nuestro lente teleobjetivo desde el satélite veríamos algo muy inusual.

El ejército de Judá está precedido por un grupo muy peculiar. ¡En vez de armas llevan instrumentos musicales! Los levitas cantan: *“¡Alabad al Señor porque para siempre es su misericordia!”* (Sal 136).

Del otro lado, los tres ejércitos se preparan para la batalla. La caballería con los carros de guerra iniciará el ataque. En el ala derecha está el ejército de Moab, en el ala izquierda el de Amón y al medio el de Seir (Edom). La infantería sigue detrás con sus lanzas y espadas.

El horizonte resplandece por el brillo de los escudos y las lanzas.

Enfrente, el ejército de Judá está pronto para pelear. El Señor les ha prometido que “van a ver la victoria”.

El rey Josafat da la orden de avanzar. Los que se dirigen no son los carros de guerra, ni la caballería. Los que presiden la marcha no tienen escudos, espadas ni lanzas. Tienen trompetas, cornetas y címbalos.

El rey encabeza las tropas delante de los músicos. Es como si vinieran de celebrar una victoria. El resto del ejército se pone en movimiento haciendo un ruido como de mil ferrocarriles enmohecidos que tratan de arrancar.

En vez de gritos de guerra se oyen alabanzas. Lo que empieza como un canto de los músicos se convierte en un inmenso coro. Todos los guerreros responden: *“porque para siempre es su misericordia”*. Los levitas cantan: *“Al que derrotó a grandes reyes”* (**Sal 136:17**) y los soldados como en un grupo coral gigante declaran al unísono: *“¡Porque para siempre es su misericordia!”*.

Por fin, se aproximan a la cuesta de Sis. Desde el alto promontorio se ve algo inaudito. Súbitamente, el ejército de Moab que está del lado derecho gira 90 grados y se avalancha con toda furia sobre el ejército de Seir (Edom). Al mismo tiempo, los regimientos de Amón que están en el ala derecha giran 90 grados en sentido contrario y se lanzan con el ímpetu de un jabalí sobre sus “aliados” que están en el centro.

La escena es de una confusión increíble. Por todos lados se escuchan gritos: “¡Traición!”, gritan todos. “¡Mueran los amonitas!”, gritan unos. “¡Mueran los moabitas!”, dicen otros. “¡Mueran los traidores edomitas!”, gritan los demás. La lucha es sin cuartel. Los carros de guerra corren por el campo de batalla sembrando muerte a diestra y a siniestra. Miles de flechas cruzan el aire y encuentran sus objetivos que por centenares se desploman para no levantarse más.

Desde la elevada cima se observa un remolino humano gigante de soldados peleando cuerpo a cuerpo. Del otro lado, a la distancia, el ejército de Israel sigue avanzando. Los cantores repiten: *“Y nos rescató de nuestros enemigos...”*. ¡Mientras la gigantesca ola de voces responde: *“¡Porque para siempre es su misericordia!”* (**Sal 136:24**).

Uno a uno los enemigos caen en el campo de batalla. Se escuchan los últimos quejidos de los heridos. Los cuervos en lo alto vuelan en círculos concéntricos. En la distancia, pero cada vez más cerca, se sigue oyendo: *“¡Porque para siempre es su misericordia!”*.

Josafat y su gente toman una enorme cantidad de riquezas, de vestidos y objetos preciosos. Por tres días juntan el botín, que es inmenso.

“Al cuarto día se congregaron en el valle de Beraca. Allí bendijeron al Señor” (**2 Cr 20:26**).

La caravana triunfal retorna a Jerusalén. Es como si en nuestros oídos sonaran las notas de la Marcha Triunfal de Aída (Verdi), pero en este caso no hay prisioneros. *“El Señor les había dado gozo sobre sus enemigos”* (**2 Cr 20:27**).

La historia bíblica y nosotros

La oración de Josafat es interesante, corta y hermosa. Se caracteriza por una serie de preguntas a Dios. Es como si Josafat tratara de hacer que el Señor recordara sus promesas y la razón por las cuales las hace. Esto nos revela a un hombre que tiene fe en su Dios.

Su primera interrogación está relacionada con la autoridad de Dios sobre el universo: *“¿No eres tú Dios sobre los cielos, que gobiernas sobre las naciones y que tienes en tu mano fuerza y poder, de modo que nadie puede resistir?”* (**2 Cr 20:6**).

Establece asimismo que Dios tiene fuerza y poder. No es una divinidad con poderes limitados como creen los países de alrededor. Su Dios es irresistible (**2 Cr 20:6**).

Luego se dirige a la historia (¡cómo si el Señor necesitara que nosotros le hagamos recordar!): *“Esta tierra ha sido dada por ti a nosotros mismos que somos la descendencia de tu amigo Abraham” (2 Cr 20:7).*

Continúa explicándole a Dios sobre el hecho de que hemos *“edificado allí un santuario a tu nombre” (2 Cr 20:8).*

La promesa en que se basa la petición es: *“Si el mal viniese sobre nosotros... nos presentaremos delante de este templo... A ti clamaremos... y tú nos escucharás y librarás” (2 Cr 20:9).*

De inmediato le expone a Dios la situación: *“los hijos de Amón, los de Moab y los de la región montañosa de Seir...” (2 Cr 20:10).*

Finalmente da el argumento definitivo: *“Oh Dios nuestro, ¿no los juzgarás tú? Porque nosotros no disponemos de fuerzas contra esta multitud tan grande que viene contra nosotros. No sabemos qué hacer, pero en ti ponemos nuestros ojos” (2 Cr 20:12).*

Josafat, en forma terminante, declara su debilidad e impotencia y el hecho de que no sabe qué hacer. Sin duda el rey tenía un buen ejército. Sabía que el enemigo era muy numeroso y quizá estaba mejor equipado. Por su experiencia con los sirios ha aprendido que Dios es el que controla los resultados y que aun sabe el futuro (2 Cr 18:16).

Termina la oración indicando su dependencia de Dios como su única esperanza.

En el pasado Josafat buscaba la guerra (2 Cr 18:3). Ahora la contienda le sale al encuentro: *“Deteneos, estaos quietos, y ved la victoria” (2 Cr 20:17).* Parecería que son tres etapas sucesivas. La primera es más simple. Deteneos. Sencillamente es dejar de avanzar o de moverse. La segunda requiere algo más profundo y es: estad quietos. Uno puede estar detenido y sin embargo estar agitado y moviéndose. El estar quieto nos recuerda a David esperando el movimiento de las copas de las balsameras (1 Cr 14:14-15). Requiere una posición de observación y atención cuidadosa. Por último, el ver la victoria puede implicar tener que esperar, pero el resultado final es seguro (2 Co 2:14).

Notas al margen

Los tres ejércitos se destruyeron entre ellos. Por supuesto fue la mano del Señor. Una posibilidad es que se confundieron y cada uno de ellos pensó que sus aliados eran sus enemigos.

Otra alternativa es que especularon acerca de todos los despojos que iban a obtener con una “victoria fácil”. Por lo tanto, decidieron eliminar a uno de los adversarios para tener más botín para repartir. Luego el proceso se reitera entre los dos grupos de supervivientes. Algunos han planteado la posibilidad que han intervenido seres angélicos.

A veces, al igual que Josafat sentimos que tenemos más de un enemigo. Son clásicos los tres adversarios del creyente que son la carne, el mundo y Satanás.

Sin embargo, también tenemos otros adversarios. A menudo los hacemos más grandes de lo que son, pero otras veces son realmente enormes. El adversario de la enfermedad crónica, de la soledad, de la carencia afectiva, de la dificultad económica. La lista sigue y parece que no se termina. Todos nos vamos a encontrar con algunos de esos enemigos.

El argumento que utiliza Josafat es que ellos son descendientes directos de *“tu amigo Abraham” (2 Cr 20:7).* Nos maravillamos de que el mismo Señor en forma condicional nos llama de la misma manera, amigos: *“Vosotros sois mis amigos, si hacéis los que yo os mando” (Jn 15:14).*

En-guedi está a unos 40 kilómetros (en línea recta) de Jerusalén. Es situada en la ribera oeste del mar Muerto.

El hecho de que hayan podido obtener tantas riquezas como botín es que muchos de los soldados mercenarios llevaban consigo todas sus posesiones.

Amón y Moab eran reinos ubicados al este del río Jordán y del mar Muerto. Edom estaba al sureste del mismo mar.

El líder que hay en mí

Josafat se nos presenta como el líder ejemplar. En el momento de crisis sabe lo que tiene que hacer.

A pesar de que como hombre tiene miedo, Josafat busca a Aquel que quita nuestros temores. Nunca en la historia de Judá un rey ha sido tan optimista alentando a sus fuerzas militares. Este no era un entusiasmo superficial y sin razón. El líder espiritual puede tener un optimismo real y contagioso cuando confía verdaderamente en la bendición del Señor.

El rey Josafat alienta personalmente a las tropas; luego que estas han salido, el rey se dirige al frente de las tropas para dirigir la “operación bélica”.

Todos saben que Josafat es muy valiente (**2 Cr 18:3**). El buen líder no deja que los subalternos hagan lo que él sabe que es su deber, aunque esto implique riesgo.

Observemos que ganaron la batalla sin lanzar una sola flecha. Sus espadas y lanzas no fueron utilizadas. No obtienen una de esas victorias en las que el brillo del triunfo está empañado por los miles de muertos. En esta contienda no hay que lamentar bajas.

¡No tuvieron una sola víctima de esa invasión que los aterrorizó! Josafat usó algunas innovaciones. En vez de colocar a los levitas (músicos) detrás del ejército los puso en la vanguardia.

Temas para el estudio en grupo

- Atributos de Dios que se observan en esta historia.
- Cuando Dios utiliza a un siervo casi desconocido.
- La oración de Josafat como una oración modelo. Compararla con lo que dice (**He 4:16**).
- La importancia de confiar en las promesas del Señor: “*¡Creed en el Señor vuestro Dios, y estaréis seguros! ¡Creed a sus profetas y seréis prosperados!*” (**2 Cr 20:20**). Comparar con (**Sal 19:11**) y (**2 Jn 1:8**).
- La importancia de la obediencia (**2 Cr 20:25-26**).

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué le dice Josafat a la multitud ante el eminente ataque del enemigo? (**2 Cr 20:9-12**).
2. ¿Cuáles son los atributos de Dios que se mencionan en la oración de Josafat?
3. ¿Qué dijo el levita Jahaziel? (**2 Cr 20:9,12**).

4. ¿Cuáles son las tres palabras clave en **(2 Cr 20:17)**.
5. ¿Cómo alienta Josafat a las tropas? **(2 Cr 20:20)**.
6. ¿Quiénes son los que van a la vanguardia del ejército de Josafat?
7. ¿Por qué se puede decir que Josafat, en esta historia, es el líder, ejemplar?

Josafat y la armada invencible (2 Crónicas 20)

La ceremonia en los astilleros reales estaba por empezar. Un enorme palco se había construido al lado del arsenal. Las banderas de Israel y de Judá flameaban con sus hermosos colores. Dos bandas militares alternaban sus músicas que llenaban el aire de alegría y creaban una sensación de fiesta nacional.

Primero se presenta Ocozías, el rey de Israel. Viene ataviado con sus ropas de gala. Un fuerte aplauso lo recibe. Las trompetas suenan con el máximo de intensidad. Después hace su entrada Josafat, el rey de Judá. Otro gran palmoteo. Los dos se sientan en sus improvisados tronos. Se inicia un desfile militar; desfilan primero las tropas de Israel y luego las de Judá. Cada uno de los mandatarios declama un discurso con relación a la ocasión.

El discurso de Ocozías es largo y aburrido. Menciona todos los beneficios que va a traer esta empresa. De cómo va a mejorar el país con el aumento del intercambio comercial con otras naciones y especialmente con Ofir (**1 R 22:48**). Destaca la variedad de productos exóticos y metales preciosos que hay en ese puerto.

Por último, con toda pompa, los barcos son puestos en el agua. Grandes aclamaciones brotan de la multitud cada vez que una embarcación flota en el mar.

— ¡Viva el rey de Israel! ¡Viva el rey de Judá!

Los músicos casi rompen los oídos con sus instrumentos sonando al máximo de su volumen. Las velas se izan y uno a uno los barcos empiezan a mecer suavemente en la ensenada.

Una gran fiesta se celebra. El mejor vino de la nación se sirve en las mesas de los oficiales. Los ministros, generales del ejército y todas las personas de jerarquía en el gobierno están presentes.

De pronto, la gran festividad es interrumpida por la aparición del profeta Eliezer, quien con aplomo se presenta delante del rey Josafat. Al verlo, el rey empalidece. Por el aspecto del rostro del profeta Josafat se da cuenta de que el mensaje es muy solemne.

El profeta extiende su mano señalando al rey de Judá y le dice: *“Porque te has asociado con Ocozías, el Señor destruirá tus obras”* (**2 Cr 20:37**). Dicho esto, el profeta se da vuelta y con dignidad camina lentamente y se aleja.

— Majestad — dice un comandante —, ¿lo arrestamos?

El monarca responde con una seña de negación.

Ocozías, a todo esto, se ruboriza y dice:

— ¡Ay! ¡Ay! ¿Qué podemos hacer con estos fanáticos que alborotan el país?

Unos densos nubarrones han aparecido en el horizonte. Un rato después el viento empieza a rugir. Relámpagos surcan el cielo y los rayos caen por todas partes con gran estruendo como si fueran detonaciones de dinamita. La marea ha subido. Las olas crecen y se precipitan con furia salvaje contra las rocas.

Las embarcaciones en el puerto se tambalean como si estuvieran ebrias. En vano tratan los marineros de controlar la situación. Han bajado todas las velas; han tratado en vano de tirar anclas pero el viento las arroja contra las afiladas y puntiagudas rocas como si fueran plumas.

Al día siguiente, en Ezión-geber, Josafat se dirige con unos pocos amigos al mismo lugar donde se hizo la gran celebración. Los estrados están caídos. Todas las banderas, insignias, pabellones y toldos han quedado completamente destruidos por la tormenta (**1 R 22:48**).

Josafat desciende a la playa. Allí entre las rocas se ven mil pedazos de los barcos destrozados. Flotando en el mar, que ahora está calmo como si fuera un espejo de cristal, se ven los cuerpos inmóviles de los marineros. Ni uno solo se ha salvado.

El rostro de Josafat muestra el dolor y la tristeza de aquel que sabe que ha hecho algo muy malo. Mira esos trozos de las embarcaciones. Observa esas velas hechas pedazos y comienza a llorar como si fuera un niño.

Un año después Josafat comienza a construir otra flota. El rey Ocozías se entera del plan. Manda un emisario de alto cargo con un mensaje para Josafat:

Estimado cuñado. Me he enterado de tu nuevo proyecto de construir una flota. Sinceramente creo que es un proyecto muy bueno y que va a tener un excelente resultado. Nuestro antepasado común, el sabio rey Salomón, tenía una flota y esto ayudó mucho a la economía nacional (**1 R 10:22**). Creo que el accidente que sucedió hace un año fue una casualidad, debido al “mal tiempo” y a la falta de experiencia de tus marineros. No me cabe duda de que esa experiencia anterior va a brindarte mucho beneficio hoy. En forma desinteresada te ofrezco mi colaboración en este proyecto. Propongo específicamente: *“que vayan mis servidores con tus servidores en los barcos”* (**1 R 22:49**).

Cuando la respuesta de Josafat llegó a Ocozías, este último no puede comprender qué está sucediendo. En forma amable pero terminante Josafat ha rechazado la invitación (**1 R 22:48-49**).

Nota aclaratoria: La escena de la inauguración de la flota y la tormenta no están literalmente registradas en el texto bíblico; sin embargo, es muy probable que algo así ocurriera.

La historia bíblica y nosotros

De una u otra forma, todos hemos tenido que lamentar los “naufragios” que han ocurrido en nuestra vida. El que más o el que menos ha tenido que ver (como suponemos lo hizo Josafat) los restos y desechos de un proyecto que terminó en desastre o aun en tragedia. Algunos tienen “hundimientos” que son relativamente pequeños. Es como si el barco no fuera muy grande. Se pueden recobrar fácilmente de la pérdida y quizá hasta olvidarla. Otros, sin embargo, tienen “grandes naufragios”. En un sentido simbólico, la crisis ha sido tan profunda que nunca más se recuperan.

Josafat fue un hombre piadoso. Uno de los mejores reyes que tuvo Judá. Sin embargo su debilidad fueron las malas compañías. En especial la relación que tuvo con el impío rey Acab y después con el hijo de este, Ocozías. De acuerdo a las palabras de Mathew Poole: “Él cayó nuevamente en el mismo pecado, en parte por la relación contraída por las dos familias y también por el carácter tranquilo y dulce de Josafat”.

Lo hemos visto antes en su relación con el maligno rey Acab que terminó en la muerte de éste y casi en la suya también. Parecería que aún no ha aprendido la lección porque se asocia con su hijo, el también inicuo rey Ocozías. Este era *“dado a la impiedad”* (**2 Cr 20:35**). Su reinado solo dura dos años.

El proyecto del viaje conjunto para ir a Tarsis (o Tartessus) era muy prometedor. Ese puerto era uno de los más importantes y donde se podía encontrar todo lo que a uno se le ocurriera. Oro, plata, monos, pavos reales **(2 Cr 9:21)**.

El apóstol Pablo habla claramente sobre el peligro de ciertas “amistades o compañerismos” **(2 Co 6:14-16)**.

La contribución de Josafat la podemos medir entonces no solamente por su devoción, sus oraciones y su comportamiento durante las crisis militares sino también por su aporte al bienestar social de su pueblo.

Probablemente uno de los aspectos más importantes del reinado de Josafat fue el establecimiento de un poder judicial accesible a todos los ciudadanos en el país. Sin un sistema judicial recto el país sufre grandemente. Los abusos de los “poderosos” sobre los que no lo son se intensifican. Todos los niveles de la sociedad son afectados en forma muy negativa cuando esto sucede. El no tener un acceso fácil a las cortes o juzgados es un modo indirecto de privar a los ciudadanos de sus derechos.

Es muy probable que en toda la historia del pueblo hebreo, Josafat estableciera las reformas más grandes del sistema judicial **(2 Cr 19:5-11)**.

1) Se establecen jueces “*en todas las ciudades fortificadas de Judá*” **(2 Cr 19:5)**. De esta forma se facilita el acceso al sistema judicial.

2) Responsabiliza a los jueces indicándoles que su función es “*juzgar en lugar del Señor*” **(2 Cr 19:6)**.

3) Remarca la necesidad de depender de la sabiduría de Dios, ya que les dice: “*Mirad lo que hacéis, porque no juzgáis en lugar del hombre, sino en lugar del Señor, quién estará con vosotros en materia de juicio*” **(2 Cr 19:6)**.

4) Jerarquiza la importancia del temor reverencial del Señor en su funciones **(2 Cr 19:7)**.

5) Responsabiliza a los jueces delante de Dios de todas sus acciones **(2 Cr 19:6-7) (Hab 1:4) (Lc 18:3-5)**.

6) Enfatiza las condiciones imprescindibles del juez insistiendo que “*en Dios no hay maldad, ni distinción de personas, ni aceptación de soborno*” **(2 Cr 19:7)**. El juicio debe ser imparcial y el soborno tiene que ser eliminado **(Am 6:13) (Mi 7:3)**. Estos principios no son completamente aplicados hoy en muchas partes del mundo.

7) Insiste en que el sistema judicial tiene que ser ejecutado con “*el temor del Señor, fidelidad y corazón íntegro*” **(2 Cr 19:9) (Sof 3:3)**.

El reinado de Josafat, de 25 años de duración, tiene un buen impacto espiritual en el país.

Es llamativo que durante la administración de Josafat aparecen tres profetas que van a tener una influencia importante.

El primero es Micaías que le anuncia la derrota contra las fuerzas sirias y la muerte de Acab. Tristemente, aquí Josafat muestra su falta de resolución al no impedir que el profeta sea encarcelado **(2 Cr 18:26)**. Después aparece el levita Yahaziel, quien le vaticina el triunfo contra las fuerzas de los tres reinos invasores y lo anima de una manera excepcional **(2 Cr 20:17)**. Por último, el profeta Eliezer, quien lo amonesta por su asociación con el impío rey Ocozías **(2 Cr 20:37)**.

Josafat tuvo el privilegio de tener hombres de Dios que en los momentos importantes de su vida lo corregían o lo alentaban **(He 12:9)**.

Es interesante que las cinco cosas principales que había en Tarsis tienen también un significado casi simbólico (**1 R 10:22**):

- Oro y plata. Ambos tipifican el materialismo y las riquezas.
- Marfil. Esto expresa lo que es exquisito y aun el aislamiento: la “torre de marfil” de la realidad social (**Am 3:15**) (**Am 6:4**). También se menciona en la Odisea de Homero.
- Monos. Estos animales siempre nos hacen reír. Hay una alusión a la diversión superficial y trivial.
- Pavos reales. Encarnan muy bien la vanagloria de la vida.

Notas al margen

La ciudad de Tarsis (Tartessus) estaría en las proximidades de la actual ciudad de Cádiz (España). Otros opinan que se refiere a un tipo de embarcación más que a un lugar determinado: “Barcos como los que van a Tarsis, que eran construidos para largos viajes”.

Hay controversia en cuanto a la situación de Ofir. Se plantea una posición en el sur de Arabia, en Egipto, Somalia. Se piensa aun en la India.

Josafat se menciona en la genealogía de nuestro Señor (**Mt 1:8**). Ezión-geber queda a tres kilómetros al noroeste de Aqaba, Jordán.

El líder que hay en mí

La famosa Armada Invencible de Felipe II (1588) y la flota de Tarsis de Josafat tenían muchas esperanzas pero las dos fracasaron en su objetivo.

El líder tiene que reconocer que la participación con otros dirigentes que no tienen temor de Dios o que están abiertamente en contra de su Palabra no va a tener la bendición del Señor (**2 Co 6:14-15**). Tenemos que recordar todo el tiempo que *“la bendición del Señor es la que enriquece y no añade tristeza con ella”* (**Pr 10:22**). Josafat lo aprende de la manera dura. Muchas veces existe la tendencia en admitir en los ministerios de la iglesia a personas que no comparten en absoluto los principios cristianos. El líder espiritual no lo aprobará.

Por ejemplo, la consejería sobre temas sexuales o conflictos de matrimonio realizada por un psicólogo humanista que niega la autoridad de la Biblia no puede ser parte del “ministerio” de la iglesia o de la organización religiosa.

Josafat erró grandemente en esto y el resultado fueron los barcos destruidos. Sin embargo, él aprendió la lección y rehusó una nueva empresa con el rey Ocozías quien no tenía temor reverencial de Dios.

Cuando el líder es confrontado por hermanos de autoridad y de experiencia documentada tiene que escuchar y estar dispuesto a no repetir el error. Josafat fue un buen ejemplo en esto. Él aprendió la lección.

Tormentas en el mar y naufragios que aparecen en las Escrituras

- La tormenta perfecta (**Sal 107:23-30**).
- El naufragio de los barcos de Josafat (**2 Cr 20:37**).

- Jonás, la tormenta y el barco que casi se rompe (**Jon 1:4**).
- El naufragio que no ocurrió. Los discípulos con el Señor en la barca durante la tempestad (**Mt 8:25**).
- El naufragio de Pablo: “*todos llegaron salvos a tierra*” (**Hch 27:44**).
- El naufragio de la fe: Himeneo y Alejandro. Este naufragio es el peor de todos (**1 Ti 1:19**).

Temas para el estudio en grupo

- El yugo desigual.
- Relaciones de liderazgo y el temor del Señor.

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué acusa el profeta Eliezer a Josafat y por qué lo hace?
2. ¿Qué le profetiza que va a ocurrir como consecuencia de su desobediencia?
3. ¿Qué le contesta Josafat a Ocozías cuando éste lo invita a hacer otra flota naval conjunta? (**1 R 22:49**).
4. ¿Por qué quieren ir a Tarsis? (**2 Cr 9:21**).
5. ¿Cómo se relaciona el mensaje de Eliezer con la enseñanza del apóstol Pablo en cuanto a relacionarnos con los impíos? (**2 Cr 20:37**) y (**2 Co 6:14-18**).
6. ¿En qué consiste la gran reforma del sistema judicial que hace Josafat?
7. ¿Cuáles son los tres profetas que aparecen durante el reinado de 25 años de Josafat?
8. ¿Por qué no está bien participar en proyectos de evangelización con otras personas que no tienen temor reverencial de Dios?

Joás y la danza con lobos (2 Crónicas 24)

El sacerdote Zacarías está indignado. Una gran multitud se ha reunido frente al templo. El rey Joás con todos sus ministros está presente. Esa mañana el *“Espíritu de Dios invistió a Zacarías”* (2 Cr 24:20).

El rey Joás escucha con atención. Hacía mucho que conocía a Zacarías. La madre del siervo de Dios le había salvado la vida cuando la impía reina Atalía mató a toda la familia real. Zacarías había sido para él como el hermano mayor, aunque era mucho mayor que él. A Joás siempre le había impresionado la seguridad y firmeza del sacerdote Zacarías. El sumo sacerdote Joyada, padre de Zacarías, falleció luego de haber vivido una larga vida.

Hacía unos meses los “nobles” habían pedido al rey Joás más “tolerancia” y más libertad de culto.

Ese mismo rey que durante su juventud había sido un fiel defensor de la causa del Señor ahora se había “enfriado”.

Toda la multitud observa a Zacarías, quien se ha puesto en un lugar alto. Cuando el hombre de Dios levanta su mano para hablar, todos se callan. El silencio es profundo. Con voz firme Zacarías dice: *“Así ha dicho Dios”*.

Hacía mucho tiempo que no se escuchaban estas palabras tan solemnes. La mayoría de la gente había llegado a la conclusión de que Dios no estaba realmente muy interesado en los asuntos de los seres humanos. El mensaje del profeta es terminante: *“¿Por qué quebrantáis los mandamientos del Señor?”* (2 Cr 24:20).

No hay respuesta. Hasta se puede escuchar el zumbido de los moscardones volando. El monarca se muerde nerviosamente los labios. Con su dedo el profeta apunta en forma sucesiva al rey Joás y a todos su cortesanos. Con voz tronante continúa: *“No prosperaréis; porque por haber abandonado al Señor, él también os abandonará”* (2 Cr 24:20) (2 Ti 2:12).

Algunos de la multitud se sonríen entre ellos. Uno de los jefes de Judá le da un codazo a su amigo, mientras le dice:

— Otra vez. Ahí está este fanático con sus cosas.

El otro le responde:

— Es un anticuado; no sabe adaptarse a los cambios; no se da cuenta de que los tiempos han “evolucionado”.

El rey Joás está iracundo. Tiene miedo de que el “optimismo” del pueblo y la moral del ejército vayan a sufrir con este atropello. Al rey le suena muy pesimista esta prédica de que: *“por haber abandonado al Señor, él también os abandonará”*.

Unos días después de este incidente, los príncipes se presentan delante del rey. Los conspiradores exponen su causa.

— Majestad — dicen con mala fe —, ese sacerdote Zacarías se ha puesto muy impertinente predicando en contra de la “libertad de culto”. No muestre ninguna “tolerancia”.

El rey Joás, de la misma forma como actuó Pilato muchos años después, titubeó al escuchar esta acusación contra el profeta Zacarías, pero no lo defendió. Después de

todo, Zacarías ha sido como una espina que le ha molestado continuamente. Sin embargo, no es tan fácil eliminar a Zacarías porque muchos en el pueblo lo respetan y admiran.

Zacarías es traído a juicio enfrente del mismo templo donde los había confrontado. Se han presentado nuevamente testigos falsos que tergiversan las palabras del sacerdote. Se plantea que ha cometido un grave delito contra la ley de Moisés al predicar que “Dios va a abandonar a su pueblo escogido”. Zacarías no cede ni un milímetro. Se le acusa de traición a la patria, a la religión, de fanatismo y extremismo.

Se le amenaza para que se retracte. Sin embargo, el sacerdote no lo hace. El mensajero del Señor se dirige al pueblo una vez más; desde ese lugar alto reitera el mensaje de Dios para todo el pueblo. El rey Joás vacila. Zacarías es hijo de la mujer que una vez le salvó la vida y del hombre que había sido tan bueno con él (**2 Cr 24:22**). Observa los rostros malévolos de sus ministros. Los ojos de ellos son puñales filosos. El rey piensa que sin el apoyo de los príncipes su gobierno caerá inmediatamente. Es como si en su mente escuchara una voz que le dice: “Hay que defender el país cueste lo que cueste”.

El monarca hace un gesto con su mano; las piedras pesadas del odio y la maldad empiezan a caer sobre el cuerpo de Zacarías. Los príncipes aprueban con una gran sonrisa. Antes de expirar el Sacerdote exclama en voz alta: “*¡El Señor lo vea y lo demande!*” (**2 Cr 24:22**).

El monarca da la orden:

— ¡Llévense el cuerpo y sepúltenlo! Limpien bien el piso para que no quede ninguna mancha. Aquí no ha pasado nada.

Zacarías ha caído muerto a corta distancia del lugar donde años atrás su madre, aun arriesgando su vida, ocultara a Joás, el niño príncipe, para salvarlo de la muerte.

Zacarías se ha convertido en uno de los dos mártires destacados por el Señor Jesucristo (**Mt 23:35**).

Ha pasado un año después de la muerte de Zacarías. El rey es informado de que un ejército enemigo viene de Siria. No es un ejército muy grande. Joás ordena que el ejército de Judá se prepare para la batalla. Y se reúne con los comandantes.

— General — pregunta el soberano —, ¿qué nos puede informar del enemigo?

— No se preocupe majestad — responde el militar —, nuestros informes nos dicen que es un ejército pequeño. No vamos a tener ningún problema en aniquilarlo.

El rey Joás se frota las manos que todavía están manchadas con la tinta indeleble del asesinato, mientras dice:

— Les vamos a dar una lección a los sirios.

Pero lo que Joás no sabe es que el Señor ya se ha apartado de él.

La batalla termina en una derrota total del ejército de Judá. El rey de Siria se dirige ahora contra Jerusalén y Joás no tiene más remedio que darle todo el oro y la plata que hay en el templo (**2 R 12:18**). Uno por uno los príncipes que conspiraron contra Zacarías caen al filo de la espada siria (**2 Cr 24:23**).

Joás recibe la penosa lección de que es el Señor el que da la victoria, y que sin su poder no se puede ser exitoso. Su salud también se ha quebrantado. Está muy enfermo (**2 Cr 24:25**).

Un tiempo después, dos de sus servidores lo matan cuando está en la fortaleza en Milo (**2 R 12:20**).

La historia bíblica y nosotros

Algunos hombres han fallecido en un lugar de vicio o pecado. Zacarías murió en un lugar santo entre el altar y el santuario. El Señor le dio el privilegio de dar el último respiro en el lugar que él más amaba.

Las vidas de Joás y Zacarías se parecen a un camino que se divide en dos sendas que se separan. Al principio tenían cosas en común pero después se separaron mucho. El camino de Zacarías fue hacia las cumbres de las montañas espirituales, el de Joás fue un deslizadero (“barranca abajo”) que terminó en un precipicio mortal.

La existencia de Joás fue ensombrecida por la violencia y el puñal.

Dos veces, al principio y al fin de su vida, empuñaron el puñal contra él. La primera vez su tía le salvó la vida cuando su abuela, la impía Atalía, estaba exterminando la casa real (**2 Cr 22:11**).

Siendo ya rey, Joás utilizó el apedreamiento contra el sacerdote Zacarías.

¿Qué fue lo que provocó que este rey que empezó bien se desviara? Es probable que Joás no fue una persona de convicciones profundas; y, al igual como ocurre con la caña del mimbre, fue fácil de doblar (**Ef 4:14**).

Quizá el mal ejemplo de la negligencia de los sacerdotes le fue carcomiendo su fidelidad al Señor (**2 Cr 22:5**).

Joás comenzó su reinado a los siete años bajo la severa tutela del sumo sacerdote Joyada. La influencia de este hombre consagrado sobre el joven monarca fue muy positiva.

Inició su ministerio para el Señor encargando a los levitas recoger ofrendas para el templo. Cuando el rey tenía 30 años se encargó personalmente de la restauración del templo (**2 R 12:6-7**). El estado espiritual ha caído tan bajo que la Escritura nos dice: *“Pero los levitas no pusieron diligencia”* (**2 Cr 24:5**). La decadencia era muy grande. Se habían robado los utensilios de oro y plata del templo. *“Los hijos de la malvada Atalía habían arruinado la casa de Dios, y también habían empleado para los Baales todas las cosas sagradas de la casa del Señor”* (**2 Cr 24:7**).

Bajo los auspicios del joven rey hay un “entusiasmo” espiritual. Los cofres se empiezan a llenar rápidamente con ofrendas generosas (**2 Cr 24:10**). Hay fervor por las cosas de Dios.

Joás toma las ofrendas y las dirige directamente a los obreros que trabajan en la reconstrucción. Estos reciben sus salarios y hacen su trabajo con fidelidad y esmero. El fervor y la integridad de los restauradores es tal que no se *“pedían cuentas a los hombres en cuyas manos era entregado el dinero... pues ellos actuaban con honestidad”* (**2 R 12:15**).

El proyecto finaliza y *“restauraron la casa de Dios a su primer estado y la reforzaron”* (**2 Cr 24:13**).

Se llega a la cima cuando la Escritura dice: *“Continuamente ofrecían holocaustos en la casa del Señor, todos los días de Joyada”* (**2 Cr 24:14**).

La calma antes de la tormenta se presiente con las palabras: *“entonces Joyada murió lleno de días”* (2 Cr 24:15). Cuando Joyada estaba cerca de Joás, el Rey andaba bien. Sin embargo, cuando el Sacerdote muere, en su buena vejez, todo se desmorona. Joás es una de esas personas que no tiene en sí mismo un cimiento firme. Joás funcionó correctamente cuando tuvo cerca a Joyada, su soporte humano.

Nos damos cuenta de que las cosas no andan muy bien cuando el Rey que ahora tiene treinta años, usa términos drásticos al dirigirse al sacerdote Joyada y a los clérigos. Prácticamente los acusa de negligencia (2 R 12:6-7). Joyada es un hombre muy anciano y los efectos del paso de los años se dejan ver (2 Cr 24:15).

En relación con la muerte del sacerdote Zacarías, el texto dice: *“conspiraron contra él”* (2 Cr 24:21). Esto nos sugiere la premeditación en vez de una reacción inmediata a su discurso.

Nos preguntamos: ¿Por qué Dios envía a su siervo con un mensaje cuya proclamación le va a causar la muerte? Algo similar sucede en la vida del apóstol Pablo cuando está por ir a Jerusalén y le aconsejan que no vaya, y él dice: *“Porque yo estoy listo no sólo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús”* (Hch 21:13).

A través de los siglos, Zacarías, Juan el Bautista y Jacobo son un ejemplo de fidelidad y cometido. Estos son héroes de la fe que perdieron su vida por mandato de distintos monarcas (Mt 10:38-39).

La tradición hebrea dice que Joás cometió siete pecados al matar a Zacarías:

- Mataron a un sacerdote.
- Mataron a un profeta.
- Mataron a un juez.
- Derramaron sangre inocente.
- Contaminaron el atrio del templo.
- Profanaron el sábado.
- Profanaron el día de la expiación, porque según su tradición fue en ese día que esto sucedió.

El crimen no quedó sin castigo y los príncipes que se conjuraron para matarlo, un año después también son muertos (2 Cr 24:23) (Ga 6:7).

La Escritura condena a Joás no solo por el crimen que cometió, sin también por la ingratitud. No tuvo escrúpulos de matar al hijo de aquella mujer que le salvó la vida (2 Cr 24:22).

Cuando pensamos en que probablemente se criaron en la misma casa me hace recordar aquel dicho: “Los tigres, aunque se los críe desde chicos, son tigres”.

Barton Payne acertadamente compara la vida de Joás con la trayectoria de Israel como nación. Al principio, Joás es fiel al Señor; pero después se descarrila; en forma progresiva mata a los profetas enviados por Dios, termina siendo destruido por sus enemigos.

El veredicto final de su vida tuvo una seria limitación: *“Joás hizo lo recto ante los ojos del Señor todo el tiempo del sacerdote Joyada”* (2 Cr 24:2).

Vemos una vez más la gracia de Dios que reconoce lo que Joás hizo de recto (o lo bueno o justo), que fue mucho. La gran maldad que cometió hacia el final de su vida no elimina totalmente lo recto que hizo.

Algunos quizá empezamos muy bien pero luego cambiamos el curso y caemos en serios pecados. ¡Qué precioso es saber que el Señor en su misericordia perdona a aquel que realmente arrepentido se torna a él! (**Is 1:18**).

Probablemente ninguno de nosotros hubiera reconocido nada de bueno en Joás después de un pecado tan despiadado y bárbaro.

Un detallado análisis de la restauración del templo se encuentra el (**2 R 12**).

¡Dios pesa con balanzas que son muy distintas a las nuestras, pero que siempre son perfectas por su gracia y misericordia!

Joás, que empezó como un rey que hizo lo recto, abandonó el buen camino; su nombre quedará marcado por el resto de la historia del ser humano como uno que asesina a un profeta de Dios. Ni siquiera sus huesos tuvieron el destino que debieron tener como descendiente del rey David.

Una vez más quedamos maravillados de la gracia de Dios y nos unimos a las palabras del profeta Jeremías: *“Por la bondad del Señor es que no somos consumidos, porque nunca decaen sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”* (**Lm 3:22-23**).

La gravedad de esta historia, la de un hombre que empezó tan bien y terminó tan mal, nos hace acordar las palabras de Pablo: *“El que piense estar firme, mire que no caiga”* (**1 Co 10:12**).

Sin embargo, al final de su vida ni el mismo apóstol Pablo consideraba la derrota como una opción. Por el contrario, él nos alienta a perseverar diciendo: *“He peleado la buena batalla; he acabado la carrera; he guardado la fe”* (**2 Ti 4:7**).

Una vez más nos inclinamos en oración en agradecimiento a nuestro Padre Dios por la obra del Espíritu Santo (**Jn 16:7**) y por la intercesión continua del Señor Jesucristo (**He 7:25**).

Notas al margen

Los jefes (príncipes) se acercan al rey Joás y le ofrecen su lealtad (**2 Cr 24:17**). Es probable que a cambio de su apoyo ellos solicitaran que se les permitiera adorar en sus lugares de habitación. Se usaría la excusa de evitar los traslados e inconveniencias de ir a Jerusalén en forma regular. Esto que habían hecho antes sus padres y que parecería muy inofensivo les permitiría después adorar a la divinidad de su elección.

No está claro si el problema de la salud de Joás (**2 Cr 24:25**) es una “enfermedad natural” o si ha sido herido por los sirios. El hecho de que se refiera específicamente que esto sucede luego de que los sirios se alejan de él plantea la posibilidad de alguna enfermedad tipo epidemia, como la peste o tifus que eran muy comunes durante las campañas militares. La palabra hebrea “*makjlúi*” sugiere una enfermedad o dolencia, algo mucho más allá que las heridas. Las versiones Vulgata de los “setenta”, y Reina Valera de 1960 utilizan la palabra hijos sugiriendo que no solamente Zacarías fue muerto, sino también sus hermanos.

Algunos expositores creen que este Zacarías es el mencionado por el Señor Jesús en (**Mt 23:35**). Otros no están de acuerdo. El sacerdote Zacarías citado en 2 Cónicas sería hijo de Berequías y nieto de Joyada. Otros creen que es el autor del penúltimo libro del Antiguo Testamento. La muerte de Joyada a los 130 años es muy inusual. Sin embargo, se conocen casos de personas que vivieron hasta esa edad.

El líder que hay en mí

El rey Joás fue un líder que necesitaba “apoyo” espiritual. Cuando este apoyo desaparece se produce la catástrofe. El sacerdote Zacarías se nos presenta aquí como el verdadero líder espiritual de la nación. Es uno de los ejemplos más prominentes de aquellos que dieron su vida por su fidelidad al Señor. Sin duda que él no ignoraba que esto le podía suceder, pero aun así escogió ser fiel a su Dios.

Temas para el estudio en grupo

- La influencia que el buen ejemplo (Joyada) tiene en los jóvenes.
- La importancia de servir bien al Señor hasta el final.
- El significado de lo que es padecer oposición por mantenerse fiel al Salvador.
- La ley de la siembra y la cosecha. En esta historia se cumple el principio bíblico: *“todo lo que el hombre siembre, eso mismo cosechará” (Ga 6:7).*

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuál era la relación de “parentesco” entre el sacerdote Zacarías y el rey Joás?
2. ¿Qué mensaje del Señor trajo el sacerdote Zacarías? (**2 Cr 24:20**).
3. ¿Por qué Joás pierde su batalla contra los sirios? (**2 Cr 24:24**).
4. De acuerdo con la tradición hebrea, cuáles son los siete pecados que Joás cometió al matar a Zacarías (**2 Cr 24:23**).
5. ¿Qué clase de líder fue Joás?

Cardos altivos y cedros orgullosos (2 Crónicas 25:1-17) (2 Reyes 14:1-22)

— General — dice el rey Amasías —, necesitamos cien mil hombres más para pelear contra nuestro fuerte enemigo, el ejército de Edom.

— Majestad — responde el general —, por cien talentos de plata conseguimos regimientos extras de Israel para hacer esta campaña.

Pasan los meses y finalmente llegan los cien mil valientes pero indisciplinados soldados del Reino del Norte.

Cuando falta muy poco para salir a la guerra un profeta osadamente se presenta delante del monarca y le dice: *“Oh rey, que no vaya contigo el ejército de Israel... Aunque tú fueras y te esforzaras en la batalla, Dios te haría fracasar delante del enemigo”* (2 Cr 25:7-8).

— ¿Me está diciendo que cien mil aguerridos soldados más no harán ninguna diferencia en el combate?

El siervo de Dios con voz segura prosigue:

— En Dios hay poder para ayudar o para hacer fracasar.

El rey está inseguro de lo que debe hacer. Ha pagado una gran fortuna al monarca del país vecino (y enemigo potencial) por ese ejército mercenario.

— Señor profeta — cuestiona el rey —, usted me ha convencido, pero a mí no me gusta malgastar el dinero. Yo pagué 3.400 kilogramos de plata; esa es una gran inversión y no quiero perderla.

— Majestad — responde el hombre de Dios —, el Señor le puede dar mucho más que eso.

El rey despide a las tropas de Israel que se retiran descontentas y ofendidas.

Amasías sale a la batalla contra los hijos de Edom (Seir) y obtiene un contundente victoria con más de diez mil bajas del lado enemigo.

Mientras tanto, las tropas de Israel que Amasías había “despedido” aprovecharon la ausencia del ejército para saquear las ciudades y matar a más de tres mil personas.

Al volver a Jerusalén, Amasías examina cuidadosamente el despoje de guerra que ha obtenido en su acción bélica contra Edom. Se queda estupefacto al ver la hermosura artística de los dioses paganos del enemigo. Están labrados con un cuidado exquisito. Representan ídolos mitológicos con cabeza de un animal y cuerpo de otro. Cuanto más observa Amasías esas efigies, más le fascinan. Parecería que esos muñecos diabólicos tuvieran un poder hipnótico. El rey no puede apartar los ojos de ellos. En las largas noches no puede conciliar el sueño. Esas imágenes infernales que han sido adoradas por siglos y siglos aparecen vez tras vez en su mente. Finalmente, quizá en una tarde gris y lluviosa, como si una fuerza invisible e irresistible lo arrastrara, va de nuevo al lugar donde ha colocado todos esos ídolos y se arrodilla delante de ellos, y los adora. Luego les quema incienso (2 Cr 25:14).

La respuesta divina es inmediata: *“El furor del Señor se encendió contra Amasías”* (2 Cr 25:15).

El Señor envía otro de sus siervos con un mensaje para Amasías. El mensajero del Señor se para delante del rey Amasías y sin rodeos le dice:

— ¿Por qué has acudido a los dioses de ese pueblo que no pudieron librar a su pueblo de tu mano?

El Rey se pone furioso y con cinismo le responde:

— ¿Te hemos puesto a ti por consejero del rey? ¡Cállate! ¿Por qué te han de matar?

Luego, con voz grave y una sonrisa siniestra en su boca el rey Amasías dice:

— No me obligues a hacer lo que mi padre le hizo al sacerdote Zacarías **(2 Cr 24:20-22)**.

El valeroso profeta no enmudece. Mira al rey Amasías con toda tranquilidad. Dirige su mano hacia él y exclama:

— Yo sé que Dios ha decidido destruirte, porque has hecho esto y no has escuchado mi consejo **(2 Cr 25:16)**.

El mensajero del Señor repite:

— Yo no voy a ser destruido. Dado que usted ha rehusado mi consejo, usted es el que va a ser destruido.

El profeta se retira mientras que el rey Amasías enfurecido golpea repetidamente con su puño cerrado una mesa cercana. Sin embargo, no se anima a cumplir su amenaza contra el mensajero del Señor.

El triunfo contra Edom le ha dado al rey Amasías la falsa idea de que su ejército puede realmente hacer grandes proezas. Después de todo, sus capitanes han entrenado cuidadosamente al ejército. El rey Amasías ha disfrutado el halago y la lisonja barata de aquellos que lo felicitaban una y otra vez por su “brillante victoria y su perfecta estrategia”.

Unos meses después, Amasías reúne a todos los comandantes. Deciden ir a la guerra contra Joás, el rey de Israel. Amasías, como un descendiente directo del rey David, trata de recuperar el territorio que perdieron en el pasado y que él cree aún le pertenece.

El mensaje de Amasías a Joás dice: “*¡Ven, y veámonos cara a cara!*” **(2 Cr 25:17)**. Cuando Joás recibe el mensaje se enoja. Destroza en pedazos el manuscrito y lo tira al fuego. Después de pensarlo bien envía un emisario con una carta.

Al recibirla, Amasías ordena a su secretario que la lea. Es una especie de fábula y parábola al mismo tiempo: “*El cardo que está en el Líbano mandó a decir al cedro que está en el Líbano: Da tu hija a mi hijo por mujer*” **(2 Cr 25:18)**.

— Majestad — dice el secretario —, ¡mire qué honor. El rey de Israel lo compara a usted con la fortaleza, hermosura y grandeza de un cedro!

El secretario, en su ingenuidad, había entendido al revés la comparación. Sin embargo, el rey Amasías se da cuenta del error.

El monarca se ruboriza. Nunca en su vida había sido comparado con algo de tan poco valor como un cardo.

— ¡Quién se cree que es este...! — protesta con vehemencia Amasías . ¡Cómo se atreve a compararme con un cardo y compararse a sí mismo con un cedro!

El ayudante continúa leyendo el mensaje: “*Entonces pasó una fiera salvaje del Líbano y pisoteó el cardo*” **(2 Cr 25:18)**.

— ¿Quién es este insolente para que me rebaje al nivel de un cardo? — pregunta Amasías enojado —. ¡Yo soy el rey de Judá! ¡Yo tengo un gran ejército! ¡Yo soy el descendiente del rey Salomón! ¡Le voy a enseñar a este impertinente quién soy yo...!

La historia bíblica y nosotros

El profeta le enseña a Amasías que en Dios hay poder para ayudar. El apóstol Pablo desarrolla este mismo precepto al decir: *“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?... en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Ro 8:31,37).*

La segunda parte de la enseñanza del profeta nos da una alerta muy seria. La enseñanza es que el Señor tiene poder para hacer fracasar **(2 Cr 25:8)**.

Es triste ver el proceso de retroceso espiritual de Amasías. Cuando viene el primer profeta lo escucha y se somete al mensaje. Cuando aparece el segundo no le presta atención; se enoja y lo amenaza de muerte. El tercer “enviado” para hablar con Amasías es el mismo Joás, el rey enemigo, quien le aconseja que no se involucre en una guerra. En esta ocasión Amasías tampoco obedece. Observamos la misericordia de Dios dándole tres oportunidades para cambiar su proceder.

La expresión: *“El Señor puede darte mucho más que eso” (2 Cr 25:9)* tiene hoy una gran aplicación práctica. A veces, el creyente debe tomar una decisión pero duda porque se da cuenta de que hay elementos cuestionables o sospechosos que podrían interferir con su fe o su moral. A menudo, el creyente cree que si no da ese paso ahora nunca más tendrá otra oportunidad para lograr ese objetivo. Un ejemplo de esto puede ser entrar en un noviazgo o casamiento con una persona de cuestionable reputación, o aceptar una oferta de empleo en un lugar donde se realizan ciertas prácticas que son controversiales con la fe.

Amasías fue hijo del piadoso rey Joás. El texto sagrado enseña: *“Él [Amasías] hizo lo recto ante los ojos del Señor, aunque no con un corazón íntegro” (2 Cr 25:2)*. En el alma de Amasías había una lucha constante entre el hacer o no hacer lo recto ante los ojos de Dios.

A los 25 años es coronado como rey de Judá. Al consolidarse en el poder sentencia a muerte a los asesinos de su padre. No hizo lo que otros monarcas hubieran hecho, aniquilar a todos los familiares de los criminales. Acató la ley de Dios que determina: *“Los padres no morirán por culpa de los hijos, ni los hijos morirán por culpa de los padres...” (2 Cr 25:4) (Dt 24:16)*.

Sin embargo, como resultado de su pecado de idolatría, *“el furor del Señor se encendió contra Amasías” (2 Cr 25:15)*.

Es entonces que viene ese valiente siervo del Señor y predice una ruina total. Tristemente, Amasías amenaza da muerte al profeta en vez de arrepentirse.

Observamos cómo Dios utiliza y coordina los eventos terrenales y las decisiones humanas para que sus propósitos se cumplan.

En su orgullo Amasías provoca a Joás, el rey de Israel, a la guerra. Olvida el principio bíblico que señala: *“Dios resiste a los soberbios pero da gracia a los humildes” (1 P 5:5)*.

Amasías desconoce el sabio precepto: *“Al hombre le es honroso apartarse de la contienda, pero todo insensato se envolverá en ella” (Pr 20:3)*.

El rey Joás, quien también ignora la humildad y la modestia, le responde: *“El cardo que está en el Líbano mandó decir al cedro que está en el Líbano...”*.

Como es normal en las fábulas, el cardo y el cedro no solo tienen la virtud de hablar sino que también ambos tienen hijos que se pueden dar en casamiento a la usanza humana. Nos preguntamos: ¿Cuál es el propósito del Señor en mantener este relato tan inusual en el texto bíblico que proviene nada menos que de la boca de un impío? Sin duda es para nuestra enseñanza.

Amasías se siente ofendido y humillado. ¡Qué fácil es reaccionar mal cuando nuestro orgullo ha sido tocado! Siglos después nuestro Salvador va a enseñar: *“Reconcíliate pronto con tu adversario mientras estás con él en el camino” (Mt 5:25)*.

Joás está tan confiado de sí mismo y se siente tan poderoso que le aconseja a su rival que se “quede en su casa”.

Dos personas orgullosas se han encontrado. Amasías, que en el pasado había sido temeroso de Dios, y Joás que no lo había sido, sí manifestó respeto hacia el profeta Eliseo (**2 R 13:14**). Joás es el que va a ganar la batalla.

Dios utiliza la derrota en la contienda para disciplinar al rey de Judá y a su pueblo que se han dado a la apostasía: *“El Señor disciplina al que ama” (He 12:6)*.

Una historia de fidelidad al Señor en el pasado no nos garantiza su bendición si hemos caído en desobediencia voluntaria y nos rehusamos al arrepentimiento.

¡Qué triste es ver cuando un hijo de Dios que “antes corría bien” se aparta de los caminos del Señor como lo hizo Amasías! Dé allí en adelante va a tener una catástrofe después de otra. No es que los creyentes no tengan dificultades y tragedias pero poseen la paz del Señor aun en medio de los conflictos más grandes. Dice la Escritura: *“No temeremos aunque la tierra tiemble” (Sal 46:2)*.

Se presagia la tragedia final en la frase: *“Desde el tiempo en que Amasías se apartó del Señor, hicieron una conspiración contra él en Jerusalén. Él huyó a Laquis... y lo mataron allí” (2 Cr 25:27)*.

Amasías, de la misma manera que su padre, es asesinado por conspiradores.

Concluye la narración con que el cardo vive 15 años más que el cedro. Al final, los dos, como en el caso del árbol del sueño de Nabucodonosor, cayeron (**Dn 4:23**).

Esta historia es sombría y solemne. Sin embargo, en medio de esta cerrazón hay ciertos elementos en los que hay cierta “luminosidad”. Este es el caso del buen rey Uzías, hijo de Amasías. Aunque Uzías no fue irreprochable aprendió la lección del fracaso de su padre y nunca cometió idolatría.

A pesar de sus fallas y su pecado, la Escritura dice: *“Amasías... hizo lo recto ante los ojos del Señor...” (2 Cr 25:1-2)*. Esto nos permite suponer que al final de su vida se arrepintió y se volvió al Señor. ¡Qué pena que la Escritura también agrega: *“... aunque no con un corazón íntegro”* (versículo 2).

Con humildad nos preguntamos cuál será el veredicto final de Dios en nuestra vida. No en cuanto a nuestra salvación que sabemos que no se puede perder (**Jn 10:28**), sino en cuanto a nuestra fidelidad a Señor.

Matthew Henry lo expresa claramente: *“Él no era un hombre de una seria piedad o devoción... no tenía ningún celo por los ejercicios de la religión. No era un enemigo, pero sí un amigo indiferente y frío. Tal es el carácter de muchos en esta edad de Laodicea”*.

Admiramos la fidelidad del profeta enviado por el Señor. Este, con todo valor, aun poniendo en grave peligro su propia vida, transmite con toda fidelidad el mensaje que Dios le ha encomendado (**1 Co 4:2**).

Notas al margen

Amasías capturó la ciudad de Sela (**2 R 14:7**) que se cree corresponde a la ciudad de Petra, cuyas ruinas, que se encuentran en un lugar casi inexpugnable, pueden ser vistas hoy.

Diez mil de los prisioneros fueron arrojados por un precipicio. Este tipo de práctica que nos horroriza era común en aquellos tiempos. Matthew Henry ha sugerido que “quizá hubiera sido mejor que arrojaran por ese abismo a los ídolos de los edomitas en vez de a los pobres cautivos”.

Josefo señala que durante la batalla contra el rey Joás cayó un miedo y una consternación sobre el ejército de Amasías: “como la que Dios envía cuando está descontento sobre los hombres”. También enseña que Amasías cae prisionero y es amenazado de muerte por Joás obligándolo a que se abran las puertas de Jerusalén. Joás roba todos los tesoros del templo de Dios y luego hace un boquete de 180 metros de largo en el muro de la ciudad, y conduce su carro a través de esa abertura llevando como prisionero a Amasías.

La decadencia militar del reino de Judá se ve en que el ejército de Amasías cuenta con trescientos mil hombres. Su antepasado el rey Josafat tenía un ejército de más de un millón de guerreros (**2 Cr 17:14-18**).

Las Escrituras mencionan los espinos y cardos muchas veces comenzando con la maldición después de la caída de Adán (**Gn 3:18**) (**Is 5:6**) (**Os 10:8**).

El hecho de que el rey enemigo le perdone la vida y le permita continuar como monarca sugiere, probablemente, que Amasías ha aceptado pagar grandes impuestos y aun cierta subordinación. Joás llevó “cautivos” a los hijos de los nobles, es decir, la parte más educada e influyente de la sociedad (**2 Cr 25:24**).

El líder que hay en mí

Un buen dirigente tiene que reconocer que si el camino que ha tomado es perjudicial o demasiado peligroso es más sabio reconsiderar la situación.

La acción militar contra una nación con un poderío militar muy superior no se justifica. Parecería que sus ministros y militares no demostraron su oposición al proyecto. El actuar específicamente en contra de la voluntad de Dios nunca va a prosperar.

Temas para el estudio en grupo

- La importancia de obedecer a Dios.
- Dios me puede dar más si confío en él.
- El orgullo y la vanidad en la vida cristiana.
- Peligros de estar en contacto con lo satánico.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué le dice el primer profeta al rey Amasías que va a suceder si va a la guerra? (**2 Cr 25:7-8**).
2. ¿Cuál es el resultado de la batalla contra los hijos de Edom? (**2 R 14:7**).
3. ¿Cuál es el mensaje que el segundo profeta le dice al rey Amasías por haber cometido idolatría? (**2 Cr 25:15-16**).
4. Explique el mensaje fábula-parábola de Joás, el rey de Israel (**2 Cr 25:25,18**).
5. Compare *“El Señor puede darte mucho más que eso”* (**2 Cr 25:9**) con *“¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece!”* (**Fil 4:13**). Señale las similitudes o las diferencias de ambas declaraciones.

Cuando el éxito conduce a la irreverencia (2 Crónicas 26:1-23) (2 Reyes 15:1-7)

— Majestad, lo siento pero no puede entrar al santuario dijo el sacerdote Azarías al rey Uzías.

El monarca está acompañado de su guardia personal, que lo sigue a corta distancia.

— Yo voy a donde quiero. Yo soy el que manda y nadie me lo puede impedir — vocifera el rey Uzías.

— Por favor alteza. Sabemos que usted es el rey y respetamos su posición, pero sencillamente usted no puede pasar.

El sacerdote Azarías y 80 sacerdotes más tratan en vano de impedir que el rey Uzías entre al santuario. A pesar de la resistencia, el rey Uzías se precipita osadamente en el lugar santo. La guardia personal del rey queda afuera. Uzías lleva en su mano un incensario para quemar incienso. Azarías y los ochenta sacerdotes lo rodean. El Rey está acorralado en esa “jaula humana”. El sacerdote Azarías con voz firme le dice:

— ¡No te corresponde a ti, oh Uzías, quemar incienso al Señor, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que han sido consagrados para ello! ¡Sal del santuario!

El rostro del rey está enrojecido por la ira, y sus ojos brillantes echan chispas. Es la primera vez en su vida que alguien le ha dicho “no” a algo que él quiere hacer.

El sacerdote Azarías continúa:

— ¡Esto no te servirá de gloria delante del Señor Dios!

— ¡Yo soy el que manda aquí! Para eso soy el rey — dice Uzías airado.

Los sacerdotes lo tienen rodeado. El rey Uzías está a punto de ordenar a su guardia personal que ataque sin piedad a los “profetas rebeldes”. El monarca “está que explota”. Los músculos de su cara están contraídos. Levanta su brazo y señalando a los sacerdotes en forma amenazadora les dice:

— ¡Ahora van a aprender quien soy yo!

Pero de pronto, su rostro ha cambiado; el buen color que tenía en su rostro, a causa de su furor, ahora ha empalidecido. De pronto, queda como paralizado. Siente en todo su cuerpo una sensación extraña de picazón. La comezón va en aumento y es insoportable. Le parece que todo su cuerpo está cubierto de miles de hormigas que marchan en sus incesantes caravanas. Mira a los sacerdotes, quienes retroceden como si una fuerza sobrenatural los empujara hacia atrás. El rostro de los levitas muestra terror. Al unísono exclaman:

— ¡El Rey está leproso! ¡El Rey está leproso!

El tono de las palabras muestra la combinación de tristeza y horror.

El rey Uzías se observa las manos. Las manchas inequívocas de la lepra están allí. Los sacerdotes las ven en su frente. Uzías está aterrorizado. Por unos segundos está completamente paralizado. Mira desconcertado a los que hasta hace unos minutos estaban amenazándolo. Unos segundos atrás los sacerdotes tenían miedo del Rey. Ahora el rostro de los sacerdotes muestra pavor. Ahora no tienen miedo de él, sino por él.

El rey Uzías sale del lugar santo y corre con todas sus fuerzas como si estuviera huyendo de una casa que se está incendiando. Tan pronto sale del templo observa nuevamente su piel y se da cuenta de que las manchas persisten. Regresa a la morada real. Su guardia personal lo sigue con dificultad en su rápida carrera. Se coloca delante de un espejo y nota con espanto que la lepra está en todo su cuerpo. Lloro amargamente. La noticia corre por toda la ciudad.

Han pasado varios años después de esta triste experiencia.

Es probable que Isaías, al llegar al palacio, entrara a la gran sala principal de la residencia real donde está un trono hermoso. El rey Uzías ha tenido gran éxito en campañas militares; llevó al país a una buena condición de crecimiento y estabilidad económica por medio de la reforma agraria que él implantó.

En esta ocasión el trono está vacío y cubierto de polvo por el desuso. ¡Ni el príncipe heredero, por miedo al contagio, se quiere sentar en él!

Quizá por la mente del profeta pasa, una y otra vez, la imagen del rey leproso. Es probable que sólo haya visto al rey, y ese trono abandonado, a la distancia.

Cierta mañana, las trompetas “aúllan” con pena sus tristes sonidos anunciando que el rey Uzías ha muerto.

Los meses han pasado y el profeta Isaías no ha podido olvidar aquel recuerdo de un hermoso y lujoso trono. Una y otra vez quizá se ha preguntado cómo fue posible que este rey tan piadoso llegara a pecar de esa manera tan brutal.

La siguiente escena sucede en ese mismo año que ha quedado marcado con la muerte del rey Uzías. En el silencio de la noche Isaías tiene una visión: *“Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime; y el borde de sus vestiduras llenaba el templo” (Is 6:1).*

El trono no estaba en el templo pero el borde de esas vestiduras lo llenaban.

Isaías continúa observando y ve que *“Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban” (Is 6:2).*

Quizá Isaías se acordaba del pobre rey Uzías, que cubría con vergüenza su cara para que la gente no viera las manchas de la lepra. Pero aquí son esos seres celestiales los que están cubriendo su rostro honrando al que está sentado en el trono.

Isaías está maravillado de esa visión que comienza primero como algo visual y luego continúa con un mensaje auditivo. *“Había serafines... El uno proclamaba al otro diciendo: ¡Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria!” (Is 6:3).* *“Estas cosas dijo Isaías porque vio su gloria y habló acerca de él” (Jn 12:41).*

La historia bíblica y nosotros

Uzías fue capaz de recuperarse de los daños de un gran terremoto. Pudo vencer a todos sus enemigos militares. Evitó los pecados de la impureza. A diferencia de sus vecinos los reyes de Israel, Uzías nunca se inclinó a los dioses paganos. Sin embargo, no pudo controlar su orgullo.

No fue un ídolo o el adulterio lo que hizo caer a Uzías, como ocurrió con la mayoría de los otros reyes. Con humildad miramos a este hombre que tenía tantos dones y a quien Dios había prosperado. Sin embargo, su vanagloria lo va a hacer pecar gravemente. Las

Escrituras nos dan más detalles: *“Su corazón se enalteció hasta corromperse” (2 Cr 26:16)*.

Él sabía que los reyes de los países vecinos actuaban como sacerdotes invocando su condición “divina”.

Parecería que Uzías asume equivocadamente que él tiene un “permiso especial” o una prerrogativa que los otros reyes no han tenido.

A veces, nosotros podemos pensar lo mismo. Esto es muy peligroso. Actuamos como si el Señor por nuestra “fidelidad o constancia” nos diera un salvoconducto especial.

La Escritura dice: *“Pues no hay distinción de personas delante de Dios” (Ro 2:11)*.

Sin duda, Uzías podría mirarse a sí mismo y decir: *“Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres... ni aun como este publicano” (Lc 18:11)*.

Uzías cometió su pecado en público y Dios utilizaría algo que iba servir de ejemplo.

¡Uzías quiso tener el honor y privilegio que no le correspondía, y terminó con la enfermedad que todo el mundo detestaba y temía!

¡Era el rey pero quizá llegó a envidiar al sirviente más pobre porque estaba sano! Uzías desechó el principio de que en su providencia el Señor ha determinado límites. Cuando estos límites son ultrajados, el castigo puede ser muy severo **(Nm 16:32) (Hch 5:9)**.

El soberano no podía ignorar que el ofrecer el sacrificio era un derecho exclusivo de los sacerdotes; y de estos, solamente los descendientes directos de Aarón **(Ex 30:7-8) (Nm 18:7)**.

El monarca no podía desconocer que el castigo al infractor era la muerte **(Nm 18:7)**.

El desobedecer voluntariamente al mandato específico de Dios era algo grave. En ese momento Uzías demostró que había perdido el temor reverencial a Dios que antes sí poseía.

Al tratar de entrar al lugar santo, el rey Uzías no se dio cuenta de su condición pecaminosa. Isaías, que era un hombre muy santo, al tener la visión del trono se percató de su condición impura **(Is 6:5)**.

Un énfasis desequilibrado sobre algunos de los atributos de Dios, ignorando otros como su santidad, nos ha llevado a ignorar la importancia del temor reverencial del Señor. Uzías, en un sentido, trató el lugar santo como cualquier otro lugar. (Nuestros abuelos entraban en un templo evangélico con reverencia para escuchar el ministerio de la Palabra). Hoy, en algunos lugares, se entra con la misma actitud como si fuera un club deportivo.

Uzías, al comienzo de su vida pública, era como esa divinidad de la mitología griega (Midas) que todo lo que tocaba se transformaba en oro. Sin duda Dios lo había prosperado abundantemente. Desde su juventud buscó y agradó al Señor de los Ejércitos **(2 Cr 26:5)**.

Su vida se caracterizó por triunfos y éxito en todas las empresas que ejecutaba. Sus campañas militares eran coronadas con victorias por dondequiera que fuera.

Cuando el Señor bendice, ¡qué fácil es creer que lo hemos logrado nosotros por nuestras propias habilidades o esfuerzo!

Este rey se perfila como un hombre que impacta la sociedad y el país de una manera importante. Sin embargo, los lugares altos de adoración persisten **(2 R 15:4)**.

El relato bíblico nos enseña *“que hizo lo recto ante los ojos del Señor, conforme a todas las cosas que había hecho su padre Amasías” (2 R 15:3)*.

Hay una edad de oro espiritual para el rey Uzías. Durante el tiempo del sacerdote Zacarías, él buscó a Jehová. Mientras el mentor y guía está presente en su vida todo marcha bien.

El rey Uzías no buscó al Señor para ser prosperado, sino que fue prosperado porque buscó al Señor. Alguien ha llamado a este período el “veranillo de San Juan” del pueblo de Judá.

El rey Uzías se nos presenta como un hombre con muchas habilidades inusuales. Hay varias “facetas o actividades” en la vida del rey Uzías que se entremezclan, pero las separamos para su estudio. Cada una termina con una frase positiva.

En la primera tenemos a Uzías como el restaurador: *“Él reedificó Eilat... hizo lo recto ante los ojos del Señor... Se propuso buscar a Dios en los días de Zacarías... Dios le prosperó” (2 Cr 26:2,4,5)*. Uzías tiene la guía espiritual de un hombre *“entendido en las visiones de Dios”*.

En la segunda, tenemos a Uzías como el militar. Como militar emprende campañas contra distintos reinos y vence **(2 Cr 26:6)**. Pero además: *“Dios le ayudó contra los filisteos... su nombre se difundió hasta la entrada de Egipto, porque se había hecho poderoso en extremo” (2 Cr 26:7-8)*.

En la tercera fase vemos a Uzías como el arquitecto y agricultor. Edifica torres de protección en las ciudades y en el campo. Construye pozos para obtener agua y se produce un aumento importante del ganado: *“era amante de la agricultura” (2 Cr 26:10)*. Hoy lo llamaríamos un ecologista innato.

En la cuarta perspectiva vemos a Uzías como el comandante en jefe. Organiza el ejército y prepara armamentos defensivos y ofensivos. Es una de las primeras citas en la Biblia del uso de ingeniería militar con equipo de tipo catapulta. La Escritura dice: *“Su fama se difundió muy lejos, porque halló ayuda de manera sorprendente” (2 Cr 26:15)*.

Si el capítulo terminara en el versículo 15 podríamos decir que Uzías fue uno de los más prósperos reyes de Judá. Su vida y su obra hubieran sido casi ejemplares.

La frase que anuncia la tragedia es solemne: *“Mas cuando fue fortificado su corazón se enaltecó, hasta corromperse, porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar sahumeros en el altar del perfume” (2 Cr 26:16)*. Al entrar en el lugar santo asume la función de sacerdote que no le corresponde.

Los oficios de sacerdote y rey solamente fueron ejercidos por Melquisedec y por el Señor Jesucristo **(He 5:6) (He 7:17)**.

Aun el creyente que trata de seguir al Señor tiene este peligro de jactarse del don especial que el Señor le ha dado y actuar como si fuera una habilidad propia **(1 Co 9:15-18)**.

Hoy el creyente puede entonar un himno de alabanza al Salvador: ¡El fracaso no es imprescindible. No es necesario naufragar! El libro de Apocalipsis está repleto de la frase: *“Al que venciere”* (Ap 2 y 3). Esta expresión significa que eso es posible. El Señor nos ha dado las herramientas o “armas espirituales” para lograrlo **(Ef 6:11-17)**.

Las Escrituras no nos dicen más de Uzías sino que *“quedó leproso hasta el día de su muerte” (2 Cr 26:21)*. No se hace mención de ninguna oración por su sanidad. Esto nos recuerda las palabras del apóstol Juan: *“Hay pecado de muerte, acerca del cual no digo que se pida” (1 Jn 5:16)*.

Uzías permanece leproso hasta el día de su muerte viviendo aislado en una casa. Es sepultado en los campos adyacentes a las sepulturas reales pero no en las mismas.

Vemos la gracia de Dios una vez más al ser incluido su nombre en la genealogía de nuestro Señor Jesucristo (**Mt 1:8-9**). También vemos la misericordia del Señor en la valentía de los sacerdotes impidiendo que el rey Uzías ofreciera el sacrificio.

La evaluación final de su vida fue: *“hizo lo recto ante los ojos del Señor”* (**2 Cr 26:4**).

Y como si esto no fuera suficiente, cuando se habla de su hijo Jotam, la Escritura nos dice: *“Él hizo lo recto ante los ojos del Señor, conforme a todas las cosas que había hecho su padre Uzías, salvo que no entró en el templo del Señor”* (**2 Cr 26:2**). Como resultado de la disciplina sufrida por el padre el hijo aprendió y no cometió el mismo pecado.

Notas al margen

El ejército de Judá contaba con 307.500 soldados *“entrenados para la batalla”*.

Reflexionamos si acaso la lepra, aunque grave, fue más bien una demostración de la gracia de Dios siendo que Uzías cometió un pecado que debía ser castigado con la muerte.

La lepra tiene una evolución lenta y crónica. Normalmente lleva muchos años antes de ocasionar la muerte.

Es interesante recordar a las personas castigadas con lepra en el Antiguo Testamento:

- María, por murmurar contra Moisés (**Nm 12:1,9**).
- Guejazi, por su avaricia (**2 R 5:20-27**).
- Uzías, por su orgullo y profanación del templo (**2 Cr 26:20**).
- En el Nuevo Testamento no hay mención a un castigo por lepra pero sí lo hay por otros padecimientos: *“Hay entre vosotros muchos enfermos y debilitados, y muchos duermen”* (**1 Co 11:30**).

En las Escrituras hay diversas formas de enfermedades o padecimientos que el Señor ha utilizado como disciplina o castigo. En el caso de Nabucodonosor es con una enfermedad demencial transitoria (**Dn 4:33**). En la situación de Ananías y Safira con muerte súbita (**Hch 5:9**). En el asunto del rey Herodes con una enfermedad mortal (**Hch 12:23**).

El terremoto que se menciona en (**Am 1:1**) y en (**Zac 14:5**), al parecer fue de gran magnitud. Josefo dice que sucede en el mismo momento en que Uzías trata de ofrecer el sacrificio.

Lockyer supone que Uzías podría haber pasado el resto de sus días cuidando de sus ganados y de sus tierras cultivadas, actividades que él disfrutaba mucho. Si fue así no estuvo absolutamente confinado en su casa (**2 Cr 26:21**). Uzías muere a los 68 años luego de reinar 52 años.

Rossier concluye su discusión de la vida del rey Uzías diciendo: “Es verdad que este rey que fue fiel en sus comienzos, pero luego se transformó en un transgresor, fue juzgado severamente en la tierra como si hubiera sido salvado por fuego”.

Es posible que aun los mismos siervos de Uzías le “tuvieran miedo al contagio”.

El líder que hay en mí

En el capítulo 26 de 2 Crónicas tenemos tres grupos distintos de líderes.

En primer lugar tenemos a un líder espiritual llamado Zacarías. Este ejerce una influencia benéfica en el joven monarca. Como resultado de esa “ascendencia”, el rey Uzías tiene un verdadero crecimiento espiritual.

En segundo lugar tenemos el liderazgo del rey Uzías, cuando busca al Señor. Su liderazgo es en múltiples áreas. Dirige hábilmente campañas militares contra los enemigos que lo rodean. También se destaca con construcciones defensivas y en el desarrollo de la agricultura.

En tercer lugar, la persona que también se destaca como líder es el sacerdote Azarías (suponemos que era el sumo sacerdote). Este cumple con su deber aun con riesgo de su propia vida para negarle al rey Uzías la entrada al templo. El historiador Josefo nos dice que el rey Uzías amenazó a los sacerdotes con matarlos si no lo dejaban entrar.

El siervo del Señor tiene que estar dispuesto a ser fiel a la doctrina claramente expresada, aun a pesar del costo que tiene que pagar. El caso que ocurrió con el rey Uzías no fue uno de duda o de interpretación. Era algo establecido (**Nm 18:7**).

Sin duda es difícil decirle nada menos que a la autoridad máxima del país: “no se puede”. Es encomiable que 80 sacerdotes acompañen a su superior en una empresa que podría haber terminado con sus vidas. Estos hombres sabían que lo más importante era seguir y obedecer al Señor antes que a los hombres (**Hch 4:19**).

Temas para el estudio en grupo

- La importancia de un buen instructor en la vida espiritual del joven.
- El principio de que *“Dios honra a los que le honran”*, en la parte inicial de la vida de Uzías.
- Cuando Dios tiene que disciplinar a sus hijos. Ver (**He 12**).
- Uzías no perdió la salvación pero sí perdió años de servir al Señor de una manera eficaz.
- Otras personas castigadas con lepra en el Antiguo Testamento.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué es lo que trató de hacer Uzías cuando fue al templo?
2. ¿Qué le dijo el profeta Azarías al rey Uzías?
3. ¿Qué vio el profeta Isaías el mismo año que murió el rey Uzías?
4. ¿En qué áreas de la vida fue exitoso Uzías?
5. ¿Quiénes son los tres líderes que se mencionan en (**2 Cr 26**)?
6. ¿Cuál fue el pecado de Uzías?
7. ¿En cuáles áreas de nuestra vida corremos peligro de cometer el mismo pecado de Uzías?

Los martillazos de un rey (2 Crónicas 29) (2 Reyes 18)

— ¡Qué la rompan a martillazos! ¡Qué la partan con el cortafierro! ¡Qué no quede nada! ¡Qué pongan a derretir los pedazos en el fuego!

— Su excelencia — dice con todo respeto uno de los ministros —, algunos sacerdotes y levitas se van a enojar. Ellos han insinuado que usted quiere destruir completamente algo que fue hecho por nuestro gran legislador Moisés. Dicen que esa serpiente de metal significa mucho para Israel. Cuando la plaga de las serpientes azotaba al pueblo en el desierto, miles de personas salvaron su vida con solo mirar a esa serpiente (**Nm 21:8**) (**Jn 3:14**).

— ¡Yo he dicho que la rompan! ¡Quiero que sea destrozada completamente!

El martillo cae pesadamente sobre el escoplo. Las chispas saltan por el aire. Algunos levitas no pueden disimular su disgusto. Están destruyendo lo único que al pueblo le quedaba del gran Moisés. Los golpes del martillo sobre el escoplo resuenan como una campana maciza.

¡Qué difícil es cortarle la cabeza a esa serpiente! Finalmente la víbora de metal ha sido convertida en un montón de irreconocibles pedazos de bronce.

Un tiempo después, Ezequías convoca a los sacerdotes y levitas (**2 Cr 29:4**). Estos acuden a la plaza oriental donde se ha hecho la convocatoria.

Desde un lugar alto el rey se dirige a la multitud. En esa muchedumbre hay muchos que se han enfriado espiritualmente. Unos pocos han seguido fieles al Señor. El templo del Señor está abandonado.

Con voz clara y firme el rey dice: *“hijos míos, no seáis negligentes”* (**2 Cr 29:11**).

Los levitas y los sacerdotes se miran unos a otros. Aquí está un hombre que es mucho menor que ellos y les está llamando *“hijos míos”* (**1 Jn 2:12**).

Algunos de ellos quizá están pensando en su corazón: “Creo que yo no he sido negligente, lo único es que... bueno... como nadie se preocupaba de las cosas del Señor pues yo tampoco lo hacía” (**Jer 48:10**).

El rey continúa: *“El Señor os ha escogido a fin de que estéis delante de él y le sirváis...”* (**2 Cr 29:11**).

Uno de los sacerdotes, quien se ha “enfriado” y ha dejado de confiar en la provisión de Dios, le da un codazo a otro mientras le dice:

— Pero eso no pone un plato de comida en la mesa. Hace mucho que no nos dan ni las ofrendas que nos corresponden.

El monarca prosigue:

— Ustedes saben que es una gran distinción estar delante de un rey. El Señor les ha dado el privilegio de estar delante de Dios que es el Rey de reyes.

Algunos menean la cabeza y miran hacia arriba como diciendo: “Sí, bueno, pero esto no me arregla la situación; me pregunto si no erré al entrar al ministerio del Señor” (**Mal 3:14**).

Alzando un poco más la voz, ahora el rey dice: *“A fin de que estéis delante de él y le sirváis, para que seáis sus servidores y le queméis incienso”* (2 Cr 29:11).

El monarca termina su exhortación y luego se retira. Las puertas de templo han estado cerradas por varios años (2 Cr 29:3). Al abrirlas, por mandato del rey, es como si del interior del edificio se escapara un olor nauseabundo por la corrupción idolátrica allí acumulada: *“Los sacerdotes entraron en la parte interior de la casa del Señor para limpiarla”* (2 Cr 29:16).

Al franquear las puertas encuentran que las lámparas, que siempre debían estar encendidas, están apagadas (2 Cr 29:7). Es sorprendente, las cosas que tuvieron que sacar de allí. Aquel lugar, que había sido consagrado al Señor Todopoderoso, se había convertido en una bodega para amontonar todo tipo de imágenes diabólicas y de objetos vinculados con la idolatría. El mismo rey se estremece cuando se da cuenta del grado de profanación del templo. Es como si en el quirófano, donde todo tiene que estar absolutamente limpio y esterilizado, alguien hubiera vaciado líquidos putrefactos llenos de los microbios más virulentos. Esta analogía queda corta cuando la comparamos con el sacrilegio que se había hecho en el templo de Dios.

“Sacaron al atrio de la casa del Señor toda la inmundicia que hallaron en el templo del Señor, y los levitas la tomaron para sacarla fuera, al arroyo de Quedrón” (2 Cr 29:16).

Los meses han pasado. El rey sigue buscando maneras de agradar al Señor. Una enorme multitud se ha congregado en Jerusalén. Han venido personas de todo Judá y aun algunos del reino de Israel. En el templo los sacerdotes se aprontan para ofrecer el sacrificio de acuerdo con la ley. El ambiente es alegre. En las calles se escuchan los instrumentos musicales sonando sus notas mientras que la gente alaba al Señor con gozo.

En el momento que *“el holocausto empezó a ser ofrecido, comenzó el canto al Señor con las trompetas y los instrumentos de David”* (2 Cr 29:27).

Cuando acabaron de ofrecer el holocausto el Rey y todo su séquito se arrodillaron para adorar a Dios.

Ezequías se dirige al pueblo y le dice: *“Vosotros os habéis consagrado al Señor. Acercaos y presentad sacrificios y ofrendas de acción de gracias en la casa del Señor”* (2 Cr 29:31).

Cientos de años después el apóstol Pedro diría palabras muy similares: *“También vosotros sed edificadas como piedras vivas en casa espiritual para ser un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo”* (1 P 2:5).

La historia bíblica y nosotros

Ezequías empezó bien y terminó bien; fue uno de los mejores reyes de Judá. Desde el punto de vista de su vida personal y moral no cayó en algunos de los pecados graves que perpetraron otros reyes que también *“hicieron lo recto”*. Nunca cometió idolatría como Salomón, jamás incurrió en adulterio y crimen como David. Es llamado el mejor rey de Judá (2 R 18:5).

Su obra pública inicial en su reinado fue reparar la puerta de la casa del Señor y abrirla. Ezequías amaba profundamente la casa de Dios (Sal 84:1-2).

Su vida entera vista en forma panorámica se distingue por tres cualidades:

1) Fue fiel al Señor. 2) No se apartó de su Dios. 3) Guardó los mandamientos del Señor (**2 R 18:6**).

Su primer acto de gobierno no fue eliminar a sus enemigos políticos ni tratar de reorganizar el ejército. Su prioridad fue lo espiritual.

¿De dónde salió esa influencia tan positiva en un hombre cuyo padre había sido un rey impío? Quizás provenía de su madre que es nombrada muy específicamente como Abía la hija de Zacarías. También pudo haber influido algún fiel sacerdote exitoso al inculcarle al joven rey el temor del Señor.

El mensaje de Ezequías a los sacerdotes y levitas es uno de ánimo y de inspiración. Reconoce que sus antepasados reales y el pueblo habían pecado. Se da cuenta de que la desobediencia y la infracción a los mandatos de Dios tienen consecuencias. Dos mil quinientos años después hemos llegado a pensar, de manera equivocada, que los creyentes podemos vivir en desobediencia y aun en franco pecado sin tener que afrontar las consecuencias.

Las palabras que Ezequías utiliza demuestran claramente la transgresión: *“Han sido infieles y han hecho lo malo... han apartado sus rostros.. han vuelto las espaldas”* (**2 Cr 29:6**).

En términos inequívocos el rey expresa su decisión: *“Yo he decidido hacer un pacto con el Señor Dios de Israel, para que aparte de nosotros el furor de su ira”* (**2 Cr 29:10**).

Nos preguntamos de qué manera podemos caer hoy en algo similar a lo que sucedió en los días que precedieron a Ezequías. Vivimos en una sociedad que en forma progresiva acepta los elementos del paganismo Yo he visto cientos de personas esperando la puesta del sol para “saludar” con un fuerte aplauso al astro rey.

El panteísmo de los pueblos antiguos se está infiltrando lentamente en una veneración impropia a la naturaleza. Pero uno de los aspectos más graves de nuestros días es la corrupción del evangelio (**Ga 1:8**), y la predicación de otro Jesús y otro espíritu (**2 Co 11:4**).

La serpiente de metal que Moisés había colocado en la punta de un poste se transformó en un objeto de idolatría (**2 R 18:4**). El rey Ezequías decide destruirla para evitar esto.

Es durante el reinado de este rey que el reino del norte (Israel) cae bajo el poder de los asirios.

Es interesante el proceso que se observa en este pequeño “despertar espiritual”. Podemos ver la anatomía y fisiología de un avivamiento.

1. Se abrieron las puertas de la casa del Señor. No solamente se abrieron en un sentido físico sino que esta es la demostración de que las puertas de los corazones fueron abiertas buscando al Señor (**Is 55:6**).

2. Se repararon las puertas. El interés espiritual se ilustra en el arreglo de las aberturas. Encabezado por el rey, un grupo de levitas y sacerdotes se llenan de fervor en el servicio de Dios (**2 Cr 29:12-13**). Las puertas nos hablan figurativamente: de separación cuando están cerradas; y de comunicación cuando están abiertas.

3. Reunió a los sacerdotes y a los levitas para exhortarlos. Fue una exhortación con autoridad no solamente por su posición de rey sino por su consagración personal al Señor (**2 Cr 29:4**).

4. Los alienta a no ser negligentes. Ezequías puede demostrar con su vida que él no lo es (**2 Ti 4:1-2**).

5. Los sacerdotes se purifican. Este proceso era un requisito para actuar apropiadamente en el servicio del Señor. Muchos siglos después el apóstol Pablo nos exhorta: *“Ya que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda impureza de cuerpo y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Co 7:1).*

6. Limpiaron el templo de todas las inmundicias. De la misma manera, nosotros tenemos que permitir que Dios nos *“santifique por completo... espíritu, como alma y cuerpo” (1 Ts 5:23).*

7. Ofrecieron sacrificios al Señor. Solamente después de este proceso se puede realmente ofrecer sacrificios al Señor que es equivalente a la verdadera adoración **(2 Cr 29:29)**.

8. Reconocieron que Dios había preparado al pueblo **(2 Cr 29:29)**.

Quizá todos tenemos alguna serpiente de metal en nuestra vida que tiene que ser destruida. Es algo que Dios utilizó en su momento pero que de alguna manera ha venido a ser un obstáculo en nuestro crecimiento espiritual. Algo que Dios puso en nuestra vida con un propósito determinado pero que ha llegado a ser un verdadero ídolo.

La obra del Señor no debe ser el centro de nuestra “adoración”. El centro de nuestra adoración debe ser nuestro amado Salvador. Los proyectos, edificios, programas y aun la formación de iglesias pueden constituirse en nuestra *“serpiente de metal”*.

El líder que hay en mí

Un desafío que todo líder va a encontrar es cuando tiene que hacer algo que está en contra de la opinión pública. Al destruir la serpiente de metal el rey rompe un objeto simbólico, al que se le había dado un gran valor “histórico”. Esto lo hace todavía más difícil. Ezequías es un hombre que prefiere agradar a Dios antes que a la mayoría.

Temas para estudio en grupo

- La fidelidad al Señor cueste lo que cueste.
- La importancia de la santificación y la pureza en la iglesia local.
- Animando a aquellos que están en el servicio del Señor.
- Adorando a Dios en espíritu y en verdad.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Por qué Ezequías determina destruir la serpiente de metal?
2. ¿Qué encontraron los sacerdotes dentro del templo? **(2 Cr 29:16)**.
3. ¿Por qué Ezequías es llamado el mejor rey de Judá? **(2 R 18:5)**.
4. ¿De qué manera anima Ezequías a los sacerdotes? **(2 Cr 29:5,11)**.

Señores, ¡miren cuánto oro tengo! (2 Crónicas 32:30-31) (2 Reyes 20:12-20) (Isaías 39:1-8)

— Por aquí, señores embajadores. Pasen por aquí por favor.

El rey Ezequías luce ropas de gala. Es un hombre maduro. Sobre la cabeza ostenta la corona real. A cada lado lo acompañan los altos dignatarios de Judá. Los embajadores de Babilonia visten sus atavíos festivos.

— Majestad — dice el delegado de la misión diplomática —, nos entristecimos mucho al saber que su excelencia estuvo muy enfermo y nos alegramos de esa recuperación extraordinaria. Queremos ofrecerle nuestros mejores augurios de paz y salud para usted. Nuestro rey quiere presentarle sus respetos en forma muy especial. También le ha enviado este humilde presente.

Después de recibir el regalo de parte de los embajadores especiales, el rey Ezequías ordena a sus servidores que les muestren las bandejas repletas de joyas de oro y piedras preciosas. Las personalidades de Judá están en suspenso. El rey ordena que estas alhajas de gran precio se exhiban a todos los oficiales de alto rango. Los mejores artífices del mundo han elaborado esas gemas.

Luego de los largos discursos de los diplomáticos en los cuales se repiten los términos: paz, acuerdo, tratados, amistad y hermandad, toma la palabra el rey Ezequías. Les agradece sinceramente la buena voluntad y los obsequios diciendo:

— Sí, es verdad que estuve muy enfermo como para morir, pero el Señor Dios de Israel tuvo misericordia de mí, hizo un milagro y me sanó.

En los días siguientes les muestra sus tesoros. Los años de prosperidad le han permitido acumular grandes riquezas.

El primer día lleva a sus invitados a las cámaras de los tesoros reales. Allí están los lingotes de oro y de plata ordenadamente colocados. Los embajadores no ocultan su satisfacción y felicitan repetidamente al rey por poseer un patrimonio tan valioso. Luego vienen las piedras preciosas talladas y toda clase de adornos de plata, oro y marfil. Al día siguiente, les muestra la abundancia de sus perfumes y ungüentos. Estos proceden de distintos reinos de alrededor y son de una calidad excelente. El rey Ezequías parece un niño gozándose en ver las reacciones de los diplomáticos.

— ¡Por favor, huelan este perfume de Arabia! Inhalen este ungüento de Egipto. Sientan el aroma de este bálsamo de Sheba.

Al final de la jornada se hacen grandes recepciones en honor de los emisarios.

Unos días después el rey Ezequías los lleva a otro edificio grande y fuertemente custodiado. Antes de entrar, el rey Ezequías adopta una posición teatral como si la escena fuera a ser televisada.

— Señores embajadores del gran reino de Babilonia, esto que van a ver no se lo he mostrado a nadie. Esto es secreto de estado. Pero como ustedes son amigos y hemos de firmar un tratado de amistad, cooperación y no agresión, es mi deber mostrárselo.

Los plenipotenciarios de Babilonia entran al edificio y ven los depósitos con todo tipo de armamentos defensivos y ofensivos.

— Alteza — dice el más importante de ellos, fingiendo estar muy impresionado —, nos asombramos de ver todo el equipo bélico que su reino tiene. Usted está equipado con las armas de la mejor calidad. Nuestro rey valora enormemente el poder contar con un aliado del calibre militar de Judá.

El resto de la comitiva asiente con la cabeza y hace gestos falsos y estudiados aparentando asombro.

En los días sucesivos, la comitiva real se dirige a los distintos puntos estratégicos del país y Ezequías les muestra absolutamente todo lo que tiene (**2 R 20:13**).

Un tiempo después, cuando el rey todavía está recreando a sus huéspedes y mostrándoles todas sus riquezas, aparece el profeta Isaías. El hombre de Dios es ya muy anciano. Se detiene delante del rey Ezequías y apunta con sus dedos a estos extranjeros que visten esas ropas tan elaboradas y de colores tan vivos. En las vestiduras hay grabados símbolos paganos de las distintas divinidades.

— ¿Quiénes son esas gentes? ¿De dónde vinieron a ti? — Pregunta el profeta.

Una sonrisa de orgullo asoma en el rostro del rey Ezequías. Su voz expresa su jactancia por el honor que le dispensa el rey de Babilonia (**Is 39:1**).

— Estos son los embajadores plenipotenciarios. Usted sabe, yo tengo muy buenas relaciones con el emperador. Tengo “mis conexiones”. Ellos saben que nosotros hemos llegado a ser un país “clave” y que no pueden ignorarnos en los asuntos internacionales.

El profeta Isaías, como si ignorara la respuesta, pregunta:

— ¿Qué han visto en tu casa?

Ezequías responde:

— Han visto todo lo que hay en mi casa; en mis depósitos nada hay que no les haya mostrado. De la casa de los tesoros les he enseñado todo: la plata, el oro, los perfumes y los ungüentos finos, toda la armería y todo lo que hay en sus depósitos. Les he mostrado todo en mi casa y en mis dominios — finaliza el rey, con una sonrisa de triunfo.

El profeta de Dios guarda silencio por unos minutos y luego dice:

— Escucha la palabra del Señor de los Ejércitos: *“He aquí, vienen días en que todo lo que hay en tu casa, lo que tus padres han atesorado hasta el día de hoy, será llevado a Babilonia”* (**Is 39:6**).

El monarca empalidece. Esta declaración no la esperaba. Isaías continúa con su voz que cae pesadamente como dando mazazos a una estaca: *“No quedará nada, ha dicho el Señor. Y de tus hijos que procederán de ti, que tú habrás engendrado, tomarán para que sean eunucos en el palacio del rey de Babilonia”* (**Is 39:7**).

Al rey se le aflojan las piernas. Un sudor frío cubre su cuerpo. Parece que va a desmayarse. Por fin se recupera y se da cuenta de su pecado. En vez de protestar dice humildemente: *“La palabra del Señor que has hablado es buena. Porque pensó: En mis días habrá paz y estabilidad”* (**Is 39:8**).

Sin embargo, aquella noche el rey no puede dormir. Las palabras del profeta Isaías vuelven a su mente una y otra vez. El insomnio le hace traer a la memoria su vida pasada. Viene a su pensamiento aquella gran celebración de la pascua: *“No había habido cosa semejante en Jerusalén desde los días de Salomón...”* (**2 Cr 30:26**).

Recuerda las multitudes gozosas danzando por las calles y entonando alabanzas al Señor. Evoca en su mente cuando fue celebrada la pascua; cuando se ofrecía el

sacrificio. Se acuerda del gozo que sintió al adorar al Señor de la manera que estaba escrito **(2 Cr 30:25)**.

Viene a su memoria la invasión de Senaquerib. No se puede olvidar de los insultos y las amenazas que el comandante en jefe del ejército asirio profirió contra él. Se acuerda cuando con su corazón lleno de tristeza y angustia sube por las calles hacia el templo. Allí, en la casa del Señor, deposita las infames cartas para que el Dios eterno las vea — como si el omnisciente ignorara lo que éstas decían **(2 R 19:14)**.

Pero también evoca las palabras que el Señor envió por su siervo el profeta Isaías: *“Pues defenderé esta ciudad para salvarla, por amor a mí mismo, y por amor a mi siervo David”* **(2 R 19:34)**.

Continúa dando vueltas en la cama y no puede dormir. Su vida sigue pasando delante de él como si fuera una película de cine que no se puede detener hasta el final. Viene a su mente la enfermedad con esa úlcera dolorosa que crecía y nada la podía sanar. Rememora cómo había llorado en la presencia de Dios al ser notificado por el profeta Isaías de que sus días estaban contados **(Is 38:1)**. Se acuerda de la gradería de Acáz y de la sombra retrocediendo esos escalones; algo que era absolutamente imposible que sucediera.

Y ahora las palabras condenatorias del profeta por su actuación con los emisarios extranjeros.

Por fin, abandona el lujoso lecho y se arrodilla humildemente y ora al Señor. La plegaria es larga y está acompañada con lágrimas. Al terminar se escuchan alabanzas al Dios fiel y misericordioso. En la penumbra se puede ver su rostro que ahora refleja paz **(Fil 4:7)**.

La historia bíblica y nosotros

¡Qué edificante es ver la vida de un individuo que aunque no fue perfecto empezó y terminó bien! Un hombre que sirvió honestamente al Señor en medio de una época de frialdad espiritual y apostasía.

El mensaje del rey es uno de persuasión: *“Volveos al Señor, Dios de Abraham... No seáis como vuestros padres... que actuaron con infidelidad...”* **(2 Cr 30:6-7)**.

La prédica de Ezequías es una invitación a volver a Dios: *“Porque el Señor vuestro Dios es clemente y misericordioso, y si vosotros os volvéis a él, no esconderá de vosotros su rostro”* **(2 Cr 30:9)**.

El ministerio de Ezequías era el de animar y exhortar, pero no solo al pueblo sino también a los levitas y a los sacerdotes. La respuesta a la invitación a los del reino de norte para venir a Jerusalén a celebrar la pascua fue en general de risa y burla **(2 Cr 30:10)**.

Cuando Ezequías comienza su reinado las ofrendas para los levitas y sacerdotes no han sido dadas por el pueblo.

El rey tiene por lo menos dos grandes pruebas en su vida. Una a nivel nacional: la invasión de Senaquerib, y otra a nivel individual: la enfermedad que casi le ocasiona la muerte. En ambas, Dios obra milagrosamente y el resultado es la alabanza del monarca al Señor por su gracia y fidelidad. En las dos situaciones el profeta Isaías juega un papel primordial.

Es importante destacar que Ezequías fue orgulloso al mostrar a sus enemigos todos sus tesoros. Dios condena severamente este pecado **(1 P 5:5)**.

Sin embargo, conviene subrayar que la caída final de Jerusalén que se predice es por el pecado de idolatría de Judá y el abandono del Dios vivo.

Las palabras del profeta Isaías entonces deben tomarse en un sentido irónico, como diciendo: Todo esto que les mostraste y de lo que te sientes tan orgulloso te lo van a robar.

Si Ezequías no hubiera mostrado sus tesoros el resultado final habría sido el mismo, quizá solo se hubiera demorado un poco más de tiempo.

Al escuchar la sentencia de Isaías el rey responde con humildad. No se enoja contra el profeta de Dios sino que la acepta y dice: *“La palabra del Señor que has hablado es buena. Porque pensó: ¿No habrá paz y estabilidad en mis días?”* (2 R 20:19).

Mathew Poole interpreta esta respuesta un poco espinosa de la siguiente manera: “Yo de corazón me someto a esta sentencia, como siendo a la vez justa porque lo merecemos por mi culpa y la de mi pueblo, y misericordiosa porque el castigo es menor que lo que merecíamos”.

Aquel fue el único pecado grave mencionado en la vida de este rey piadoso. Leemos: *“Ezequías tuvo éxito en todo lo que hizo, excepto en el asunto de los intermediarios de los jefes de Babilonia... Dios lo abandonó para probarlo, a fin de conocer todo lo que estaba en su corazón”* (2 Cr 32:30-31).

Nos damos cuenta de que Ezequías no podía ignorar el peligro de mostrar sus “tesoros”. Quizá fue su autoconfianza lo que lo llevó a hacerlo o el deseo de sacar más provecho para su país en el tratado militar con Babilonia.

“En el fondo la prueba de los emisarios determinó dónde radicaba la confianza de Ezequías. Si él confiaba en pactos humanos o en Dios. Fue su avidez por los tratados lo que lo expuso a la ira del Señor”.

En este aspecto nos damos cuenta de que no somos muy diferentes de Ezequías. ¡Qué fácil es para aquellos que están en el ministerio del Señor confiar en nuestros propios arreglos, habilidades y dones (**Ga 6:3**), en vez de confiar en el poder de Dios! (**Fil 4:13**).

Del rey Ezequías se dice algo que no se menciona de ningún otro rey. No solo se registra la frase que se repite de los reyes rectos: *“Hizo lo bueno”*, sino que además se agrega: *“y lo verdadero delante del Señor su Dios. Ezequías buscó a su Dios en toda obra que emprendió en el servicio de la casa de Dios y en la ley y los mandamientos. Lo hizo de todo corazón y fue prosperado”* (2 Cr 31:20-21).

Las palabras del apóstol Pablo, escritas muchos siglos después, se aplican muy bien: *“Pues, ¿quién te concede alguna distinción? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te jactas como si no lo hubieras recibido?”* (1 Co 4:7).

Este rey es un ejemplo para nosotros por su integridad, fidelidad y constancia para Dios. El resultado es la bendición del Señor.

Notas al margen

La purificación del templo se hizo en la primera semana del comienzo del reinado de Ezequías sugiriendo que ha sido coregente con su padre. Es probable que su plan se haya trazado muchos meses antes de la muerte de su progenitor.

¿Cómo fue posible que Ezequías volviera a acumular tantas riquezas después de las enviadas al rey de Asiria? (**2 R 18:15**). Al menos gran parte de la recuperación pudo haber sucedido en la obtención del botín que llevaba el ejército de Senaquerib (**2 R 19:35**).

La fortuna del monarca se destaca: *“Ezequías tuvo muchísimas riquezas y gloria. Adquirió tesoros de plata y oro, piedras preciosas, especias aromáticas, escudos y toda clase de objetos valiosos”* (**2 Cr 32:27**). Sin duda tuvo cuidado de incentivar la agricultura y la ganadería. El texto bíblico nos dice también *“que tuvo depósitos para los productos del grano, del vino nuevo y del aceite, establos para toda clase de ganado y rediles para los rebaños”* (**2 Cr 32:27-28**).

Aparte de la reforma religiosa, y la institución de la pascua que había quedado en el olvido, este monarca se destacó con sus proyectos de ingeniería. El más importante fue un túnel que permitía llevar el agua por dentro de los muros de Jerusalén a una distancia de más de 500 metros. En descubrimientos arqueológicos se han encontrado las ruinas de este túnel. *“Cegó la salida de las aguas de Guijón Alto, y las condujo directamente hacia abajo, hacia el oeste, a la Ciudad de David”* (**2 Cr 32:30**).

El líder que hay en mí

Se perciben aquí los peligros de los convenios o pactos con las personas “equivocadas”. El líder, al pactar o “conectarse” con personas u organizaciones que son desobedientes a la Palabra de Dios puede, como consecuencia, perder la bendición divina. Uno de los mejores reyes de Judá ha empañado su testimonio al confiar en el brazo humano en vez de depender totalmente del Señor.

Temas para estudio en grupo

- ¿Es la prosperidad material (como en el caso de Ezequías) evidencia de la bendición de Dios?
- ¿Por qué Dios condena el orgullo?
- La importancia de discernir las intenciones de aquellos que como los “embajadores” vienen con motivos engañosos.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué le pregunta el profeta Isaías al rey Ezequías?
2. ¿Qué le responde el profeta Isaías al rey Ezequías?
3. ¿Cuál es el ministerio espiritual de Ezequías? (2 Cr 30:6-9).
4. ¿Por qué el rey mostró sus tesoros? ¿Qué otras razones tuvo aparte de su orgullo para mostrar sus riquezas?
5. ¿Hacemos alardes de nuestros “tesoros” como son los dones, las habilidades, la capacidad oratoria o las dotes musicales?

Hallazgo del libro de la Ley (2 Crónicas 34) (2 Reyes 22-23)

— ¡Safán, Safán, mire lo que encontré! — dice el sumo sacerdote Hilquías.

El escriba Safán (secretario real) toma el papiro; lo observa con cuidado, y luego de unos minutos expresa su opinión.

Los dos hombres toman el libro con respeto y curiosidad; se dan cuenta de que se trata nada menos que de *“el libro de la Ley del Señor”* (2 Cr 34:14). Hilquías, el sumo sacerdote, le dice a Safán que se lo lleve inmediatamente al rey Josías. El escriba Safán va entonces al palacio real.

El monarca es un hombre joven que acaba de cumplir 26 años, aunque aparenta más edad de la que tiene.

— Majestad — empieza Safán —, *“tus siervos han vaciado el dinero que se halló en el templo, y lo han entregado en manos de los que hacen la obra, los que están encargados de la casa del Señor”* (2 R 22:9).

— ¡Muy bien! — Responde el soberano — ¿Hay algo más que deba informarme?

— Sí mi rey. El sumo sacerdote Hilquías me ha dado un libro que encontró cuando se hizo la búsqueda que usted ordenó. En un rincón, perdido entre otras cosas, encontramos este documento. ¡Es el libro de la Ley del Señor!

— Hace muchos años que lo perdimos — dice el Rey— ¿Está usted seguro de que es un ejemplar fidedigno?

— ¡Claro que sí! Eso mismo le pregunté al sumo sacerdote Hilquías, y él me aseguró que sí lo es.

El rey muestra en su rostro una viva admiración.

— He escuchado muchas cosas acerca de este libro. Muchas veces he pensado qué bendición sería si yo pudiera ver el libro como lo vieron mis antepasados. ¿Qué dice el libro? ¡Léalo ahora mismo! — ordena el Rey.

El escriba comienza a leer. El rey escucha con atención. Nunca en su vida había escuchado algo así. Por supuesto que le habían enseñado ciertas partes de las Escrituras. Ahora, sin embargo, podría saberlo todo “desde el principio”.

Safán continúa leyendo en forma clara y con reverencia la Palabra del Señor. Después de un tiempo prolongado de lectura, el escriba hace un alto para decir:

— Majestad, he estado leyendo por un largo tiempo, ¿quiere tomar un descanso? Luego podemos continuar.

— ¡No, por favor, siga leyendo! — Dice el rey prestando toda atención.

De esta manera, los versículos del libro de Deuteronomio van pasando uno tras otro:

“Porque el Señor tu Dios es fuego consumidor, un Dios celoso” (Dt 4:24).

“Reconoce, pues, que el Señor tu Dios es Dios: Dios fiel que guarda el pacto y la misericordia para con los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Dt 7:9).

“Pero el Señor se agradó solo de vuestros padres para amarles, y después de ellos eligió a su descendencia de entre todos los pueblos, es decir, a vosotros, como en el día de hoy” (Dt 10:15).

El Rey parece como petrificado. No se mueve. Escucha absorto. Si tuviéramos una cámara fotográfica observaríamos las distintas expresiones de su rostro. Empiezan a correr lágrimas por sus mejillas. Safán, al darse cuenta del estado emocional del rey, quiere hacer una pausa, pero el monarca le apremia:

— ¡Siga, siga, no se interrumpa!

El escriba Safán continúa leyendo:

— *“Él es tu alabanza; él es tu Dios que ha hecho por ti estas cosas grandes y temibles que tus ojos han visto. Con setenta personas descendieron tus padres a Egipto, y ahora el Señor tu Dios te ha hecho tan numeroso como las estrellas del cielo” (Dt 10:21-22).*

“Pero si no escuchas la voz del Señor tu Dios... el Señor te afligirá con locura, con ceguera y con confusión de la mente. Palparás al mediodía, como palpa el ciego en la oscuridad, y no tendrás éxito en tus caminos” (Dt 28:15,28,29).

“Como el águila que agita su nidada, revolotea sobre sus polluelos, extiende sus alas, los toma y los lleva sobre sus plumas, el Señor solo le guió” (Dt 32:11-12).

El rostro del rey se ha desmejorado. Una tristeza profunda lo cubre. Un artista de la pintura quizá podría darnos esas combinaciones de sensaciones que se observan en esa cara. Hay dolor, hay tristeza, hay angustia. Una y otra vez se da cuenta del pecado tan grande que el pueblo ha cometido.

Safán termina la lectura. Largas horas han pasado desde que empezó a leer. Muchos de la corte se han ido acercando y “beben” las palabras. El rey se pone de pie y comienza a romper sus vestidos. Sus ojos están cubiertos de lágrimas, que son sinceras. En su boca hay una mueca de dolor.

El rey se arrodilla; levanta sus brazos y comienza a llorar intensamente. El espectáculo es patético. Un hombre joven está clamando al Señor por misericordia. En la corte están aquellos que piensan que el rey es un “fanático religioso”. Algunos de ellos murmuran: “¡Pero no es para tanto!”. ¿Qué tiene eso de malo? El Rey se ha vuelto un “legalista”. Con profunda angustia el rey Josías dice:

— *“Id y consultad al Señor por mí y por los sobrevivientes de Israel y de Judá, respecto a las palabras del libro que ha sido hallado. Porque grande es la ira del Señor que ha sido derramada sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guardaron el mandamiento del Señor de hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro” (2 Cr 34:21).*

La persona que puede transmitir el mensaje de Dios es la profetisa Huida. Cuando los mensajeros regresan, el monarca y su corte se reúnen para escuchar la respuesta.

La primera parte está dirigida al pueblo: *“Así ha dicho el Señor Dios de Israel... He aquí yo traeré el mal sobre este lugar y sobre sus habitantes, es decir, todas las maldiciones que están escritas en el libro que han leído delante del rey de Judá. Por cuanto me han abandonado y han quemado incienso a otros dioses, provocándome a ira con todas las obras de sus manos” (2 Cr 34:23-25).*

El rey y sus consejeros han empalidecido. La sentencia ha sido dada y no hay manera de evitarla. Israel ha traspasado la línea, al punto que Dios no le ofrece la posibilidad de evitar la catástrofe que va a llegar (Is 55:6).

Ahora, el soberano escucha la segunda parte del mensaje de la profetisa Huida:

“Por cuanto tu corazón se ha enternecido y te has humillado delante de Dios, cuando escuchaste sus palabras contra este lugar y contra sus habitantes; por cuanto te humillaste delante de mí y rasgaste tus vestiduras y lloraste en mi presencia, yo también te he escuchado dice el Señor” (2 Cr 34:27).

El rey presta toda su atención. Es posible que levantara sus brazos y elevara sus ojos al cielo diciendo: “Gracias Señor”.

El mensaje sigue: *“He aquí que yo te reuniré con tus padres y serás reunido en tu sepulcro en paz. Tus ojos no verán todo el mal que traeré sobre este lugar y sobre sus habitantes” (2 Cr 34:28).*

El rey cae en el suelo y sigue llorando profundamente. Se da cuenta de que la calamidad es inminente. Esa noche quizá guarda ayuno.

Pocos días después llama a los ancianos de Judá y Jerusalén y hace una gran convocación a todos los habitantes de Jerusalén y todo el pueblo, desde el más grande hasta el más pequeño. Llega el día del llamamiento y miles y miles de personas han concurrido.

La multitud espera con impaciencia hasta que aparece el monarca. Este camina lentamente y con dignidad. Se sube a un estrado que le permite ser visto por la muchedumbre.

“Y leyó a oídos de ellos todas las palabras del libro del pacto que había sido hallado en la casa del Señor” (2 Cr 34:30).

Al escuchar la lectura de *“la palabras del libro”* muchos comienzan a llorar.

Los chiquillos no entienden lo que está pasando.

— Mamá ¿por qué mi abuelito está llorando? — Pregunta un niño.

La madre trata de explicarle a su hijo y le dice:

— Tu abuelo llora porque hemos pecado y Dios está muy triste y enojado...

“El rey se puso de pie junto a la columna e hizo pacto delante del Señor, de andar en pos del Señor y de guardar sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos con todo el corazón y con toda el alma, para cumplir las palabras de este pacto escritas en este libro” (2 R 23:3).

Se hace un silencio. El rey termina la lectura: *“Entonces todo el pueblo se puso de pie a favor del pacto” (2 R 23:3).*

El relato bíblico y nosotros

¡De tal palo tal astilla! Esta frase la hemos escuchado muchas veces. Nos entristecemos cuando escuchamos que el hijo de un famoso predicador o misionero ha cometido un pecado grosero. Si la genética y el ambiente fueran los únicos factores Josías tenía que haber “salido” malo. Su padre había sido el impío rey Amón, quien solo reinó dos años: *“Amón... rindió culto a los ídolos que su padre había rendido culto y se postró ante ellos” (2 R 21:19,21).*

El abuelo de Josías, Manasés, quien murió cuando él tenía 6 años, había sido otro monarca impío. Manasés tuvo un largo reinado de 55 años. Durante su administración la maldad creció de una manera tremenda en el país. El reinado de Manasés se caracterizó por multitud de crímenes cometidos sin duda contra aquellos fieles que se oponían a su

prácticas paganas: *“Manasés derramó muchísima sangre inocente, hasta llenar Jerusalén de un extremo al otro” (2 R 21:16).*

Entonces, ¿cómo es posible que una persona piadosa como Josías aparezca en estas circunstancias?

Muchos de los grandes hombres y mujeres de Dios han surgido de ambientes carentes de todo interés espiritual. Desde el punto de vista humano hubiera sido casi imposible creer que algo así pudiera ocurrir. Esta es una manifestación de la gracia de Dios **(Ef 2:1)**.

Josías podría vivir el resto de su vida quejándose de las “injusticias de la vida”. Su padre fue asesinado en un “golpe de estado” a la edad de 24 años. En ese momento Josías era un niño de tan solo ocho años de edad. Dios, en su providencia, obra de una manera muy especial. Esto se debió quizá a la influencia de su madre y de otras personas cercanas que eran temerosas de Dios. La decadencia espiritual era tan grande en la nación que había muy pocos fieles. El profeta Sofonías nos presenta una clara imagen de la situación espiritual y social: *“Sus magistrados en medio de ella son leones rugientes. Sus jueces son lobos vespertinos que no dejan hueso para la mañana. Sus profetas son insolentes y hombres traicioneros. Sus sacerdotes han contaminado el santuario y hacen violencia a la ley” (Sof 3:2-4).*

Del mismo modo que en los tiempos de Elías, Dios usa a aquellos que le son leales **(1 R 19:18)**. El Señor en su misericordia pone un cerco de protección espiritual alrededor de este niño y como resultado final tenemos a uno de los reyes más piadosos de Judá.

Los creyentes no debemos lamentarnos ni quejarnos de las cosas y habilidades que no tenemos. La Escritura nos alienta: *“Somos más que vencedores” (Ro 8:37)*. *“¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece!” (Fil 4:13)*. *“El que está en vosotros es mayor que el que está en el mundo” (1 Jn 4:4)*.

Josías que era un príncipe rico llegó a ser rey y sirvió a Dios. David que era un pobre pastor llegó a ser rey y sirvió al Señor. Dios no hace acepción de personas **(Ro 12:10)**.

Josías, a los 16 años de edad, *“comenzó a buscar al Dios de su padre David” (2 Cr 34:2)*. Notemos que no dice que buscó al Dios de su padre Amón. El Escritor sagrado guiado por el Espíritu lo relaciona con su antepasado el rey David.

El Señor Jesús de la misma manera llamó a la mujer encorvada *“hija de Abraham” (Lc 13:16)* y a Natanael un *“verdadero israelita” (Jn 1:47)*.

El proceso espiritual que este joven sigue es muy claro. En primer lugar, *“busca a Jehová”*. En segundo lugar, encomienda la restauración en el templo **(2 R 22:5-6)**. Se encuentra el libro de la Ley del Señor como resultado directo de esta reparación que ordenó Josías. En tercer lugar, se produce una limpieza y eliminación de todo lo pagano en el templo, tanto en Jerusalén como en Judá. Muchas veces nosotros, al igual que el joven rico que vino a Jesús, queremos llegar a la tercera etapa sin haber pasado por la primera **(Lc 18:23)**. El deseo ardiente de Josías de restaurar el templo nos hace recordar a aquel que dijo: *“El celo por tu casa me consumirá” (Jn 2:17)*.

La vida de Josías está sintetizada en una frase: *“Él hizo lo recto ante los ojos del Señor, y anduvo en los caminos de su padre David, sin apartarse ni a la derecha ni a la izquierda” (2 Cr 34:2)*.

La expresión: *“ni a la derecha ni a la izquierda” (Dt 17:11,20) (Dt 28:14)*, se utiliza varias veces en las Escrituras. No significa que fueron personas que no tuvieron falla alguna y nunca se equivocaron. Se refiere a creyentes que cuando Dios hace el balance total de sus vidas, puede decir estas palabras **(Lc 12:37-38)**.

¡Qué hermoso sería si al final de nuestra existencia Dios pudiera decir de cada uno de nosotros lo que dijo de Josías!

Muchos piensan que el hambre espiritual de Josías pudiera estar relacionada con el ministerio espiritual del profeta Sofonías (635-625 a. de J.C.).

¿Cómo hizo Josías para no desviarse ni a la derecha ni a la izquierda? Cualquier navegante diría que para esto se necesita una brújula o un “punto fijo”, una meta, algo que podemos mirar. Hoy se diría que es necesario una computadora con un GPS (satélite de posicionamiento global). El escritor del libro a los Hebreos tenía ese instrumento cuando nos dice: *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe...”* (He 12:2).

Cuando los cinco delegados tratan de cumplir la orden del rey, tienen una dificultad. ¿A quién se puede consultar para buscar cuál es la voluntad del Señor? La apostasía había llegado a tal punto que no era fácil encontrar a alguien que realmente pudiera servir para este propósito. Sin embargo, allí está la profetisa Hulda; esta mujer no vive en un “barrio residencial”. Quizá no es muy conocida por el pueblo y las multitudes, pero sí es conocida por los hombres fieles. Esta es sin duda una de las tantas mujeres en las Escrituras que viven tan cerca de Dios que tienen un reconocimiento de aquellos que son espirituales.

Josías se pudo parar al lado de la columna porque él mismo era un baluarte. Él se presenta a sí mismo como un intermediario entre Dios y su pueblo, simbolizando así la función de nuestro Salvador (1 Ti 2:5).

Tan pronto como el pueblo da su aprobación el rey comienza a “limpiar” la nación de toda la contaminación idólatra. Esta perversión se ha extendido al mismo templo del Señor. También la misma ciudad de Jerusalén está contaminada y ni qué hablar del resto de Judá e Israel. Josías se presenta así como un ejemplo y modelo de fidelidad para los hombres y mujeres jóvenes que quieren servir al Señor con un corazón sincero.

Notas al margen

El escriba Safán actúa como el secretario del rey (2 R 22:8).

Parecería que es un hombre muy piadoso. Su influencia se va a hacer sentir no solo durante su vida, sino también en la de sus hijos: Ahicam (Jer 26:24), Elasa (Jer 29:3) y Gemarías (Jer 36:10,25) y en su nieto Gedalías (Jer 39:14).

La parte del libro de la Ley que se encontró probablemente fue el libro de Deuteronomio o parte del mismo, especialmente los capítulos 28 y 30. Josías tenía una preocupación sobre el estado espiritual no solamente del reino de Judá (sur), sino también del reino de Israel (norte) (2 Cr 34:21).

La indicación de la profetisa Hulda de que Josías va a *“ser reunido con sus padres en paz”* (2 Cr 34:28), es una promesa de que él va a ser sepultado, en la tradición judía, lo que era muy importante en su cultura. No es una indicación de la causa que va a determinar su muerte. Esta expresión es una de las tantas que muestran que en el Antiguo Testamento, las personas creían que hay vida después de la muerte (Job 19:25) y (1 S 28:19).

Nos preguntamos cuál fue la razón por la que no fueron consultados los profetas Sofonías, Jeremías o Nahúm. Algunos piensan que Sofonías era muy joven en ese momento. Jeremías y Nahúm podrían haber estado lejos de la ciudad.

La profetisa Hulda era tan estimada por los escritores judíos, que ella y el sacerdote Joyada fueron las únicas personas que no eran de la casa de David y que sin embargo, fueron sepultadas en Jerusalén (**2 Cr 24:15-16**).

El líder que hay en mí

Para el líder cristiano la Biblia no está solamente en la biblioteca sino también en el corazón. La estudia y sigue fielmente sus enseñanzas. Tal como lo hizo Josías, escucha el mensaje y lo comparte.

Cuando el Rey hace la convocatoria al pueblo, se para derecho *“junto a la columna”* (**2 R 23:3**). Yo veo ahí no una sino dos columnas. Una es de piedra, la otra es de “carne viva”. Es un hombre joven que está dispuesto a ser fiel a su Dios cueste lo que cueste. Tú y yo aquí no somos reyes pero podemos ser pilares firmes en la iglesia local y fieles a Dios (**Ap 3:12**).

Temas para el estudio en grupo

- La importancia de servir al Señor desde temprana edad.
- Sirviendo al Señor de todo corazón.
- Ser una luz en un lugar de oscuridad y una columna en la iglesia local.
- Venciendo los obstáculos para llegar a ser lo que Dios quiere que seamos.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cómo reacciona el rey Josías ante la lectura del *“Libro de la Ley”*?
2. ¿Cuál es la respuesta de Dios al arrepentimiento de Josías?
3. ¿Por qué no se cumple el popular dicho: “De tal palo tal astilla”, en el caso de Josías?
4. ¿Qué dice el profeta Sofonías sobre la situación moral de la magistrados, jueces y profetas? (**Sof 3:3-4**).
5. ¿Cómo hizo Josías para no apartarse a la derecha ni a la izquierda de los caminos de Dios?
6. ¿Por qué es posible para el creyente actual vivir una vida si: “desviarse”?
7. ¿Por qué vale la pena servir a Dios de todo corazón aun desde la niñez? (**2 Ti 3:15**).

Reformas del rey Josías (2 Crónicas 34:1-31) (2 Reyes 23:4-20)

¡Los carros y la estatua! No, por favor. ¡Los carros y la estatua! No, por favor. ¡Son tan hermosos!

Uno de los cortesanos acaba de propagar la noticia:

— El rey va a ordenar que las estatuas de Asera y los carros sean destruidos.

Otro de los nobles murmura consternado:

— Pero... ¡Esas estatuas han estado allí por muchos años! ¡No es posible!

— El rey va a dar la orden, ya está decidido — afirma el cortesano.

Otro por allí cuestiona:

— ¿Pero esas representaciones son una obra de arte! ¡Y los carros, ni que hablar! Los visitantes que venían de lugares muy lejanos se quedaban admirados de la belleza de esas esculturas.

— ¡Jerusalén va a perder mucho de su esplendor! — Agrega otro de los palaciegos.

— Es un hecho, los carros serán quemados y los caballos retirados — reitera el cortesano

— ¡Ni siquiera los árboles rituales, que colocó Salomón y que han estado allí desde hace cuatrocientos años atrás, se salvarán!

— Es muy extraño que Salomón siendo tan sabio nunca pensara que esas imágenes de Asera estaban en contra de la ley de Moisés — comenta otro cortesano.

El rey Josías convoca a una reunión. El sacerdote Hilquías y otras autoridades religiosas y del gobierno están presentes.

— Señores ministros y sacerdotes. El propósito de esta sesión es informarles sobre algo que siento profundamente en mi corazón. Durante el reinado de mi bisabuelo, el rey Ezequías, la nación estaba en peligro de ser destruida. Él oró y se humilló y como resultado el profeta Isaías le dio un mensaje de esperanza. Y en una sola noche el Ángel del Señor mató a 185.000 soldados enemigos del ejército de Senaquerib.

Sin embargo, tengo que informarles que hemos encontrado el Libro de la Ley; y allí se nos dice claramente que hemos pecado y que el castigo es inminente. Dios odia la idolatría. Jerusalén está repleta de fetiches. Judá está cubierto de imágenes paganas. Israel, el reino del norte está saturado de estatuas diabólicas.

Mañana nos reuniremos con el pueblo en una asamblea nacional. La espada del juicio de Dios está sobre nuestra cabeza. Si no nos arrepentimos estaremos perdidos.

Los religiosos y los consejeros escuchan con atención.

— Señores consejeros y sacerdotes, ¿tienen algo que decir? — pregunta el monarca.

Se levanta el ministro “Señor Aplazamiento”, y dice:

— Majestad, yo sugiero que estas medidas que usted ha mencionado se ejecuten de manera progresiva y no de forma inmediata. Usted sabe... Ha que evitar el descontento de los que no están de acuerdo.

Luego se levanta el consejero “Señor Relaciones Públicas”, y dice:

— Alteza, yo creo que sus medidas son excelentes. Sin embargo me temo que usted va a enfrentar mucha oposición y que podría perder popularidad. Usted sabe... Es muy importante mantener un alto perfil

Después toma la palabra el ministro “Señor Tolerancia”, y dice:

— Mi Rey, yo también estoy de acuerdo con el proyecto. Sin embargo me preocupa que si lo llevamos adelante nos van a tachar de intolerantes. Recuerde que su bisabuelo Ezequías, quien fue muy religioso, dejó muchas cosas como estaban para no irritar a los que tenían “otras ideas”. Usted sabe... No se puede ignorar qué van a decir los pueblos amigos acerca de nuestra actitud de sectarismo e intransigencia.

Cuando todos han terminado el rey se dispone a comunicar sus convicciones. Es un hombre joven de tan solo 26 años, pero evidencia una madurez mucho mayor que la de su edad. Posee una sabiduría profunda y sobre todo teme al Señor (**Pr 1:7**).

— Señores sacerdotes, Señores ministros y consejeros. Les agradezco sus ideas. Pero déjenme citarles las palabras de Josué: *“Pero si os parece mal servir al Señor, escogeos hoy a quién sirváis... Pero yo y mi casa serviremos al Señor”* (**Jos 24:15**). Yo estoy dispuesto a seguir fielmente a Dios en cada detalle de mi vida.

Los sirvientes corren por el palacio real. Uno a otro se van pasando la noticia:

— ¿Sabes cuál es la última noticia? — dice uno a otro:

— El rey ha promulgado la ley y va a limpiar a Jerusalén y a Judá de todos los ídolos.

Unos días después todo el pueblo está reunido. Se ha hecho un *“pacto delante de Dios, de andar en pos del Señor y de guardar sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos con todo el corazón y con toda el alma, para cumplir las palabras de este pacto escritas en este libro. Entonces todo el pueblo se puso de pie a favor del pacto”* (**2 R 23:3**).

La multitud, movida por el entusiasmo del momento, está de acuerdo en aceptar y seguir al Señor. Quizá solo unos pocos entienden el significado de esto en toda su profundidad. Pero allí está ese hombre joven dispuesto a servir al Señor cueste lo que cueste. No ignora que sus medidas de limpiar a Jerusalén y a Judá no van a ser muy populares. Él siente la responsabilidad delante del Señor de serle fiel en todo. Como lo expresaría el apóstol Pablo muchos siglos después: *“¿Qué acuerdo puede haber entre un templo de Dios y los ídolos?”* (**2 Co 6:6**).

Semanas después, el rey recorre el país. Está en el reino del norte. Allí *“también destruyó el altar que había en Betel y el lugar alto que había hecho Jeroboam... quien hizo pecar a Israel; destruyó ese altar y el lugar alto y lo convirtió en polvo, y quemó el árbol ritual de Asera...”* (**2 R 23:15-17**).

Cuando Josías vio los sepulcros que estaban allí en el monte preguntó:

— ¿Qué es aquel monumento que veo?

— Es el sepulcro del hombre de Dios que vino de Judá y anunció estas cosas que tú has hecho contra el altar de Betel — responde la gente de aquel lugar.

Ante esta respuesta Josías dijo:

— ¡Dejadlo! Que nadie mueva sus restos.

Llama mucho la atención que la gente de aquel lugar supiera muy bien de quién era ese sepulcro. Por eso pudieron responder de inmediato.

Es muy probable que Josías haya pensado dentro de sí: “Yo sabía de esa Escritura. Yo sabía que Dios, en su omnipotencia y soberanía, había determinado que yo fuera el brazo humano que iba a ejecutar ese vaticinio”.

La historia bíblica y nosotros

Comenzamos el capítulo con un diálogo entre el rey y sus consejeros. Este diálogo no se encuentra en el texto bíblico pero es muy probable que hubiera sucedido. Sería muy difícil creer que una reforma tan drástica como la que hizo Josías se pueda ejercer sin tener ciertos arreglos y sesiones preliminares. Este tipo de juntas están bien documentadas en el texto bíblico (**1 R 12:6-8**). Un rey necesita la obediencia y la cooperación de las fuerzas militares para hacer valer su autoridad. Como resultado de este “avivamiento”, cientos o miles de sacerdotes paganos van a ser ejecutados. Esto tiene cierta semejanza con lo que sucedió durante el tiempo del profeta Elías, pero sin la demostración espectacular y milagrosa que Elías logró cuando hizo “*descender fuego del cielo*”.

Es muy interesante que muchos de los problemas a los cuales se enfrenta Josías existan hoy, en cierto sentido, en forma más o menos similar.

En el nombre de la tolerancia se aceptan prácticas y costumbres inmorales como algo que “es una alternativa de vida”. Muchos de los sacerdotes que eran piadosos “se habían resignado” a vivir con esos ídolos paganos como una situación que había que “tolerar”.

Como parte de la “renovación”, los sacerdotes paganos son ejecutados. Si nos parece chocante esa drástica acción de Josías, nos hará bien recordar ciertas prácticas que estos sacerdotes paganos ejercían:

1) Tenían hábitos horribles. Por ejemplo: la de ofrendar niños que eran echados vivos al fuego en honor al dios Moloc. Para que no se escucharan los gritos de desesperación de los niños se hacía mucho ruido tocando los tambores. Al eliminar a esos perversos sacerdotes, se estaba salvando la vida de muchos niños inocentes.

2) Cuando estos hombres tenían de su lado el poder político perseguían y mataban sin compasión a los fieles seguidores del Señor. La idolatría había llenado todo el país. Jerusalén estaba repleta de dioses paganos.

Josías ataca el problema de la prostitución “religiosa” en el templo. ¡Parece increíble que nada menos que en el templo del Señor se cometan esos pecados! Sin duda alguna, Josías encuentra mucha oposición al tratar de hacer los “cambios”. ¡Qué difícil es modificar algo ya arraigado en la costumbre!

Las reformas de Josías y otras acciones abarcan distintas áreas y son múltiples:

a) Se sacan del santuario todos los objetos del culto de Baal, Asera y “*todo el ejército de los cielos*” (**2 R 23:5**). Todo esto es quemado en los campos de Cedrón. Josías hace exactamente lo mismo que hizo el rey Asa (**1 R 15:13**) y el rey Ezequías (**2 Cr 29:16**) (**2 Cr 30:14**).

Luego de que todo es quemado lleva las cenizas a Betel (**2 R 23:4**). La razón por la que lleva las cenizas a Betel, que fue el primer altar edificado por Jeroboam en contra de la voluntad divina, es para contaminarlo (**1 R 12:29**). Al hacer esto se busca que nunca más se utilice ese lugar para la idolatría.

b) Excluye a los sacerdotes que se habían “contaminado”. Estos eran sacerdotes del Señor pero habían ofrecido sacrificios en lugares altos. Son destituidos de sus funciones en el templo pero se les permite recibir alimentos y que vivan entre sus colegas (**2 R 23:9**). Por el contrario, los sacerdotes de Baal, Asera y otras divinidades paganas son ejecutados (**2 R 23:20**). Elimina a los que quemaban incienso a Baal, al sol, a la luna, a los signos del zodiaco y a todo el ejército de los cielos (**2 R 23:5**).

Barnes nos dice: “Es probable que los lugares altos de Judea hayan continuado en general con la adoración de Jehová con ritos idólatras, mientras que en Samaria degeneró en una adoración de otros dioses”.

c) Específicamente se menciona “el árbol ritual de Asera” que está nada menos que “en la casa del Señor” (**2 R 23:6**). Asera era la diosa de la fertilidad y se adoraba con ceremonias de “prostitución religiosa”. Se consideraba que era la madre de Baal. En el proceso de la fabricación del ídolo se utilizaba madera (**Jue 6:26**).

d) Echó abajo las habitaciones de los varones consagrados a la “prostitución ritual” pagana.

e) Destruyó los altares de las puertas que estaban a la entrada de la puerta de Josué (**2 R 23:8**).

f) También profanó el Tófer, que estaba en el valle del hijo de Hinom, para que ninguno pasase por el fuego a su hijo o a su hija en honor a Moloc (**2 R 23:10**). La palabra Tófer viene de la raíz de la palabra tambor.

g) Quitó de la entrada de la casa del Señor los caballos que los reyes de Judá habían dedicado al sol... quemó en el fuego los carros del sol (**2 R 23:11**). Estas estatuas equinas con carros se usaban en desfiles religiosos.

Los adoradores del sol creían que este astro hacía su recorrido en el cielo en un carro tirado por caballos blancos. Me inclino a la opinión de Donald T. Moore de que se trataba de estatuas. Otros creen que eran caballos reales.

h) Destruyó el altar que había en Betel y el lugar alto que había hecho Jeroboam (**2 R 23:15**).

i) Mató sobre los altares a todos los sacerdotes de los lugares altos que estaban allí, y sobre ellos quemó huesos humanos. Al hacer esto el lugar quedaba contaminado (**Nm 19:16**).

j) Eliminó a los que invocaban a los muertos y a los espiritistas (**2 R 23:24**).

Insistimos en esta enumeración tan larga que la Escritura nos presenta porque cada detalle es importante.

Lamentablemente, no solo la nación del norte había caído en la idolatría sino que en el mismo templo de Dios se habían puesto caballos y carros para el sol y el árbol ritual de Asera. El santo templo de Dios estaba cubierto de hermosas figuras que no por eso dejaban de ser inmundas. Dios no las había mandado.

Aquí no se discute el valor estético o artístico de esos ídolos, sino que se plantea que los mismos estaban en absoluta violación de la voluntad de Dios. Las estatuas de Asera eran hermosas, los carros eran espectaculares pero tenían que ser destruidos por el fuego.

¡Qué advertencia nos da el apóstol Pablo!: “Así que, amados, ya que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda impureza de cuerpo y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (**2 Co 7:1**). Este capítulo nos advierte del peligro de la introducción de elementos falsos y ajenos a la voluntad de Dios en la iglesia local.

La destrucción del altar en Betel es un hecho muy significativo. En franca oposición a la voluntad divina, este altar había sido, por casi 400 años, el principal centro de adoración fuera de Jerusalén. Josías lo “contamina” con los huesos humanos para que nunca jamás alguien lo utilice como lugar de adoración. Es muy interesante que en una tumba estuvieran los restos de dos profetas: El de Betel, y el de Judá que fue engañado y que lo mató un león (**1 R 13:1-31**). Lo inverosímil es que ese profeta de Judá anunció 326 años antes que ese altar iba a ser destruido por un descendiente de la casa de David que se llamaría Josías. Esta es una de las muy pocas personas en las Escrituras a quienes se les ha dado un nombre antes de nacer: el Señor Jesucristo (**Mt 1:21**), Juan el Bautista (**Lc 1:13**), Ismael (**Gn 16:11**) e Isaac (**Gn 17:19**).

En nuestra sociedad actual no echamos a los niños en el fuego de Moloc, pero todas las ciudades están llenas de perversos que los abusan (pedofilia).

Oramos para que el Señor nos dé un deseo firme en nuestro corazón de serle fieles aun sabiendo que esto tiene un costo.

Usted y yo no podemos limpiar al país como lo hizo el rey Josías. Pero sí tenemos la responsabilidad de mantener nuestro hogar sin los ídolos falsos e inicuos de Hollywood y medios similares que nos atacan por medio de la televisión y otros medios electrónicos.

El líder que hay en mí

Una de las áreas más difíciles en nuestra vida tiene que ver con apartarnos de todo lo que la Biblia condena. Josías lo hizo a pesar de que tuvo sin duda una fuerte oposición.

Esta es una de las reformas más profundas que vive Israel. En este joven rey hay un ardor sincero y devoción a la causa del Señor. ¿Qué es lo que lo mueve y de dónde saca fuerzas para hacer una revolución espiritual tan grande? Sin duda que de la meditación en “el Libro de la Ley”. Una convicción profunda acerca de la santidad de Dios ha impactado a este joven monarca.

Temas para el estudio en grupo

- Josías, ejemplo de fidelidad al Señor.
- La importancia de seguir las instrucciones de la Biblia.
- El peligro constante de introducción de elementos ajenos a las Escrituras en la iglesia local.
- Dios puede utilizar grandemente a un joven que le es fiel.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuáles cosas hizo específicamente Josías para combatir la idolatría?
2. ¿En qué consistió el pacto que hizo Josías con el Señor?
3. ¿De quién era el sepulcro que Josías vio, y cuál era el significado de esto?
4. ¿Por qué Josías manda ejecutar a los sacerdotes paganos?
5. ¿Cómo se relaciona lo que hizo Josías purificando el templo con las palabras del apóstol Pablo: *“Limpiémonos de toda impureza de cuerpo y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”* (**2 Co 7:1**)?

Una experiencia inolvidable (2 Crónicas 35:1-19)

— El rey es un legalista — susurra uno de los ministros del rey Josías.

Otro ministro, de menor estatura y más joven, le responde cuchicheando:

— Es verdad, él quiere hacer todo de acuerdo con la Ley de Moisés. No se da cuenta de que los tiempos han cambiado mucho.

El de mayor estatura agrega:

— Lo que el rey está pidiendo es algo imposible. La última vez que se celebró la Pascua fue hace más de 100 años. Mi abuelo nos contó que su padre le había narrado todo el trabajo que tuvo que hacer el rey Ezequías. El rey se vio obligado a postergar la celebración un mes porque no pudo llegar con los preparativos y la purificación de los sacerdotes (**2 Cr 30:3**).

— Yo creo que sería más fácil celebrarla en el tercer o cuarto mes. Esto nos daría más tiempo y aun el clima estaría más apropiado.

— El rey insiste — responde el otro — que tiene que ser el día catorce del mes primero. ¿Es necesario ser tan preciso? ¿No sería lo mismo en otro momento?

— La verdad es que los levitas dicen que tiene que ser exactamente en esa fecha — aclara el más joven.

— ¿Cómo vamos a hacer si todo Judá y parte de Israel viene a Jerusalén? — cuestiona el otro —, las casas, aun contando las de los pueblos cercanos, no bastarían. ¿De dónde vamos a sacar tanta comida para esta muchedumbre?

Las semanas han pasado... El ministro de mayor estatura le dice a su colega más joven:

— ¿Sabes? Me estoy entusiasmando con esta idea de celebrar la Pascua. Los sacerdotes están diciendo que Dios promete su bendición cuando le obedecemos. Tenemos que admitir que desde que Josías empezó a gobernar las cosas han cambiado para bien.

— ¿Te enteraste de la última? — Pregunta el ministro más joven —. El rey Josías dio de sus propios rebaños para los sacrificios de la Pascua, treinta mil corderos y cabritos, y tres mil cabezas de ganado vacuno.

— Eso sí que es bien raro — comenta el otro —. Su abuelo Manasés nunca le daba nada a nadie. Manasés defraudó a mucha gente.

Es interesante que también los magistrados hayan donado con liberalidad al pueblo. El rey ha dado órdenes de que los sacerdotes se preparen; a los porteros les ha ordenado que estén en cada puerta.

Mientras tanto, los chiquillos que juegan en las calles conversan ente ellos:

— ¿Ya saben que vamos a tener una gran fiesta? ¡Vamos a celebrar la Pascua del Señor!

— ¿Qué es la Pascua? — Pregunta un niño pequeño a su padre.

El padre le cuenta al niño, con lujo de detalles, acerca de la muerte de los primogénitos en Egipto, de la sangre del cordero puesta en el dintel de las puertas y de la salida de la cautividad.

Por fin, llega el día esperado por todos. Un júbilo inmenso se siente en Jerusalén. En cada aldea alrededor de la capital hay cientos de visitantes. Para ese día, el “menú” será exactamente el mismo en todas las casas. Las familias celebran la Pascua con gozo y el Señor les imparte paz. Han pasado los días y todo el pueblo se ha regocijado en el Señor a celebrar la Pascua. El mismo niño le dice al padre:

— Papá, ¡qué linda está la fiesta del Señor! ¡Yo quiero tener otra!

La historia bíblica y nosotros

Algunos héroes bíblicos son recordados por sus grandes victorias militares, como es el caso del rey David. Otros, como Salomón, por la construcción de un gran edificio como el templo de Jerusalén. Sin embargo, Josías adquiere un lugar destacado en el “salón de la fama” por razones diferentes. Él se destaca por ser el instrumento que Dios usa para un avivamiento. Su lugar en la historia no lo determina la altura ni el tamaño de un edificio, que es admirado por las naciones, sino por una frase de aprobación que sale directamente de la Escritura: *“No había sido celebrada en Israel una Pascua como esta desde el tiempo del profeta Samuel...”* (2 Cr 35:18).

Cuándo Dios aprueba, ¿quién puede decir algo mejor? Josías muestra su liderazgo espiritual. Él logra que *“todos los que se hallaban en Israel sirvieran al Señor su Dios. No se apartaron de ir en pos del Señor, el Dios de sus padres, todo el tiempo que Josías vivió”* (2 Cr 34:33). Hay pocas personas que tienen ese poder de inspirar y “contagiar” espiritualidad. Josías tenía la virtud de poder animar y reavivar. *“Él puso a los sacerdotes en sus cargos y los alentó al servicio de la casa del Señor”* (2 Cr 35:2). También hizo que colocaran el arca sagrada en el lugar que le correspondía en el templo (2 Cr 35:3).

La celebración de la Pascua se hizo exactamente como lo estipula la Ley de Moisés en todos sus detalles (2 Cr 35:11-14). Notamos que *“los sacerdotes se colocaron de pie en sus puestos, y los levitas según sus grupos, según el mandato del rey”* (2 Cr 35:10). También *“los cantores... estaban en su puesto...”* (2 Cr 35:15), sin duda dirigiendo la alabanza. También *“los porteros estaban en cada puerta...”* (2 Cr 35:15). Cada grupo de personas que tenía una responsabilidad la cumplió fielmente y el resultado fue una celebración de gran bendición espiritual.

Luego que la Pascua se celebró por siete días, vino la fiesta de los Panes sin levadura.

Todo este esfuerzo podía haber terminado en un fracaso si se hubiera hecho “en la carne”. El escritor bíblico nos muestra la evaluación divina. *“No había sido celebrada en Israel una Pascua como esta desde el tiempo del profeta Samuel, ni ninguno de los reyes de Israel celebró una Pascua como la que celebró Josías, con los sacerdotes, los levitas y todo Judá e Israel que se hallaron allí, junto con los habitantes de Jerusalén. Esta Pascua fue celebrada en el año 18 del reinado de Josías”* (2 Cr 35:18-19).

Vemos el fervor espiritual de este hombre joven que organiza la celebración de una Pascua que es considerada inigualable desde los tiempos del profeta Samuel.

Hoy, como en los días de Josías, tenemos el peligro de tener costumbres o prácticas que no corresponden en la iglesia local y no tener lo que realmente le pertenece. El “arca sagrada” era importantísima en el mobiliario del templo. En la iglesia local la persona y la obra de Jesucristo deben tener siempre el lugar primordial. La Santa Biblia tiene que seguir teniendo el lugar de autoridad que le corresponde. En ciertas iglesias acostumbran a tener estudios sobre el libro de un famoso predicador. Sin duda esto puede tener gran beneficio, pero nunca debe reemplazar la lectura, meditación y exposición de la Palabra.

El rey Josías sin duda fue tildado de ser un “legalista”. La palabra legalismo la define el diccionario de la Real Academia Española como la “tendencia a la aplicación literal de las leyes sin considerar otras circunstancias”.

Josías no fue un legalista sino que fue un sincero creyente que decidió ser fiel a lo que las Escrituras enseñan. Sin duda necesitamos hoy muchos hombres y mujeres como él.

Lo que muchos en sus días confundieron con legalismo era un deseo profundo de ser fiel a Dios en todo. Nuestro Señor Jesucristo tuvo siempre esa misma actitud (**Jn 4:34**).

Muchas veces se utiliza la expresión: “los tiempos han cambiado mucho”, para justificar los cambios en ciertas prácticas y costumbres dentro de la iglesia local. Sin duda no hay problema en hacer cambios, pero siempre y cuando se esté hablando de costumbres tradicionales y no de asuntos doctrinales. El mensaje del evangelio es el mismo hoy que el de dos mil años atrás, y tiene que ser presentado con la misma sencillez y pureza (**Ro 1:16**) (**1 Ti 1:15**).

La Pascua tenía como objeto recordar la esclavitud en Egipto, la liberación efectuada por medio de Moisés, y de manera especial recordar la protección conferida por la sangre del cordero en el dintel de la puerta. Le hacía mucho bien al pueblo de Israel recordar estas cosas. De la misma manera, nos hace bien recordar hoy la obra del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. En la Cena del Señor los creyentes tenemos la oportunidad de meditar en su obra y seguir su mandato: “*Haced esto en memoria de mí*” (**1 Co 11:24-25**).

Observemos que la adoración extraordinaria que se produce en relación con la Pascua ha sido precedida de la purificación a nivel externo demostrada en la destrucción de la idolatría. A nivel interno la promesa de seguir al Señor en todos sus caminos. Nos preguntamos qué fue lo que hizo que esa Pascua fuera tan extraordinaria. Nunca hubo en la historia de los reyes de Judá e Israel algo tan precioso.

Por supuesto que no se refiere al número de personas que participaron. Creo que se señala el estado espiritual de la gran mayoría de los participantes, pero también los detalles en la preparación y celebración de acuerdo con la ley. Por supuesto que no todos eran muy “espirituales”. Esta fiesta también nos recuerda una gran verdad: “*Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido sacrificado*” (**1 Co 5:7**).

Notas al margen

Jamiesson dice: “La gran mayoría del pueblo del reino del norte estaba en el destierro, pero algunos de los demás habitantes hicieron el viaje a Jerusalén en esta ocasión. Fueron empleados 37.600 corderos y cabritos pascuales, así que, contando diez personas por cada compañía daría 376.000 personas que asistían a la fiesta”.

La celebración de la Pascua se hace alrededor del año 622 a. de J.C.

Josías tiene el privilegio de ser uno de los que inician un avivamiento espiritual. Este avivamiento duró solo 13 años; sin embargo, sus repercusiones fueron sin duda mucho mayores de lo que nosotros podemos entender.

El líder que hay mí

Josías, sin duda, al celebrar la Pascua es acusado de ser “legalista” cuando en verdad todo lo que trata de hacer es obedecer los preceptos de Dios.

Un joven de 26 años ha logrado algo a nivel nacional que tiene la aprobación del Señor. En la historia de la iglesia de Dios abundan ejemplos de hombres y mujeres que desde muy temprana edad tuvieron un impacto en el lugar en que estaban. El Señor por su Espíritu puede repetir esto en nosotros **(Ef 3:20-21)**.

Josías pasa a la historia no por el triunfo de una gran batalla sino por una victoria espiritual y una vida ejemplar.

Temas para el estudio en grupo

- La importancia de ser fieles a las Escrituras **(Jn 14:21)**.
- Recordando la muerte y resurrección del Señor Jesús (nuestro Cordero pascual).
- La bendición que significa tener la aprobación de Dios.
- Tenacidad y fidelidad al Señor en medio de las dificultades.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Por qué el rey insiste en celebrar la Pascua?
2. ¿Qué demostró el rey al hacer esa gran donación de ganado para celebrar la Pascua?
3. ¿De todo lo que hizo Josías qué es lo que le da un lugar inigualable en la historia de Judá? **(2 Cr 35:18-19)**.
4. ¿En qué se demuestra el liderazgo espiritual de Josías? **(2 Cr 34:33)**

Honesto, pero quizá equivocado (2 Crónicas 35:20-27) (2 Reyes 23:24-29)

La sala principal del palacio real resplandece con las luces titilantes de las velas. El rey Josías ha convocado a un consejo de ministros y a sus principales generales. También han sido invitadas las altas autoridades religiosas.

Trece años de relativa paz han pasado desde la celebración de la Pascua. En este tiempo Josías ha tratado de aumentar su poderío bélico y mantener un buen nivel de preparación para la guerra.

— Señores ministros, generales y autoridades religiosas — introduce el rey — , la razón de esta convocatoria urgente es que he sido notificado por nuestro servicio de inteligencia que el faraón Neco se dirige hacia acá con un ejército extraordinario. Egipto es una superpotencia y nosotros somos un país pequeño. Sabemos que Dios está de nuestro lado y que él es omnipotente, sin embargo, quiero escuchar sus sugerencias.

El comandante en jefe del ejército es un hombre que ha estado en combate repetidas veces. Su rostro de hombre maduro muestra la firmeza y determinación que muchos años de duras campañas militares le han traído. Se levanta y dice:

— Majestad, nuestro ejército está dispuesto a defender el suelo patrio. Salimos de Egipto como esclavos con Moisés y no queremos volver a la esclavitud. Debo confesarle que estamos dispuestos a pelear hasta el “último hombre”. Si dejamos que este ejército penetre en el país y se atrinchere no hay forma de que luego podamos desalojarlo.

El viejo guerrero calla, inclina su cabeza y se sienta. Toma la palabra el segundo en el comando; es alguien más joven que el comandante; habla con voz grave y fuerte:

— Alteza, estoy de acuerdo con lo dicho por el comandante en jefe. La verdad es que no tenemos poderío militar como para hacerle frente. Ellos tienen un ejército profesional; cuentan con carros y equipos de guerra más sofisticados y de ninguna manera podríamos enfrentarlos. Pero estoy de acuerdo con lo que usted dice, Dios está de nuestro lado y él es omnipotente.

Un murmullo que denota preocupación se percibe en la sala.

Toma la palabra un ministro. Es un hombre de edad madura, un poco pasado de peso, con calvicie precoz y ojos pequeños que se mueven inquietos para todos lados. Con voz convincente dice:

— Mi rey, yo soy muy patriota; sin embargo, un patriota muerto no sirve para nada. Creo que tenemos que mandarle una embajada al Faraón y decirle que estamos dispuestos no solamente a dejar pasar su ejército sino a proveerle de todo lo que necesita. Opino que tenemos que firmar un pacto de “no agresión” y que estaremos dispuestos a proporcionar fondos para los proyectos que el Faraón tiene en sus manos.

Uno a uno los ministros se van levantando y más o menos dicen las mismas cosas.

El rey Josías se levanta, sus 39 años revelan la plenitud de su vigor y fuerzas y la determinación en su mirada, para decir con voz firme y segura:

— Señores generales, ministros y sacerdotes: Mi bisabuelo el rey Ezequías estaba rodeado por un ejército de 185 mil soldados al mando del general Senaquerib. Jerusalén estaba perdida. Mi bisabuelo el rey oró y también lo hizo el profeta Isaías. Ustedes saben

bien la historia. Dios envió su ángel y en una noche destrozó al ejército enemigo. Como rey estoy obligado a defender el reino de Judá. No podemos permitir que ese enorme ejército nos invada. No debemos tolerar que atraviesen nuestro territorio. También como descendiente directo de mi antepasado el rey David, decreto que el ejército se prepare para pelear contra el enemigo. ¡Y que sea lo que Dios quiera!

Se hace un silencio sepulcral. Se siente el frío de la muerte. De pronto, uno de los ministros exclama: “¡Viva el rey Josías!”. Todos levantan los brazos y prorrumpen en vítores al rey. Luego, todo queda en silencio.

Varias semanas después las tropas al mando de Josías se dirigen para bloquearle el paso al gran ejército egipcio. En pleno campamento se convoca otra reunión de emergencia. En una tienda de campaña está reunido el rey con su estado mayor. Acaba de llegar un heraldo trayendo un mensaje del faraón Neco. Ante la presencia del Rey, el comisionado de Neco hace una reverencia. Todos guardan absoluto silencio.

— ¡Habla! — Ordena el monarca.

— El faraón Neco dice: “*¿Qué tenemos tú y yo, oh rey de Judá? Yo no he venido ahora contra ti, sino contra el pueblo que me hace la guerra. Dios me ha dicho que me apresure. Por tu bien, deja de resistir a Dios, porque él está conmigo; no sea que él te destruya*” (2 Cr 35:21).

El mensajero calla. El rey Josías dice:

— Dile a tu amo que yo defenderé mi país hasta el último hombre.

El mensajero se retira.

— Majestad — dice el comandante en jefe —, nosotros estamos dispuestos a seguirlo hasta la muerte, si es necesario.

El segundo en el comando pide la palabra:

— Alteza, yo estoy tan dispuesto como todos a luchar por usted y por Judá, pero me pregunto si no tendría sentido tratar de evitar un conflicto a lo menos en este momento. Después de todo Neco dice que él no viene a pelear contra nosotros. Quizá sea verdad.

Otro de los generales pide la palabra:

— Mi rey, creo que hay que considerar las palabras del faraón Neco. Él dice que está haciendo esto porque Dios le ha dicho que se “*apresure*” (2 Cr 35:21). ¿Será posible que el Dios de Israel se “haya pasado” al enemigo y ahora esté a favor del faraón de Egipto en vez de con nosotros?

El rey ahora se yergue sorprendido. En unas pocas semanas ha envejecido diez años. Habla lentamente y con aplomo:

— Nuestros enemigos siempre dicen que Dios está de su lado y que va a ayudarlos. Yo no puedo creer que Dios esté del lado de un rey idólatra, blasfemo y burlador.

El monarca desenvaina su espada y alzándola hacia al cielo dice:

— Como rey de Judá mi obligación es defender nuestro territorio y vamos a combatir contra el faraón Neco.

Pocos días después se da la batalla. Los generales de Josías insisten en que él no entre en el campo de batalla en su carro real y con sus ropas principescas.

— Majestad, se lo pedimos con todo respecto. Es asunto de seguridad nacional.

El rey Josías accede y entra al campo de batalla de forma encubierta en uno de los carros de guerra. De inmediato, el enemigo se da cuenta de que quien está allí es un militar muy importante.

Con valentía y arrojo el rey dirige su ejército. No se queda a la retaguardia sino que él mismo trata de atacar al faraón Neco. *“El rey Josías va a su encuentro” (2 R 23:29)*. Josías se acerca tanto al enemigo que el mismo faraón Neco puede verlo.

Cientos de flechas vuelan hacia donde se encuentra Josías. Este se tambalea en el carro. Con voz trémula dice: *“¿Retíradme porque estoy gravemente herido!” (2 Cr 35:23)*. Los caballos de su carro, al parecer, también han caído. Aun poniendo en riesgo sus vidas, los servidores logran trasladar el cuerpo herido del rey a otro carro. Le quitan parte de la armadura y tratan de contener la hemorragia.

En el camino a Jerusalén, resuenan a oídos del rey las palabras del Señor: *“Yo también te he escuchado... Por tanto, he aquí que yo te reuniré con tus padres y serás reunido en tu sepulcro en paz. Tus ojos no verán todo el mal que traeré sobre este lugar” (2 R 22:19-20)*. Una sutil sonrisa se insinúa en el rostro moribundo del monarca, mientras dirige sus ojos al cielo.

El relato bíblico y nosotros

Hay dos posiciones principales en cuanto a la interpretación de estos hechos. Cualquiera que sea la posición que tomemos hay lecciones muy importantes que debemos aprender.

En la primera posición, Josías desobedece al Señor al ir a pelear; por lo tanto es disciplinado con la muerte en el campo de batalla.

Esta alternativa es sustentada por muchos de los comentaristas clásicos. Se basa en la explicación literal del texto que dice: *“Pero Josías... no hizo caso a las palabras de Neco, que en realidad procedían de la boca de Dios” (2 Cr 35:22)*.

Este enfoque, sin embargo, tiene ciertas debilidades.

a) Asume que Josías debió haber permitido que un gran ejército entrara en su territorio, y que luego éste se retiraría sin atacarlo. Tal como Josías temía, Neco, luego de perder la batalla de Carquemis, conserva un buen ejército que le permite destronar al rey elegido por el pueblo y poner a un rey simpatizante con él. (Cualquier militar entiende claramente el peligro que significa dejar entrar un gran ejército en el territorio nacional).

b) Da por sentado que Josías no busca suficientemente la dirección de Dios en cuanto a esta crisis. ¿Quién de nosotros puede decir que en forma regular busca “a fondo” la voluntad divina en cada situación de la vida?

c) Admite, sin pruebas, que Josías ha decaído espiritualmente luego de una vida de fidelidad al Señor y de ese histórico avivamiento que sucedió 13 años antes. Con la excepción de la difícil interrogante que se plantea cuando decidió ir a pelear contra Neco, no hay ningún comentario negativo sobre Josías: *“No hubo un rey antes de él [Josías] que se volviera como él al Señor con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. Ni tampoco se levantó otro igual después de él” (2 R 23:25)*.

Este tipo de declaraciones, como la mencionada en (2 R 23:25), no se utiliza muy a menudo en la Escritura. Solo se utilizan en relación con muy pocas personas.

d) Acepta que por razón de ir a la guerra Josías es herido y muere. Esto es parte de la “disciplina” divina. Esta posición tiene la dificultad de que ignora que Josías va a morir para no ver la destrucción que sucederá en un tiempo corto. Aquí no se trata de una de

esas antiguas historias infantiles que siempre terminan diciendo: “vivieron largos años muy felices”. El reino de Judá tenía sus días contados.

La segunda posición admite que quizá Josías sí se apresuró a ir a la guerra pero que el Señor permite (en vez de que “lo disciplina”) que él sea herido.

a) El hecho de que por cientos de años la memoria de Josías es honrada en himnos litúrgicos contradice el que Josías conscientemente se opusiera a la voluntad de Dios. Por muchos años se recordaba su muerte a nivel nacional. Un profeta como Jeremías no escribiría honrando altamente a alguien que hubiera pecado desobedeciendo voluntariamente el mandato divino.

b) La promesa que Dios, en su omnisciencia, le hizo a Josías de que iba a morir y ser sepultado en paz, por supuesto incluye que el Señor, en su providencia, sabía lo que Josías iba a decidir.

Esta historia nos trae algunas interrogantes profundas.

1) ¿Cómo se explica el hecho de que Dios le asegure a Josías que será reunido al sepulcro de sus padres en paz, y que este muera de una manera tan violenta?

Dios le había prometido a Josías, en forma incondicional, lo siguiente: *“Yo te reuniré con tus padres, y serás reunido en tu sepulcro en paz. Tus ojos no verán todo el mal que traeré sobre este lugar”* (2 R 22:20). Josías lo interpretó probablemente como una muerte “pacífica o serena”. Sin embargo, muere de las heridas en el campo de batalla. Por supuesto que el Señor es fiel y nunca falla. El énfasis de la promesa de Dios es que él no viera lo que iba a suceder con la invasión de Nabucodonosor y la destrucción del templo de Jerusalén. Una muerte en un campo de batalla no parece algo apacible. Es algo que produce un choque emocional. Dios en su omnipotencia permite a veces experiencias traumáticas como la de un accidente para llevar a un siervo suyo a la gloria. En otras oportunidades lleva al creyente en el curso de una enfermedad muy corta como un ataque al corazón o una enfermedad larga y consumidora como el cáncer. Dios no nos promete inmunidad ante estos problemas pero sí nos promete su presencia y que nos va a dar fuerzas (Mt 28:20). Para un israelita una de las cosas peores que le podía suceder era morir sin ser enterrado. Una de las bendiciones más grandes en esa cultura es poder ser enterrado en el sepulcro de la familia. Josías lo fue.

2) ¿Por qué Josías decide ir a la guerra después que fue advertido por el enemigo de que al hacerlo se oponía la voluntad divina?

Josías creyó que Neco mentía. Tal tipo de frases eran utilizadas comúnmente para disuadir al enemigo.

A Josías le hubiera sido más fácil mandar a un general y él quedarse en Jerusalén bien protegido bajo las fuertes murallas tal como lo hizo el rey David en una oportunidad (2 S 11:1). Él no ignora que el ejército enemigo es más poderoso. El valiente rey Josías sabe que su única alternativa es defender el suelo patrio y él mismo está dispuesto a tomar el alto riesgo de pelear contra un enemigo muy superior. Hay cierta similitud con la respuesta de Pablo ante la “negativa” profecía de Agabo: *“Yo estoy listo no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús”* (Hch 21:13).

Josías trató, humanamente hablando, de hacer todo lo posible para que el desastre que iba a suceder se evitara o postergara. Suponemos que buscó la dirección de hombres espirituales a su alrededor. Nos preguntamos: ¿Cuál hubiera sido la corriente de eventos si no hubiera ido a la guerra? Quizá no muy distinta.

3) ¿Qué significa la frase: “no hizo caso de las palabras de Neco, que en realidad procedían de la boca de Dios”? (2 Cr 35:22).

Dios en su infinita soberanía usa medios muy diversos para comunicarse. En una oportunidad utilizó una asna (Nm 23:28). Sin embargo, este no es el modo habitual. Neco era un rey pagano e idólatra. Dios en su propósito soberano lo utiliza para su propósito. Por supuesto que Neco no era un profeta de Dios y entendemos la dificultad que tuvo Josías en aceptar su mensaje. Al respecto, John Whitcombs dice: “Dios ha hablado a reyes paganos en varios tiempos sin necesariamente transformar sus corazones (Gn 12:17-20) (Gn 20:3-7)”.

El sumo sacerdote Caifás no creía en la divinidad de Jesucristo; sin embargo, profetizó: “Os conviene que un solo hombre [Jesucristo] muera por el pueblo, y no que perezca toda la nación” (Jn 11:50).

Jamiesson comenta: “Josías no pecó al oponerse a Neco; o si lo hizo fue un pecado de ignorancia”. Sobre lo mismo, Antonio Rengifo comenta: “Para sorpresa del mismo cronista, las palabras de Neco procedían de la boca de Dios”.

Dios puede utilizar aun a paganos idólatras para enviar un mensaje lo cual no significa que tengamos que escuchar con atención a estos pregoneros por esa posibilidad.

4) ¿Por qué Dios permite que alguien que le ha servido tan fielmente muera de una manera violenta?

Algo similar vemos en el capítulo 12 del libro de Los Hechos, cuando Jacobo es ejecutado por la maligna espada del rey Herodes. En ese mismo capítulo unas frases después leemos que el Señor envió su ángel quien abrió las puertas de la cárcel. Pedro, que iba a ser ejecutado a la mañana siguiente no lo fue (Hch 12:1-11). En el caso de Pedro, el Señor obra maravillosamente enviando un ángel para librar a su siervo. En el caso de Josías, el Señor permite que la ejecución se cumpla. Dios tiene un propósito único e individual en la vida de cada uno de nosotros. A veces un predicador o un misionero que ha sido de gran bendición muere en un accidente. Otro ejemplo, en el momento de escribir estas líneas, varios misioneros evangélicos surcoreanos han sido ejecutados por los talibanes en Afganistán. Nos preguntamos: ¿Por qué Dios permite eso?

Solamente podemos decir: “¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Ro 11:33). “Estimada es en los ojos del Señor la muerte de sus fieles” (Sal 116:15).

5) ¿Hizo mal Josías en ir a la batalla?

Parecería que con el grado de discernimiento que él tenía en ese momento decidió hacer lo mejor. El rey era un hombre que estaba dispuesto a dar su vida por su país. Albert Barnes dice: “Josías considera su deber oponerse a la marcha de una fuerza hostil en su territorio”.

El argumento de que el Faraón no iba a atacar a Judá estaba incorrecto. A la vuelta de la campaña que terminó con una derrota de Neco, este dirige su ejército contra Jerusalén. Saca del trono a Joacaz, hijo de Josías y lo lleva preso, y en su lugar pone a Eliaquim, hermano de Joacaz. Eliaquim promete obediencia a Neco, quien le impone un impuesto muy fuerte (2 Cr 36:2-4). Cada israelita ahora tiene que pagar tributo al faraón de Egipto (2 R 23:35).

El cadáver del enemigo solía ser ultrajado (**1 S 17:44**). Dios permite que su siervo Josías sea herido y muera. Sin embargo, en su funeral y sepelio se le tributaron los honores reales que merecía.

Todo el país lo llora y su muerte va a ser recordada en elegías mortuorias que serían cantadas por cientos de años después. Albert Barnes dice: “El destino de Josías fue sin precedentes. Ningún rey de Judá hasta ese momento había caído en batalla. Ninguno dejaba su tierra a la misericordia del conquistador extranjero. De ahí el carácter extraordinario de la lamentación (**Zac 12:11,14**)”.

6) ¿Pecó Josías en disfrazarse para entrar al campo de batalla?

Los expertos nos dicen que la palabra hebrea que se utiliza aquí para disfrazarse se puede traducir como “fortalecerse o estimularse para pelear”; o también “se equipó”.

Quizás no debemos atacar desmesuradamente a Josías por haberse disfrazado o haber ocultado su identidad. El hecho de que Josías mismo tratara de atacar a Neco está en oposición a creer que él se disfrazó para “salvar el pellejo”.

John Gill comenta: “Aunque disfrazado, él parece un general; ciertamente el comandante en jefe y por lo tanto lo atacan”.

La técnica de disfrazarse o de tener “dobles” se ha popularizado recientemente. Hoy también lo hacen los artistas o deportistas para evitar la publicidad. Los soldados también usan colores similares al paisaje (camuflaje).

La aparente discrepancia de dónde murió Josías, si en Meguido o en Jerusalén, se soluciona en que fue mortalmente herido en Meguido y fallece en camino o al llegar a Jerusalén (**2 R 23:30**) (**2 Cr 35:24**).

También es interesante el comentario que Donald T. Moore hace: “Otra pregunta enigmática es la relación de Jeremías con la reforma de Josías. Ni el libro del profeta ni el de historia explica esta relación a pesar de que los dos hombres de Dios eran contemporáneos”.

Lo que Neco no sabía era que Dios le había permitido ganar la batalla pequeña (Meguido), pero que perdería la que era muy importante (Carquemis). ¡Ganó la chica pero perdió la grande!

Dios no ha prometido protegernos siempre de la adversidad, ya sea esta física o mental. Hay formas más grandes de protección que esas. ¿Cuál fue el triunfo mayor de la fe en Dios: La de David que venció a Goliat con una honda o la de Esteban que cuando es martirizado dice: “*Señor no les tomes en cuenta este pecado*”?

Notas al margen

El rey Josías muere en el año 609 a.C. Nínive y el imperio asirio cayeron 3 años antes, en el 612 a.C.

Egipto va a combatir apoyando las fuerzas sirias y no en contra, como se entiende de algunas traducciones. Va a pelear en contra del nuevo imperio babilónico con su brillante jefe el emperador Nabucodonosor.

La batalla de Carquemis (605 a.C.) resulta en la derrota de Egipto que ha tratado de heredar parte del imperio asirio.

El líder que hay en mí

Muchas veces el líder tiene que tomar decisiones muy difíciles. Quizá tenga unas pocas horas para decidir algo que, como en este caso, se va a discutir por muchos años.

Josías tuvo que decidir entre su obligación moral de defender el territorio nacional peleando una batalla contra una superpotencia.

En este caso vemos la importancia de buscar la dirección de Dios y de estar absolutamente seguro de que esa decisión esté de acuerdo con las normas de la Santa Palabra. Josías fue honesto pero no podemos excluir que estuvo equivocado.

Temas para el estudio en grupo

- El creyente frente a la crisis.
- Buscando la voluntad de Dios.
- Cómo reconocer la voluntad divina.
- La muerte del creyente.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuál es el argumento que esgrime el rey Neco?
2. ¿Tendría Josías que haber permitido la invasión del rey de Egipto?
3. ¿Cómo se explica que Dios le prometió a Josías que iba a ser *“reunido al sepulcro de sus padres en paz”* (**2 R 22:20**), y sin embargo muere de una manera violenta?
4. ¿Por qué Josías decide ir a la guerra contra Neco después de ser alertado por su enemigo que al hacerlo se *“opone”* a la voluntad divina?
5. ¿Cómo puede el creyente reconocer la voluntad del Señor en tiempo de crisis?

Dispuso sus caminos delante del Señor (2 Crónicas 26:21-27:9)

Al rey Jotam se lo compara con su padre el rey Uzías, con la excepción de que Jotam no entró en el templo del Señor (**2 Cr 27:2**). Se menciona específicamente que su madre fue Jerusa, hija del sumo sacerdote Sadoc. Suponemos que ella era una de las fieles al Señor.

Jotam era un hombre dedicado a la arquitectura e ingeniería. Edifica la puerta superior del templo y trabaja en la reconstrucción de la muralla del Ofel en Jerusalén. Jerarquiza la defensa del país construyendo fortalezas y torres en las regiones montañosas y en los bosques.

También, Jotam emprende una campaña militar contra Amón, de la cual Jotam sale vencedor. Como resultado de esta victoria el enemigo le paga tributos consistentes en plata y alimentos.

Durante su reinado de 16 años el país se fortalece desde el punto de vista militar. La Escritura nos proporciona una razón para que todo esto ocurra, y es que: *“Jotam se hizo fuerte, porque dispuso sus caminos delante del Señor su Dios”* (**2 Cr 27:6**).

Jotam estaba tan consciente de la santidad de Dios que tomaba sus decisiones y dirigía sus pasos con la certeza de que el Señor lo estaba mirando.

Jotam muere a los 41 años de edad y es enterrado en la ciudad de David. Esto reitera que Jotam había sido justo.

El líder que hay en mí

Jotam fue uno de los muy pocos de los que no se nos dice nada negativo; más bien, todo lo que se nos informa es positivo.

Jotam aprendió de la historia el principio de la separación del poder político de lo religioso. Esto lo ayudó a no cometer el mismo desvío que su padre Uzías. Jotam no hizo grandes obras como algunos de sus predecesores pero nunca manchó su testimonio de ser un hombre de Dios.

Aunque la vida de Jotam no fue muy larga, hizo mucho. Era un líder por excelencia. Parecería que una de sus pasiones era la construcción (**2 Cr 27:3-4**). Durante su reinado predicaron los profetas Isaías, Oseas y Miqueas (**Is 1:1**) (**Os 1:1**) (**Mi 1:1**). Sin duda estos profetas logran impactar la vida de Jotam. El adalid siempre tiene siervos de Dios cuyo carácter y santidad le han dejado huella.

Jotam no tan solo salió vencedor en la campaña militar sino que fue también un previsor, ya que preparó fortalezas en distintos puntos del país. La nación tuvo abundancia de alimentos, cosa inusual en la historia de Judá (**2 Cr 27:5**).

El secreto de la existencia fructífera y exitosa de este rey reside en el principio de la obediencia. La clave de la vida plena de Jotam radica en que él *“dispuso sus caminos delante del Señor su Dios”* (**2 Cr 27:6**). Cada líder auténtico del siglo XXI también puede aplicar el principio de la obediencia a Dios para obtener una existencia fructífera y exitosa.

Epílogo

Hemos caminado juntos por el largo sendero de la historia para observar las vidas de algunos reyes del Antiguo Testamento. La lista de aquellos reyes que hicieron lo malo es larga. Pero también hubo buenos.

Algunos de esos nombres han sido casi olvidados. Algunos de ellos no hicieron grandes proezas ni tampoco cometieron grandes faltas. De algunos de ellos la Escritura dice que: *“hicieron lo recto delante de los ojos del Señor”*. De los reyes de Judá hay muchos que hicieron lo bueno.

De los reyes de Israel, después de la división del país y luego de la muerte de Salomón, no hay ninguno que hizo lo justo. De algunos de ellos sabemos muy poco.

Luego tenemos unos pocos nombres como Abías (**2 Cr 13:1-22**) y Joacaz (**2 Cr 36:1-3**) que nos intrigan. ¡No se nos dice si hicieron o no lo bueno! Sospechamos que hay una buena razón por la que no se nos provee esta información. El veredicto final no ha sido dado todavía.

Algunos de los reyes vivieron vidas cortas o su reinado no fue muy prolongado. Con otros sucedió todo lo contrario. Algunos de los que hicieron lo justo tuvieron padres temerosos de Dios. Sin embargo, en otros casos es como si una hermosa flor estuviera creciendo en un lugar sucio y descuidado. Surgen de un entorno idólatra y solo por la gracia de Dios se convierten de todo corazón al Señor.

¡Qué precioso es tener la aprobación divina al final de la vida con la frase: *“hicieron lo bueno delante de sus ojos”*!

A veces pensamos que hay que esperar hasta el juicio final para saber el veredicto. Sin embargo, un fallo preliminar, que no sé puede cambiar, fue dado para estos monarcas.

Al abandonar esta vida, cada uno de estos reyes dejó su corona. El sucesor de ellos la tomó para ponerla sobre su propia cabeza y continuar su reinado. Tú y yo nunca hemos tenido una corona. Sin embargo, la Palabra nos dice que somos hijos de Dios, reyes y sacerdotes:

“Y nos ha hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra” (Ap 5:10).

La exhortación de la Escritura es: *“Yo vengo pronto. Retén lo que tienes para que nadie tome tu corona” (Ap 3:11).*

“Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, le dio el derecho de ser hechos hijos de Dios” (Jn 1:12).